

MVNDO HISPÁNICO

TEMA CENTRAL DE ESTE NÚMERO: LA MUJER HISPÁNICA - N.° 37 - PRECIO DEL EJEMPLAR: 15 PTAS.

MODAS DE ESPAÑA
CREACIONES DE MARBEL



Este modelo, con escote segundo imperio, realzado con tres rosas del mismo tono del traje, es de tafetán natural verde aceituna y lleva la falda recubierta de encaje chantilly color avellana.

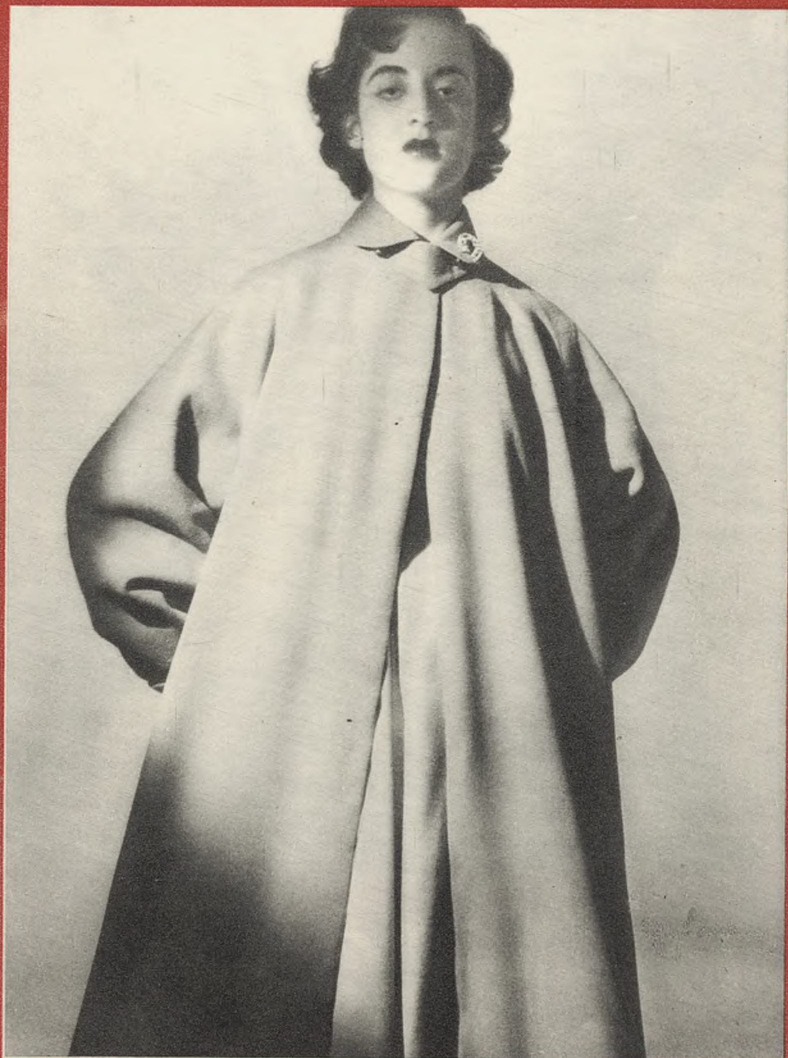


Este gracioso y elegante modelo de faya natural rojo vivo, tiene como única nota saliente la gran lazada del mismo género que le da aún más amplitud al enorme vuelo de la falda.

Para ser presentada en sociedad, este modelo de tul blanco con el fondo, cuerpo y lazadas de raso malva, hace las delicias de una jovencita. Violetas de parma enriquecen el modelo.



Traje de cena corto, en faya natural rosa pálido, todo recubierto de bordado en cristal y strás. La lazada de tul del mismo tono, como tenue polisón. Los hombros van cubiertos con tul también.



La nueva línea de abrigo llamado guardapolvo, simple y no por ello exenta de gran elegancia. La lana de cisne en un tono verde esmeralda ha servido para hacer este modelo.



LA MUJER INSPIRA AL MODISTO

España vivió muchos años pendiente de las modas extranjeras, sin que fuese por ello factible el resurgimiento de una moda española, creada y alentada por artistas —dibujantes y modistos— españoles. Este estado de cosas perduró aún durante bastantes años de este medio siglo, hasta que unos cuantos modistos españoles, con creaciones propias y triunfos rotundos en el extranjero, acabaron con este prejuicio tan arraigado entre las elegantes españolas del pasado siglo.

Entre esos hombres que cambiaron el signo y nacionalizaron en cierto modo la elegancia femenina destaca el gran modisto Marbel, popular modisto español en Madrid y en París, algunas de cuyas creaciones reproducimos en nuestra página anterior.

Hemos hablado un momento con este gran artista de la moda y le hemos hecho una sola pregunta:

—¿Es la mujer la inspiradora de la creación del modisto?

Y Marbel, con su profundo conocimiento del tema y su gran amabilidad, contesta:

—No vamos a remontarnos a Cleopatra, aunque estamos seguros de que no se vistió a la moda egipcia, sino que la moda egipcia fué creada inspirándose en su persona. Hablemos de nuestros días, de Paul Poiret, por ejemplo, cuya fuente de inspiración fué la genial Isadora Duncan, que tiene gran parte de responsabilidad en las creaciones de una cierta época de su carrera. Más cerca de nosotros tenemos a Jacques Fath, cuyas primeras creaciones dentro de su categoría de gran modisto se deben a la deliciosa Genoveva, su esposa, que sigue siendo su musa principal. Y así trato de explicar el porqué de la línea que he dado a mi colección actual, con una preferencia al traje puramente juvenil, ya que en esta ocasión han sido los diecisiete años de mi sobrina (quien ha posado ante la cámara de Gyenes para mis lectoras de MVNDO HISPÁNICO) los que me han llevado a lanzar este nuevo estilo.

En esta documentada y sabia respuesta del gran Marbel queda ilustrada con un vivo ejemplo bien actual nuestra observación de que la moda española se levanta con propios valores estéticos, debidos a propios creadores de belleza que se inspiran en la peculiar e inconfundible belleza de la mujer española. Tal es la teoría de Marbel, que ilustran y demuestran las "fotos" de nuestra página anterior.

CORRESPONSALES DE VENTA DE

MVNDO HISPANICO

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—**Buenos Aires.**

BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—**La Paz.**

COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701.—**Barranquilla.**

Carlos Climent. Instituto del Libro.—**Popayán.**

COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—**San José de Costa Rica.**

CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—**La Habana.**

CHILE. — Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372.—**Santiago.**

ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro.—**Quito.**

Nueve de Octubre, 703.—**Guayaquil.**

EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—**San Salvador.**

ESPAÑA. — Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17.—**Madrid.**

FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.

GUATEMALA. — Librería Internacional Ortodoxa. Séptima Avenida Sur, núm. 12.—**D. Guatemala.**

HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.

HONDURAS. — Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—**Tegucigalpa, D. C.**

MARRUECOS ESPAÑOL. — Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—**Tetuán.**

MEJICO.—Carlos Sabau Bergamín. Avenida de los Insurgentes, 206-17.—**Méjico.**

NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—**Managua, D. N.**

PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—**Panamá.**

PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209.—**Asunción.**

PERU. — Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139.—**Lima.**

PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—**San Juan.**

REPUBLICA DOMINICANA. — Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—**Ciudad Trujillo.**

URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156.—**Montevideo.**

VENEZUELA.—José Agero. Edificios Ambos Mundos. Oficina 412.—**Caracas.**



BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—**Bruselles.**

BRASIL. — Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.° andar. Edificio Darke.—**Río de Janeiro.**

DINAMARCA. — Phning & Appels. Boghandel Kobmagergade, 7.—**Copenhague.**

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—**New York, 11, N. Y.**

FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles. 78, Rue Mazarine.—**París (6ème).**

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Lelong.—**París (2ème).**

ITALIA.—Librería Feria. Piazza di Spagna, 56.—**Roma.**

PORTUGAL. — Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119.—**Lisboa.**

SUIZA. — Thomas Verlag. Renweg, 14. **Zurich.**

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA

DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ QUILEZ

REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ-CASO

SUMARIO

Colaboración gráfica: Müller, Ortiz, Alfonso, Portillo, Cifra, Campúa, Contreras, Santos Yubero y "Arriba", de Madrid; Guillén, de Lima, y Embajada de Perú; Associated Press y Underwood, de Londres y Nueva York, y Keystone, de París.

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEFONO 23-05-26 — APARTADO 245 — DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES HISPANOAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, MARSIEGA, S. A. (MADRID) * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN) * FOTOGRABADO FUCET.

ESPAÑA, LA MUJER Y LA NUEVA ERA

«Tengo fe en vuestra obra.»—FRANCISCO FRANCO.

«Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve: sólo es de veras grande quien se sujeta a llenar un puesto en el cumplimiento de una empresa grande.»—JOSE ANTONIO.

POR LULA DE LARA



La mujer española, sus costumbres, su carácter, y hasta su físico han sido siempre en el mundo motivo de curiosidad.

Para unos, su personalidad consistía simplemente en la belleza de sus ojos y de sus cabellos, fatalmente negros; en el fuego de su sangre y en la gracia con que todas sabían tocar las castañuelas, bailar las sevillanas y ponerse la mantilla de blonda. Para otros, por el contrario, la mujer española era arcaica, lejana, sombría, moruna, recatada siempre bajo siete velos y siete paredes.

Pero entre fantasía y fantasía, entre bromas y veras, lo cierto es que la mujer de España es muy distinta a las demás, que posee acusados caracteres propios y que podía, hace unos años, constituir una incógnita apasionante su reacción en esta hora crucial de la vida del mundo, su fórmula de acción, su mensaje.

En esta subversión de valores, en este caos, en esta nueva ordenación de cosas y de ideas, ¿cómo ha entrado la mujer española? ¿Cómo se ha incorporado, con sus atavismos, con sus tradiciones, con su sensibilidad y su recogimiento peculiares, a la vorágine de la era actual y de sus exigencias?

¡Ah!, pues del modo más maravilloso, equilibrado, justo y natural que darse pueda, por el cauce de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., que para ello nació, vive y se afana. De su Delegada Nacional, Pilar Primo de Rivera, son las siguientes palabras, pronunciadas en 1938, todavía en plena guerra de liberación, y que dan la exacta medida de cómo había de operarse—de cómo se estaba ya operando—, a un tiempo dulce y radicalmente, tan importante transformación:

«Y ahora esta tercera etapa, ya llena de responsabilidad, en la que vamos a orientar la organización y las normas que han de tener en adelante las Secciones Femeninas de F. E. T. y de las J. O. N. S.

»Como la cera de fáciles nos ha puesto España a todas las mujeres en la mano, desde las niñas que no saben todavía casi ni hablar, hasta las afiliadas de mayor edad, que entregan la voluntad de sus huesos cansados al quehacer de la Falange. ¿Y sabéis por qué España ha hecho esto? Porque sabe que la Falange se asienta en todo lo auténtico y quiere empalmar esta época nuestra, juvenil y revolucionaria, con la tradición viva de España. Quiere la Falange que se junten la alegría deportiva y los cantos populares con una formación religiosa, basada en la liturgia, alrededor de la Parroquia, como unidad de la Iglesia y con una formación social basada en la familia, en los municipios y en los Sindicatos, como unidades integrantes de la nación.

»Quiere la Falange dejar fuera en esta formación de las mujeres todo lo falso y todo lo blando que nos enseñaron anteriormente; todas esas cosas de mal estilo, que son las que han tenido la culpa de que los que se vieron desatendidos por la justicia se hayan levantado en armas contra la Patria; y quiere dejar fuera, naturalmente, todo lo que suponga formación comunista, con el odio y toda la barbarie que lleva consigo.

»Por eso, en este momento difícil para España, en que tenemos que deshacer casi todas las cosas que había, porque eran malas; en este momento en que se nos exige, con una responsabilidad superior quizá a nuestros años y a nuestros conocimientos, la formación auténtica de las mujeres; en este momento os pedimos la ayuda de todas, y ni una sola negará su trabajo fecundo.»

En efecto, nacida antes del movimiento liberador en la clandestinidad, para ayuda de los muchachos falangistas que luchaban y se hacían matar por las esquinas en su pugna implacable contra el comunismo y las fuerzas de la anti-España; desarrollada después durante la guerra, en los infinitos y abnegados servicios auxiliares que la mujer puede prestar a su Patria en tal trance, multiplicadas ya hasta el número de 500.000 las siete mujeres que, tan sólo cinco años antes, bajo el mando ya de Pilar, habían iniciado la tarea, la misión clarísima de la Sección Femenina en la hora de la paz era la formación de la mujer, de la nueva mujer que España precisaba para su resurgir.

Por ello, para cumplir esa misión, la Sección Femenina se ha organizado en diferentes Servicios o Regidurías, que ramifican sus actividades hacia las mujeres de todas clases sociales.

Cada Regiduría tiene una tarea concreta en la que está especializada y a la cual dedica toda su actividad, en perfecta colaboración con los demás departamentos.

Las normas y orientaciones todas emanan de la Delegación Nacional, radicada en la capital de España, y son transmitidas a las Delegaciones Provinciales, que a su vez las hacen llegar a las locales.

Pero... bien merece la pena de exponer, siquiera sea tan someramente como lo impone el poco espacio disponible, la ingente labor que realiza en España la Sección Femenina, que puede considerarse hoy día como la más importante entidad de este género en el mundo, ya que armoniza y encuadra dentro de una sola organización numerosas actividades, que normalmente en cualquier otro país precisan de múltiples y dispares manos.

Que las lectoras frívolas—si es que esta Revista las tiene—pasen por alto cuanto sigue. Pero aquellas a quienes interese conocer cómo se organiza en esta mitad de siglo un Movimiento Femenino de la máxima trascendencia educativa, política y social, que lo lean y retengan cuidadosamente, seguras de no perder su tiempo.

Y vamos, por fin, con la explicación ofrecida:

Empezamos con la *Regiduría de Formación*, que orienta y vigila todo lo referente a las dos disciplinas más importantes de la formación falangista: Religión y orientación política. Su Cátedra ambulante «Francisco Franco» recorre sin cesar pueblos y aldeas, llevando ayuda cultural, religiosa y sanitaria. Y en las Escuelas de Mandos y Profesorado se preparan continuamente las mujeres que han de ocupar puestos rectores en la Organización.

La *Regiduría de Cultura* organiza cursos de Higiene, Economía doméstica, Puericultura, Labores... Monta y dirige bibliotecas. Sus Escuelas y cursos de Hogar acogen y orientan en esenciales tareas a todas las mujeres de España. Se acerca a los más necesitados de cultura y vuelve la vista a la riqueza tradicional de nuestro folklore.

Las canciones, las danzas, los trajes maravillosos, toda la belleza de un arte popular sin igual en el mundo y que estaba en trance de muerte, por desidia y olvido, surge triunfadora por el esfuerzo de la Sección Femenina.

La *Regiduría de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social* realiza una de las misiones más falangistas: acercarse abnegadamente a todas las miserias de la vida, no para llorarlas, «como plañideras angustiadas», sino para procurar remediarlas en lo posible. Enfermeras, Divulgadoras rurales, Visitadoras sociales... Y ante todo, una fuerte campaña contra la mortalidad infantil.

La *Regiduría de la Hermandad de la Ciudad y el Campo* enseña y aconseja a la campesina española, cuyo nivel moral, cultural y material aspira a mejorar; crea granjas-escuela, fomenta la cunicultura, la avicultura, la apicultura, la explotación de las industrias agrícolas y crea centros de sericultura, horticultura, floricultura y jardinería, y hace resurgir las antiguas labores de artesanía de los pueblos de España. En colaboración con la C. N. S., procura descanso y residencia a las obreras, y por sus enlaces sindicales trata de solucionar todos sus problemas.

La *Regiduría de Juventudes* encuadra a todas las niñas de España, les da enseñanza y cuidado en las Casas de Flechas, vigila su salud, atiende a su perfecta formación moral y física, organiza albergues de verano, preventorios y talleres de aprendizaje, colabora con el profesorado de las escuelas y colegios... y constituye la mejor ayuda a los propios padres para lograr una juventud recta, firme, religiosa, alegre, sana, cultivada y feliz, en cuya hermandad vayan fundiéndose las diferencias sociales y que sea capaz de devolver a España el rango que merece su destino en lo universal.

La *Regiduría de Educación Física* busca que las mujeres de mente sana encuentren también la fortaleza del cuerpo. Rítmica, gimnasia educativa, esquí, tenis, natación, «hockey», baloncesto, etc., etc., al alcance de todas las afiliadas. Los concursos y pruebas ponen de manifiesto el auge que ha alcanzado el deporte en poco tiempo, gracias a la labor de la Sección Femenina y al cuerpo de instructoras de Educación Física que ella ha creado. El 95 por 100 de las mujeres que a estas fechas practican deportes en España son las encuadradas en los equipos de la Sección Femenina. ¡Ah! y no se practica el atletismo: nos interesan para la mujer la salud, la belleza y la gracia, no el músculo.

La *Regiduría de Servicio Social* procura que cada mujer, durante seis meses, entre la edad de diecisiete y treinta y cinco, años cumpla con la obligación moral de prestar un servicio a su Patria y al mismo tiempo atienda a la propia formación de la cumplidora, proporcionándole una serie de enseñanzas—principalmente de hogar—que, al beneficiar individualmente a cada una de ellas, benefician a la colectividad. Terminado el período de formación, que se celebra en Escuelas de Hogar y dura tres meses, se realiza el de prestación, que dura otros tres, y durante el cual la cumplidora del Servicio Social, colaborando con distintas entidades benéficas, se acerca a todos aquellos ámbitos sociales en donde hace falta una ayuda o una enseñanza.

El *Departamento de Personal* tiene a su cargo todos los ingresos, nombramientos, propuestas, expedientes, cursos, viajes, mandos, ceses, estadísticas... Bajo la frialdad de las cifras y los ficheros late el nervio vital de la Organización.

El *Departamento del Servicio Exterior* es enlace entre la Sección Femenina de España y las mujeres de los demás países del mundo. Hemos de cumplir nuestra tarea sin aislarnos del resto de las naciones; organizar congresos, viajes, intercambios que nos hagan conocer la verdad de otros países y nos permitan demostrar nuestra verdad fuera de España.

La *S. F. del Sindicato Español Universitario* atiende a todas las estudiantes españolas. Organiza Cámaras Sindicales, juegos universitarios, nacionales, Residencias Universitarias, Albergues de Verano, Cursos de Mandos, el Servicio Social de la Universitaria..., que adquiere mediante las normas y orientación de la Sección Femenina la formación femenina indispensable a su condición de mujer.

El *Departamento de Albergues* procura vacaciones y descanso a sus afiliadas en los rincones más hermosos de España y en edificios austeros y sencillos, pero llenos de alegría y cordialidad.

La *Regiduría de Prensa y Propaganda* coopera con los demás servicios difundiendo y propagando sus enseñanzas y tareas, textos, libros, folletos, charlas, revistas, notas a la Prensa diaria... «Dar cuenta de nuestros actos, llamar con ellos al entendimiento y al amor de las gentes.»

El *Departamento de Asesoría Jurídica*, de acuerdo con la Delegación Nacional de Justicia y Derecho, tiene la alta misión de juzgar los Servicios Femeninos en la Falange, imponiendo el castigo merecido o la recompensa a que se hizo acreedora la abnegación.

Así, la misión de la Sección Femenina abarca todos los estados sociales y ofrece tarea y servicio a todas las mujeres de España. No encontrarán en ella ventaja de ningún género; antes bien, se les exigirán sacrificios e impondrán deberes, duros a veces de cumplir. Sin embargo, nada supera para una falangista al gozo de saberse útil y de poder repetir, tranquila su conciencia, aquella frase de José Antonio que encierra toda una norma de existencia:

«Sólo son felices los que saben que la luz que entra cada mañana por su balcón viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo.»

* * *

Pero... es difícil, es imposible—o sería tremendamente injusto—, hablar de la Sección Femenina sin destacar como merece a aquella que es creadora, alma y nervio de toda la organización: su delegada nacional, Pilar Primo de Rivera, de quien su modestia, su sencillez son algo tan inconcebible, tan asombroso, tan ejemplar, que a cada paso mueven a admiración y con frecuencia también a conmovida risa; tales son, a veces, sus apuros ante la forzada exhibición o el esperado elogio, sus artimañas para ocultarse, sus huídas...

Algún día cronistas y biógrafos darán a conocer quién es Pilar y el peso de su obra en la Historia contemporánea de España, que es tanto como decir en la del mundo.

Mientras tanto, bueno es que la mujer hispánica aprenda a sentirse orgullosa de esta extraordinaria mujer de su raza, que con su energía indomable, su tenacidad al servicio del bien, su abnegación sin límite, su intuición prodigiosa, su poderoso talento y su gran corazón, todo ello envuelto en la más tímida y recatada de las apariencias, está promoviendo en la vida femenina una verdadera revolución, cuya trascendencia el tiempo—sin demasiado plazo, a la vuelta quizá de esta misma generación que ahora crece entre aires nuevos y mejores—vendrá a demostrar.



Flora Villarreal

¿Quién es?... ¿Qué representa este nombre en el arte del vestido y por qué lo oímos citar con tanta insistencia?...

No podemos publicar un número de MVNDO HISPANICO dedicado a la mujer actual, sin ocuparnos en sus páginas de lo que para ella—la mujer—, profundamente femenina, tiene la máxima importancia: los santuatuarios de la moda.

Así, pues, nos dirigimos a las modistas y modistos que en Madrid tienen un nombre y un prestigio bien ganados, que, como en el caso de Flora Villarreal, ya son conocidos más allá de nuestras fronteras y despertaron con sus creaciones la curiosidad de los conocedores de este difícil arte.

No nos fué fácil convencer a Flora Villarreal de los propósitos de nuestra Revista, pues siente un natural recelo hacia lo publicitario, y esta acaso exagerada modestia nos impide dar una idea exacta del ambiente que la rodea. No obstante, podemos asegurar que, aun a pesar de su apartamiento voluntario de todo lo que no sea servir a su pasión de artista, sus creaciones la colocan a la altura que ella, por derecho propio, se ha ganado con su labor de treinta años, presente en todas las esferas del mundo elegante, como hemos podido comprobar con frecuencia en las fiestas y saraos, a las que acuden los títulos de la más rancia nobleza y las primeras figuras de la buena sociedad madrileña, y que, dicho sea de paso, constituyen su numerosa clientela.







A Flora Villarreal podemos describirla así: nació artista y vive consagrada a su arte. Su característica más destacada es su fuerte personalidad, que ha conseguido en todo momento imprimir vida y belleza, línea y estilo a sus vestidos, que colman de satisfacción a su público e intrigan a los que, sin conocerla, los contemplan en las fiestas de sociedad, recepciones diplomáticas, estrenos, etc. Con frecuencia oímos el nombre de Flora Villarreal, que rubrica esta admiración y la consagra, dentro y fuera de España, como artista indiscutible.

MVNDO HISPANICO se complace en dedicar esta página a una de las más destacadas firmas del arte del vestir. En un número como éste, dedicado por entero a la mujer, no podíamos silenciar el nombre de Flora Villarreal, hoy pregonado por la fama dentro y fuera de España. Hoy las mujeres de Hispanoamérica no van sólo a París en busca de sus soñados modelos, sino que también se detienen en la capital de España; y este prestigio tan justamente logrado lo debemos, en gran parte, a algunas figuras, entre las que destaca, inconfundible, Flora Villarreal.





La primera mina, seis toneladas de dinamita bajo el torreón S. O., derrumbó todo un ángulo del castillo toledano. Sobre la ciudad llovió piedra durante minuto y medio

EL ALCAZAR, DE NUEVO EN PIE

Por JAIME SUAREZ

«El Alcázar de Toledo va á ser reconstruído. La gloriosa fortaleza será reedificada respetando sus primitivas líneas arquitectónicas.»
(De la prensa española, 4 de Abril de 1951.)

De El Cid a Moscardó, la historia del Alcázar de Toledo es la historia de España. Al caballero castellano le hizo primer Alcaide de esta fortaleza Alfonso VI, quien la edificó para palacio de los reyes de Castilla y el general español la hizo famosa en el mundo resistiendo en ella, durante setenta días, el cerco de un enemigo infinitamente superior en número. De caballero a caballero narrar el esplendor y la decadencia del Alcázar es contar el esplendor y la decadencia de España.

Mientras Toledo fué Corte, de Castilla, de España, y del Mundo, el Alcázar fué palacio de Reyes y Emperadores. Edificado sobre la más alta de las siete colinas toledanas, corona la ciudad, extendida humildemente a sus pies. Sus cimientos pertenecen a las ciudadelas romana, visigoda y musulmana —Alcázar significa en árabe fortaleza—, tres civilizaciones que, como después la cristiana, no dudaron en apreciar el valor estratégico del vértice toledano.

En realidad, fué el Emperador Carlos V, quien hizo inmortal este edificio al gobernar desde él el mundo. Restauró la fachada oriental, de Alfonso X, y la occidental, de Isabel la Católica, ordenando levantar la norte o principal, trazada por Covarrubias. En la portada, que labró Juan Ega, quedó su firma: un inmenso escudo imperial. Desde el Alcázar sigue el César la gigantesca hazaña de América. El año 1528, precisamente, señala un momento estelar de la historia de la fortaleza y de España: dos hombres, que son primos y que no se han visto nunca, se abrazan en el patio del Emperador. Son Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Vienen a ver a un Emperador, y ellos son otros emperadores. Recibidos por Carlos V, admiran la armadura y la espada de Francisco I, conservadas como trofeo de Pavía: también en Europa se hace historia. Felipe II termina la obra de su padre encargando a Juan de Herrera la fachada Sur, única que se conserva casi intacta. Pero al trasladar la corte a Madrid, coto de caza, y al edificar El Escorial, condena a muerte a Toledo y su Alcázar. Pronto será éste abandonado y su decadencia coincidirá con la de España: El año 1643, el mismo de la batalla de Rocroi —primera vez que no vence la infantería española—, el castillo es destinado a Prisión de Estado.

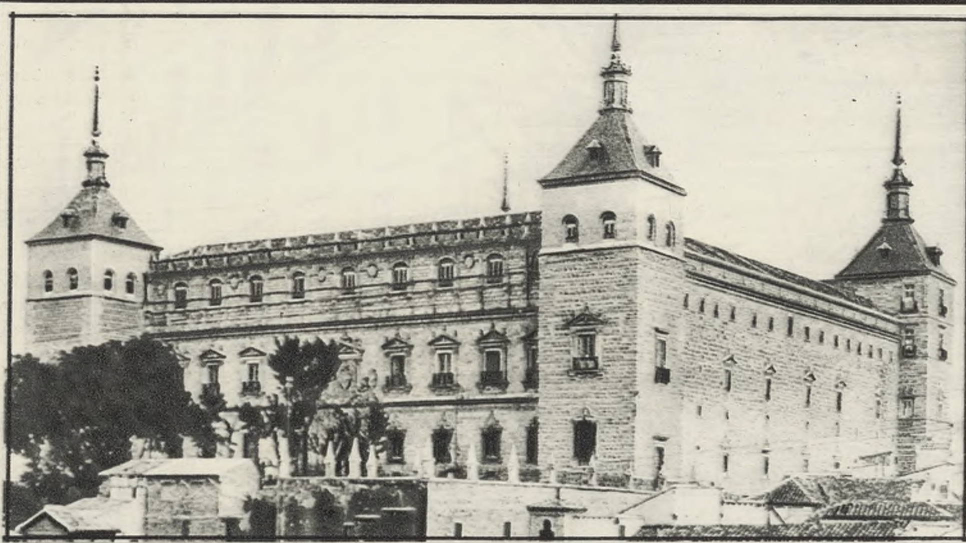
No basta con la decadencia. Se llegará a la ruina: los enemigos de España hacen blanco en el reducto. En 1710, los mismos ingleses que acababan de «incautarse» de Gibraltar lo incendian. Y un siglo más tarde—Ventura Rodríguez, arquitecto de Carlos III, acababa de restaurar la fortaleza—, los franceses vuelven a incendiarla. Reedificada de nuevo, por Isabel II, es destinada a Academia de Infantería.

Por esto, por ser hogar de la infantería española y por haber sido el ombligo del mundo, estaba ya fijado su destino en 1936. Sublevada la guarnición militar de Toledo junto al general Franco, quedó ésta aislada, a sesenta kilómetros de Madrid, y en medio de un vasto territorio adicto al Gobierno rojo. Moscardó, comandante militar de la plaza, decide atrincherarse





Más de diez mil proyectiles de cañón y quinientas bombas de aviación cayeron **sobre la** fortaleza, cuyas ruinas testimonian el heroísmo de sus defensores.





En esta fachada, la norte, hicieron blanco —en un sólo día— 472 cañonazos del calibre 15,5. El asalto de la milicia marxista fué, sin embargo, rotundamente rechazado.



Arriba: Hermoso patio, de Covarrubias, casi desaparecido.
Abajo: Fachada Sur, de Juan Herrera, única que quedó en pie.



en la Academia. Así empieza el sitio del Alcázar. Una gesta que en la pasada contienda mundial intentaron emular —sin conseguirlo— todos los ejércitos beligerantes.

El 20 de Julio de 1936 cierra sus puertas el palacio de Carlos V, tras mil cien hombres, quinientas mujeres y treinta niños. Todos piensan que en muy pocas horas el Alzamiento Nacional habrá triunfado en toda España y podrán regresar a sus hogares. Sólo traen consigo lo imprescindible. En la Academia Militar son las vacaciones de verano: no hay víveres frescos. Apenas unas latas de almejas, de espárragos... No hay comida, sólo unos pocos entremeses. Pan, tampoco: la Academia lo compraba a diario en una panadería particular. La luz y el agua son inmediatamente cortadas por los sitiadores. Los defensores beben el agua, racionada, de los pozos-algibes del reducto; y se alumbran con lámparas de sebo de caballo. El ganado, que queda sin pienso —molturado para hacer pan—, es la única comida con que se cuenta. Al iniciarse el asedio hay en las cuadras noventa y siete caballos y veintisiete mulos; cuando los defensores son liberados, únicamente quedan cinco mulos y un caballo: comida para seis días. Si los defensores no murieron de hambre fué por un hecho providencial: en una de las salidas hechas para destruir las posiciones enemigas más peligrosas fué descubierto un depósito de trigo de trescientas setenta sacas de noventa kilos. En el Museo de Intendencia de la Academia existía un modelo de molturadora que se hizo funcionar acomplándole una motocicleta. Cuando la gasolina se terminó, los defensores hubieron de moler el trigo a mano.

Esa misma providencia evitó que —apenas sin agua, con la multitud de mujeres y niños hacinados en los sótanos, sin mudar la ropa ni poderse lavar convenientemente— no se produjera ninguna epidemia y, a pesar de que fueron nulas las condiciones sanitarias, sólo hubo en los setenta días siete bajas por muerte natural. La situación de la enfermería no era mucho mejor que la de la despensa. En abundancia no había más que algodón, que no faltó. Pero de los médicos que fueron encargados de ella, el jefe era especialista de la piel y se santiguó con el bisturí la primera vez que hubo de usarlo. Sin embargo, amputó —sin anestesia y con toda fortuna— cinco piernas y cuatro brazos.

Si dentro, en cuanto al sitio se prolongó, la situación material era casi insostenible, ésta se hizo imposible en cuanto el Alcázar fué sometido a un continuo bombardeo de la artillería y de la aviación. Si el edificio no hubiera sido fortaleza medieval y, además, no hubiera estado construído sobre el mismo granito de la roca toledana, habría sido pulverizado.

El bombardeo de la artillería, especialmente, fué despiadado y brutal. A tres kilómetros y medio de la misma fortaleza fueron emplazados dieciocho cañones que dispararon sobre ella día y noche —alumbrado el blanco por potentes reflectores—. El mundo no se explicaba cómo, después del machacamiento de la artillería y la aviación, podían asomar todavía entre las ruinas los fusiles de los defensores; los españoles, sí. Desesperado, el Gobierno de Madrid decidió volar el Alcázar con dinamita. En efecto, bajo los cimientos del palacio de los Reyes de Castilla estallaron al mismo tiempo dos minas de tres mil kilos de dinamita cada una, provocando el derrumbamiento casi total de la fachada de Isabel la Católica y la caída del torreón S. O. La resistencia, sin embargo, continuó. Tomadas las debidas precauciones por los defensores, que lograron localizar la mina, ésta sólo costó la vida a cinco heroicos voluntarios. Otra mina colocada en el ángulo N. E. estalló estando ya las tropas del general Varela en las mismas puertas de Toledo. Si éstas hubieran tardado un día más, el Alcázar y sus defensores habrían desaparecido. El milagro de la defensa no podía prolongarse más.

A Moscardó, que fué sometido —como es sabido— al vil dilema de tener que elegir entre su honor militar o la vida de un hijo suyo, y al capitán Alba, muerto al intentar enlazar con el general Mola, les fué concedida la laureada, máxima condecoración española. Al resto de los defensores, la laureada colectiva.

Ante el peligro de que las gloriosas ruinas del Alcázar se desplomen, el Gobierno español ha decidido su reconstrucción, que ha sido confiada al organismo competente: la Dirección General de Regiones Devastadas.

Incendiado por los ingleses y por los franceses, deshecho por los marxistas, el Alcázar no desaparecerá. Será levantado de nuevo otra vez más; para escuela eterna del heroísmo español.

U.S.A. NO ES ASÍ

RÉPLICA A "LOOK"



Foto: INTERNATIONAL NEW PRESS



Foto: CIFRA

HACE unas semanas, la revista «Look», de New York, publicó un capcioso reportaje gráficoliterario sobre España. En él, unas fotografías, seleccionadas tendenciosamente, eran presentadas como ejemplo exclusivo de lo que es España. Había allí, naturalmente, gitanos, fuerzas armadas, suburbios... La «foto» de un sacerdote saliendo del Ministerio del Ejército, era presentada como ejemplo total de «clericalismo», con un pie insidioso e intencionadamente falso, puesto que en él se decía que el sacerdote salía del Palacio Nacional de visitar al Jefe del Estado. El esfuerzo de «Look», con todo lo que representa de vergonzoso falseamiento de la vida española, es una trampa de puro estilo comunista.

Hacer las cosas así —como «Look»— es muy fácil, verdaderamente fácil. Puede conseguirlo el más inculto de los periodistas, si le acompaña la suficiente desvergüenza, una buena dosis de cinismo y una ausencia total de honor profesional. A nosotros, por ejemplo, no nos costaría gran trabajo dar a gran tamaño, y en cuatro, en seis o en veinte páginas, estas fotografías —auténticamente norteamericanas— y mostrarlas como índice exclusivo de la vida cotidiana en los EE. UU. de Norteamérica. Podríamos, incluso, aumentar su número y recoger varios centenares de «instantáneas», lo que sin duda complacería al «Mariscal» Stalin. De todos modos, así, en una simple página, esto supera al reportaje de «Look» sobre España, sobre todo en tanto «Look» no pueda ofrecernos la «foto» de un lynchamiento acaecido en tierras peninsulares.

Podríamos decir, facilísimamente—es decir, si careciéramos de honor y viviéramos de la mentira periodística—, que los EE. UU. son así, como demuestran las «fotos»: lynchamientos, asesinatos, miseria, hambre, estado supermilitar con exceso de policías a pie y a caballo, disturbios, etc. Pero no lo decimos porque no es verdad. Porque las «fotos» sólo recogen instantáneas; es decir, momentos pasajeros y hechos aislados que ocurren cada semana, cada mes, cada año... Sucesos que acaecen de tiempo en tiempo y escenas aisladas y excepcionales. Sucesos y escenas que no son el verdadero índice de la vida en Norteamerica. Por eso, los EE. UU. de Norteamérica NO son así.

El reportaje de «Look» es una muestra negra del por otro lado excelente periodismo norteamericano. Y esta página de «M. H.», subrayada por estas líneas, creemos que es un claro ejemplo de periodismo decente.



Foto: UNDERWOOD AND UNDERWOOD



Foto: INTERNATIONAL NEW PRESS



Foto: KEYSTONE VIEW COMPANY



Foto: WIDE WORLD PHOTOS

Foto: KEYSTONE VIEW COMPANY



Foto: KEYSTONE VIEW COMPANY

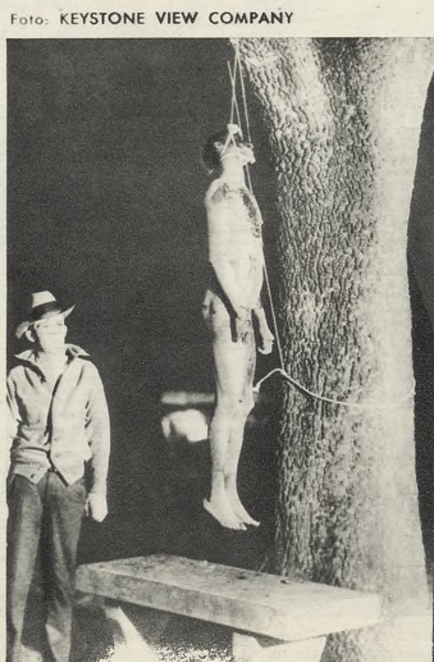


Foto: KEYSTONE VIEW COMPANY



EMBAJADORES EN MADRID

CON la Monarquía, en 1927, diez naciones extranjeras tenían embajador en Madrid. En 1935, con la República, los países con embajador en la capital de España eran trece (los diez anteriores, más Brasil, Chile y México, que habían elevado a Embajada sus respectivas Legaciones). En estos momentos de 1951, en España están acreditados veinte Embajadores; sin contar seis naciones con Embajada en Madrid que están pendientes de designar a los respectivos titulares, o que, ya nombrados, aún no han llegado a la Península—Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Panamá y Turquía—. En total, las Embajadas en Madrid son hoy veintiséis. Las cifras dadas indican que numerosos países—casi todos hispanoamericanos, y Filipinas—han elevado a Embajadas sus Legaciones en Madrid en los últimos meses. Y como dato importante, señalemos que Filipinas no sólo ha elevado su Legación a Embajada, sino que, además, de esta Embajada dependerán las Legaciones en París y Roma.

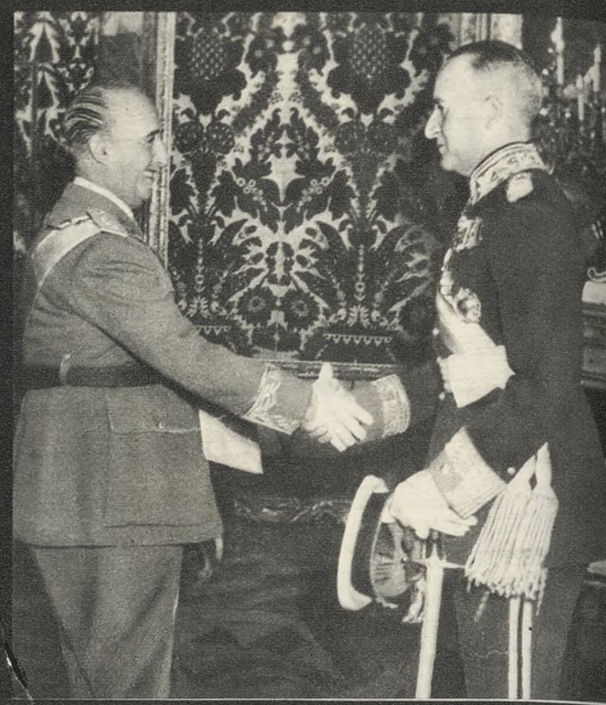
Los países que mantienen actualmente relaciones diplomaticas con España son cuarenta y cuatro. Y serían muchos más si numerosos países que, a lo largo de los años, han mantenido cordiales relaciones con España, no se encontrasen en la actualidad invadidos por el Ejército soviético: Albania, Austria, Bulgaria, Checoeslovaquia, Estonia, Hungría, Letonia, Polonia, Rumania, Yugoslavia...

Las fotografías siguientes recogen momentos de las presentaciones de cartas credenciales a S. E. el Jefe del Estado español, por parte de los titulares de Embajadas y Legaciones acreditadas en Madrid. Las «fotos» figuran por orden alfabético de países, aunque en los respectivos pies se señalen las fechas de presentación de credenciales y, en los casos debidos, circunstancias que los españoles, agradecidos siempre, no podrán olvidar.

No figuran en estas páginas las siguientes representaciones por las causas que se señalan: Embajadas: Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Panamá y Paraguay, pendientes de nombramiento de Embajador, en unos casos, o, en otros, aunque ya designado, aún no llegado a España. Legaciones: Uruguay, al frente de la cual figura un «encargado de negocios». Las únicas naciones occidentales que no mantienen relaciones diplomáticas con España son México y Guatemala.



AFGANISTAN En 1-2-51 presenta sus cartas credenciales en el Palacio Nacional el Excmo. Sr. General Mohamed Omar Khan, primer ministro plenipotenciario de esta nación, siempre amiga, como todos los pueblos árabes, de España.



ARGENTINA El General Oscar R. Silva (21-11-50) sucede en la Embajada del país hermano al Dr. Radío. Argentina no obedeció las recomendaciones de la ONU—contra las que votó siempre—y mantuvo en Madrid su alta representación.



COLOMBIA El Excmo. Sr. Dr. Guillermo León Valencia presentó sus cartas credenciales de Embajador en 14-12-50, con lo que se reanudaron las plenas relaciones diplomáticas con país tan tradicional y entrañablemente amigo de España.



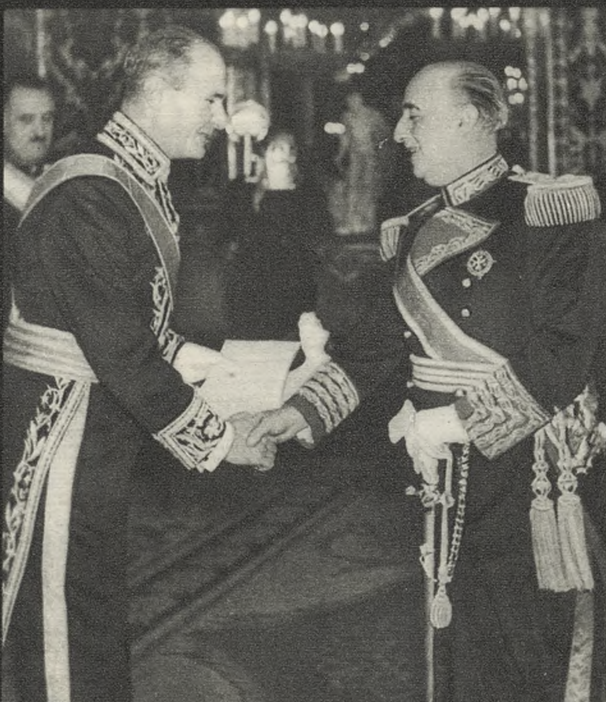
DINAMARCA Como los demás países escandinavos, Dinamarca retiró su representación de Madrid obedeciendo el acuerdo de la ONU. Hasta que en 5-4-51, el Excmo. Sr. Barón Otto Karl Moh, Ministro Plenipotenciorio, presentó sus cartas.



REPUBLICA DOMINICANA Otro de los seis países que votaron siempre a favor de España y que despreció los consejos de la ONU. El Excmo. Sr. Embajador D. Elías Brache presentó sus cartas credenciales en 13-5-48.



FILIPINAS La querida nación hispánica del Pacífico, ya totalmente independiente, ha elevado a Embajada su Legación en Madrid, hace unas semanas. El primer Embajador en España lo es ya el Excelentísimo Sr. D. Manuel V. Morán.



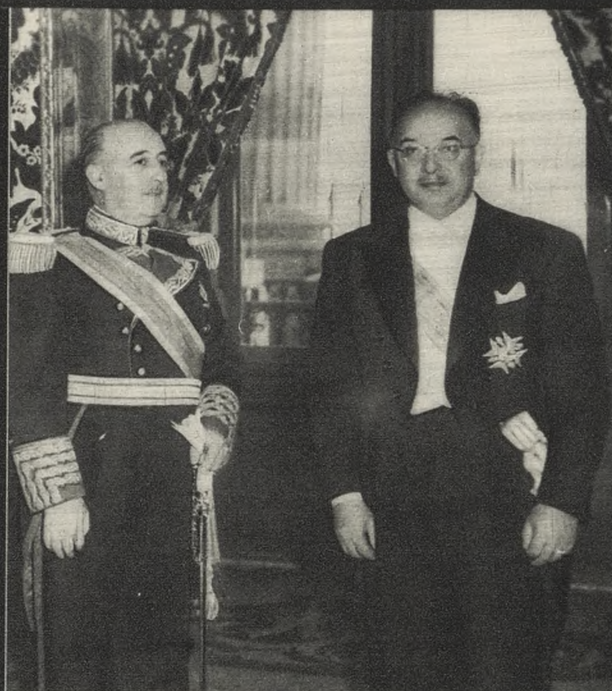
FRANCIA M. Bernard Hardion, hasta entonces encargado de Negocios de su país en Madrid, fué nombrado Embajador de la República Francesa—y no de Francia—y presentó sus cartas credenciales ante el Caudillo de España el 17-3-51.



GRAN BRETAÑA Las concesiones ingenuas del «premier» y del «ex-premier» en Potsdam quedan en suspenso, aunque prosiga el «paqueo» laborista contra España. Sir John Balfour se presentó en el Palacio Nacional el 15-3-51.



BELGICA Con la presentación de las cartas credenciales del Príncipe de Ligne (22-2-51), gran amigo de España, la nación belga—que votó a veces al lado del bloque soviético en el «caso español»—reanudó sus relaciones con nuestra patria.



BOLIVIA Hace más de un año, Bolivia rectificó su primera decisión, desobedeciendo la tesis de la ONU; elevó a Embajada su Legación en Madrid y nombró titular al Excmo. señor ex-Presidente de la República, D. Enrique Hertzog (2-2-50).



BRASIL También la gran nación suramericana envió de nuevo Embajador a España frente al acuerdo de la ONU, ratificando la secular amistad que la une a la Península. El Excelentísimo Sr. Rubens Ferreira de Mello presentó sus cartas en 23-3-50.



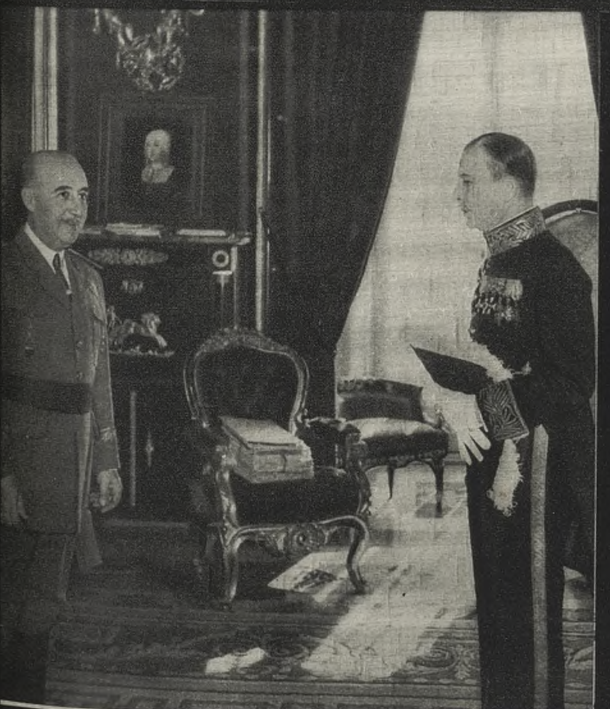
EGIPTO Sin esperar la final votación favorable de la ONU, Egipto—que ha dado tantas pruebas de amistad a España—nombró embajador en Madrid al Excmo. Sr. Mohamed Hosny Omar Bey, quien presentó sus credenciales en 15-7-50.



EL SALVADOR La pequeña y gran república centroamericana votó siempre a favor de España en la ONU: fué otra de las seis "rebeldes". Su Embajador, Excelentísimo Sr. D. Héctor Escobar Serrano, presentó sus cartas en 8-3-51.



ESTADOS UNIDOS Punto fuerte y elemento activo entre los que apoyaron la maniobra rusa contra España, EE. UU. fué, luego, pieza decisiva en la ratificación de la ONU. El Excelentísimo Sr. Stanton Griffis, presentó las cartas en 1-3-51.



GRECIA País tradicionalmente amigo de España, Grecia, que también conoció el comunismo en su histórico solar, nombró Ministro Plenipotenciario en Madrid al Excelentísimo Sr. Cléon Syndica, quien presentó sus credenciales el 15-2-51.



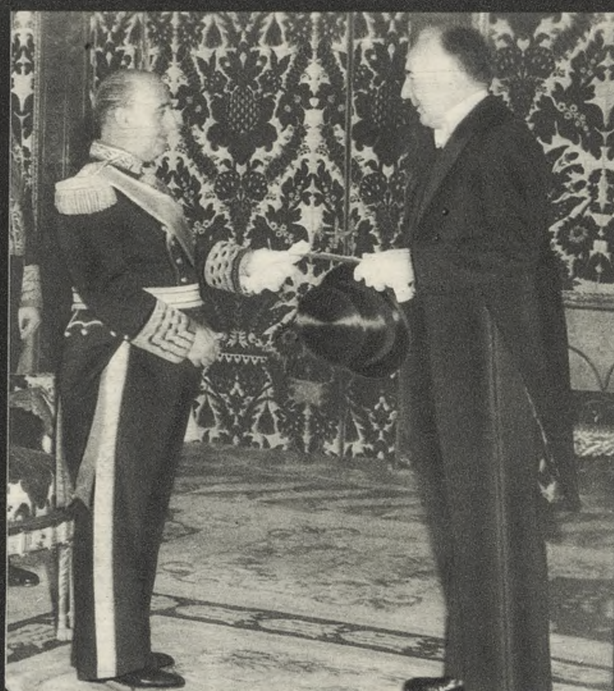
HAITI La República de Haití, en la que también hay historia española, nombró Ministro Plenipotenciario en Madrid al Excelentísimo Sr. Arnil Saint Rome, quien presentó sus cartas en 6-10-49, más de un año antes de que la ONU rectificase.



HONDURAS También la fraterna Honduras envió a Madrid a su Ministro Plenipotenciario, Excmo. Sr. D. J. Valladares Rodríguez, antes de que la ONU volviese de su acuerdo. Las cartas credenciales fueron presentadas en 21-11-50.



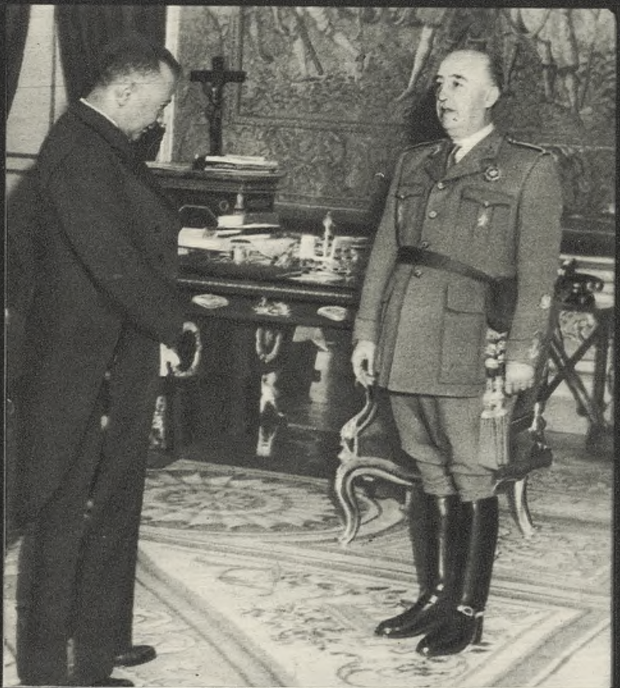
IRAK Como la mayoría de los países árabes, tan ligados a España por sincera amistad, el Irak nombró representante en Madrid anticipándose al cambio de la ONU. Su Ministro Plenipotenciario, Sr. Atta Amin, presentó sus credenciales en 8-5-50.



IRLANDA El Eire—que no pertenece a la ONU—es uno de los países que estuvo siempre al lado de España. La Irlanda libre e independiente elevó a Embajada su representación en Madrid y nombró titular a Mr. Leo Thomas Mc Cauley (5-10-50).



ISLANDIA La gran isla del Norte, quizá el único país que ganó su independencia en la guerra última (en la que tantos la perdieron), no obedeció a la ONU, y su Ministro, Excelentísimo Sr. Peter Benediktsson, presentó las cartas en 24-11-49.



LIBERIA Volvió de su error un año antes del último acuerdo de la ONU, restableciendo entonces su amistad con España, que nunca debió quebrarse. Mr. Henry Ford Cooper, Ministro Plenipotenciario, presentó sus credenciales en 25-5-50.



NICARAGUA La fraterna y siempre leal República centroamericana, ha restablecido las relaciones diplomáticas, y ha elevado a Embajada su representación. El Excmo. señor D. Andrés Vega Bolaños, presentó sus credenciales el 14-12-50.



NORUEGA El país escandinavo, que, al socaire de su ciudadano Trigve Lie, votó frecuentemente contra España, ha vuelto a nombrar Ministro Plenipotenciario en Madrid. El Excelentísimo Sr. Rolf Andersen presentó las credenciales el 8-3-51.



SANTA SEDE Monseñor Cayetano Cicognani, Nuncio Apostólico de S. S., es el decano del Cuerpo Diplomático acreditado en España, donde se encuentra desde hace trece años. El representante de la Santa Sede entregó sus cartas en 24-6-38.



SIRIA Siria ha estado al lado de España en las votaciones siguientes a la de la «sanción», y estableció relaciones diplomáticas al margen del acuerdo de la ONU. Su Ministro Plenipotenciario, Excmo. Sr. Adnan Atassi, presentó sus cartas el 4-3-50.



SUECIA La única nación neutral de Europa que obedeció los acuerdos de la ONU contra otra nación neutral—España—rectificó ya su criterio. El Excmo. Sr. Otto Wilhem Winter, Ministro Plenipotenciario, presentó sus credenciales en 8-2-51.



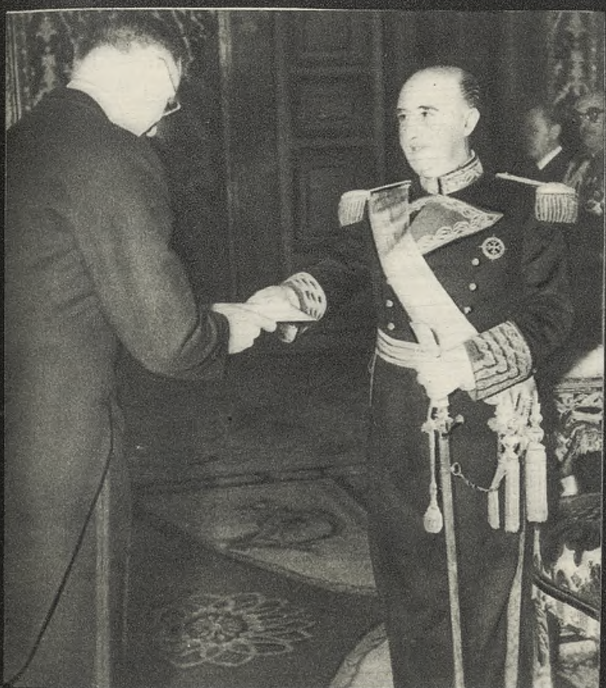
ITALIA Tras unos años de postguerra en el mundo y de Plan Marshall en la Península Apenina, Italia acaba de reanudar sus totales relaciones con España. Su Embajador, Excmo. señor Marqués Taliani de Marchio, presentó las cartas en 5-4-51.



JORDANIA Cuando la ONU andaba contra España, el Rey Abdallah recorría tierras españolas ganando la amistad de los peninsulares y entregando su amistad. El Ministro Plenipotenciario, Emir Hussein Nassir, presentó sus cartas en 6-7-50.



LÍBANO Como la mayoría de los países árabes—quienes actuaron a favor de España en la ONU—, su Ministro Plenipotenciario, Excelentísimo Sr. Ahmed Bey Daouk, presentó sus credenciales (5-5-49) antes de la rectificación de Lake Success.



PAISES BAJOS En tanto votaba contra España, como fórmula de apaciguamiento comunista, el Imperio holandés se sacudía a las órdenes soviéticas. El Excmo. Sr. conde Constantino van Rechteren Limpug presentó sus cartas en 22-2-51.



PERÚ La leal y espléndida nación peruana votó siempre a favor de España en la ONU. Su actual Embajador, Excelentísimo Sr. Mariscal D. Eloy G. Ureta—quien sucedió al Embajador Sr. Porras Barrenechea—presentó sus credenciales el 12-1-50.



PORTUGAL Desde el 25 de abril de 1946, en que presentó sus credenciales—seis meses antes de la «sanción» de la ONU—hasta el día de hoy, el Excmo. Sr. D. Antonio Faria de Carneiro Pacheco es Embajador en Madrid del fraterno país luso.



SUIZA Fué también neutral, no está en la ONU y no hizo caso de las recomendaciones de la ONU. Y no pasó nada. Su Ministro Plenipotenciario, Excmo. Sr. Eugéne Broye, presentó las credenciales hace doce años, en 14-3-39, en Burgos.



TURQUÍA El Ministro Plenipotenciario turco, Excelentísimo Sr. Mehmed Esad Atuner, había presentado sus cartas credenciales en 12-6-44. Falleció hace unas semanas. Poco antes, Turquía decidió elevar a Embajada su Legación en Madrid.



VENEZUELA Cierta política imperante en Venezuela impidió que esta nación hermana estuviese representada en Madrid. Pero Venezuela ya votó por España en la ONU. El Excmo. Sr. Embajador D. Augusto Mijares, presentó sus cartas el 1-2-51.

DEL VALLE A LA PUNA

Pescadores del Titicaca, en sus típicas balsas de «totora».

POR

JACINTO TELLO JOHNSON

(DEL II CONCURSO DE REPORTAJES DE «M. H.»)

LA TIERRA.—Una visión general del paisaje peruano en sus tres regiones naturales, nos da la la impresión de un magnífico muestrario geográfico donde se perfilan desde los terrenos más llanos hasta las montañas más agrestes; desde los climas más fríos y templados hasta los vientos más calientes y las lluvias tropicales; desde los valles serenos y suaves hasta las Punas y los Andes nevados donde se cultivan, desde el algodón y la caña de azúcar hasta la "quinua", el "olluco" y las más variadas frutas del trópico incandescente. Pero el contraste no es sólo de naturaleza. Hay antinomia humana. El costeño con su alma aguda y occidental; el serrano de mentalidad reacia e inmerso en su introversión ancestral y el hombre de la selva, cuya vida se confunde con la madera, con la manigua y los ríos caudalosos.

Iniciamos el viaje. Hay una expectación en nuestro ánimo que nos impulsa en nuestra peregrinación. La salida del valle es suave y serena, diríase que es diáfana. Algodón, caña de azúcar, arroz, civilización occidental. La altura es imperceptible, el tiempo como la naturaleza. Tranquilidad acogedora y sosegante. Los pueblos que aparecen ante nuestra vista van sucediéndose y dejando en nosotros la impresión de algo que no es novedoso, porque nuevos no son los paisajes hechos por el artificio del hombre que ha sabido llevar hasta cierta distancia lo exótico y efímero. Inmensas madejas de caña brava cubren el horizonte más o menos elevado. Colinas verdosas y encrespadas desfilan incitándonos a escalarlas más y más. Alfálfares cubren los terrenos que vamos pisando y el "ichu" crece indistintamente en nuestro camino.

Sin embargo, conforme vamos ascendiendo, nuestra intranquilidad se acrecienta. Hay un fastidio en nuestro organismo producido por el "soroche". Es nuestra falta de costumbre a las alturas. Y ya estamos en un mundo nuevo. Es la sierra peruana. Espacio donde el hombre ancestral fué el comienzo de la historia y la síntesis de la peruanidad antigua. Indio y luego mestizo, tierra y raza eterna, son el dualismo de aquella amalgama transcendental y



Músicos populares del alto Perú, con sus «quenas» y «antharas».



Bailarines indígenas en un paso de una danza ancestral peruana.

firme que es la peruanidad. Es la zona templada, de juvenil frescura, de clima sano. Esta tierra cubierta por un cielo límpido se va haciendo cada vez más verde. Brotan en interminables hileras de árboles, los eucaliptos, los alisos, los manzanos, y cuando dirigimos la mirada hacia arriba descubrimos cintas más verdes que ascienden en artificiosa gradería llenas de cultivo que nos da la impresión de una escalera hasta el cielo. La "papa", la "quinua", el maíz, el "olluco" son las plantas autóctonas.

Arriba, siempre más arriba. Nuestra mirada descubre ahora algo maravilloso. Ciudades fortalezas apuntando hacia el cielo como si la esperanza de la civilización se hubiese cifrado de piedra en piedra hasta el horizonte infinito. Pensamos que acaso el Imperio estuvo más cerca del cielo que de la tierra donde fué fundado. Es que "Machupicchu" fue la revelación de lo infinitamente grande y de lo eternamente inmutable El dualismo espacio-tiempo, fué superado por el hombre "quechua". La vigencia del hombre andino no ha desaparecido. Casi parécenos escuchar una voz que nos dice que la inspiración del pasado es la que nutre nuestro horizonte vital. Un poco aturdidos seguimos escuchando la voz que ahora nos expresa que, desde allí, desde los Andes misteriosos donde el hombre cóndor hizo su nido recibimos la luz que ilumina la peruanidad, porque si el orbe histórico en que vivió ya no existe, aún nos sigue alumbrando como aquellos astros que no brillan ya en el orbe sideral a que pertenecieron, pero que siguen enviándonos mensajes de luz. Recibimos la luz desde las alturas de "Sacsahuamán", "Pisac", "Machupicchu". Allí están el "intihuantana", las graderías, las ventanas, los torreones de aquellas ciudades fortalezas. El hombre de bronce vive en ellas. Está en actitud de espera, invencible y sereno.

Y cuando la ascensión difícil nos ha llevado hasta la severidad de la puna fría, se hace patente una como orquestación sinfónica de los Andes. Oímos un leve rumor del viento. Silva a nuestro alrededor el aire frígido y nuestra sensación se torna extasiada. Sentimos la mirada gris y altiva de la roca y la mirada nívea y deslumbrante que brilla en los ojos plateados de los Andes, a la refulgencia magnífica del astro rey. Son los conos de nieves perpetuas. El mar de nieve en esas inaccesibles alturas es extenso. Allí lo blanco espeso de la nieve se confunde con la transparencia de las nubes y el azul profundo del cielo se descompone en láminas plateadas al llegar hasta la tierra, vaciándose en esta forma sobre el sudario níveo de los Andes, la belleza divina de los cielos.

Un esfuerzo por seguir en nuestra marcha. La altura nos produce vértigo. Sin embargo, la voz interior nos alienta. De pronto, nos encontramos con un pequeño mar, un mar que parece ser el centro del mundo. El sirvió de cuna a las grandes civilizaciones antiguas de América del Sur. Es el lago Titicaca. Sus aguas tranquilas y encantadas parecen ser el espejo del alma india y están ceñidas de "totoras", "quelhuas" e "ibis". Son cruzadas diariamente por pequeños barcos que marcan rutas hacia el Alto-Perú, y por balsas de "totora,, que flotan familiarmente llevando al hombre cuando no a la pesca a las rocosas orillas en busca de paz y trabajo.

EL HOMBRE.—Y por cuatro caminos del cerro "Tamputocco" salieron los cuatro hermanos Ayar y poco a poco se fueron convirtiendo en piedra y la varilla de oro que les dió su padre el Sol a "Manco Capac" y "Mama Ocllo" se incrustó en el cerro "Huanacaure" de donde surgió el Imperio del Tahuantisuyo. Cuzco —ombligo del mundo— sería la cuna y el centro de irradiación de aquella cultura de titanes. Así refiere la leyenda. De los potentes Andes como de una inmensa matriz rocosa ha salido la vida del indio. Porque en la marcha de nuestra peregrinación, no hemos encontrado sólo naturaleza y paisaje. Allí también hemos visto vida humana. Hemos sido testigos de la vida, hija del "apu". De allí que el "latex" turbio y encrespado de los Andes, corre por dentro de sus venas con la sangre y la linfa vital.

El misterio andino es absorbente. La faz pétrea, el alma granítica y la piel de bronce de estos seres, se sincroniza diariamente con la puna hierática allende los conos de la cordillera de los Andes. Estos seres sueñan, aman y trabajan al compás de las estaciones. Su "élan" vital está marcado por las horas de la naturaleza. En su ser hay una auténtica fidelidad cósmica. Es su corazón la naturaleza donde se siente el latido vibrante y sonoro de la sangre atávica "quechua". Es la ley de los Andes.

Pero también encontramos otra ley. Es la ley de su sentir con la naturaleza. Siente con su verbo y con el verbo musical, por qué él sabe comunicarse con el lenguaje dulce y suave del "quechua" con su vicuña, con su llama, con su alpaca y de aquél, también saben la papa, la "quinua", el "olluco". Y este verbo se convierte cotidianamente pleno de lirismo y atormentado sentir, en la "quena" dulce y tierna para prorrumpir en un sereno lamento y llamada como un lenguaje anterior a toda arquitectura exótica. Es al compás de ésta que el indio siente agitar su dócil corazón por la savia nutricia de la tierra.

Trabajo y tierra fragorosos, dramáticos y rudos. En los inmensos campos cultivables, hombres y mujeres van tejiendo su vida, van segando el pan nuestro de cada día. El rostro hermético y ceñido a la tierra, demuestran el cansancio y el endurecimiento que produce la faena. Empero, en la intimidad de aquellos seres, se destila como una pastoril, nostálgica e indecible ternura que alienta la vida, que impele el corazón.

En nuestra marcha sorprendemos aspectos muy interesantes. Momentos de descanso en que una ligera sonrisa, enigmática quizás, se dibuja en el rostro de estas almas para expresar una alegría natural o una euforia irónica. Instantes de meditación en la que nos parece descubrir una serena y solitaria contemplación de estos hombres hacia su pasado, como un soliloquio con sus hermanos. Hay un



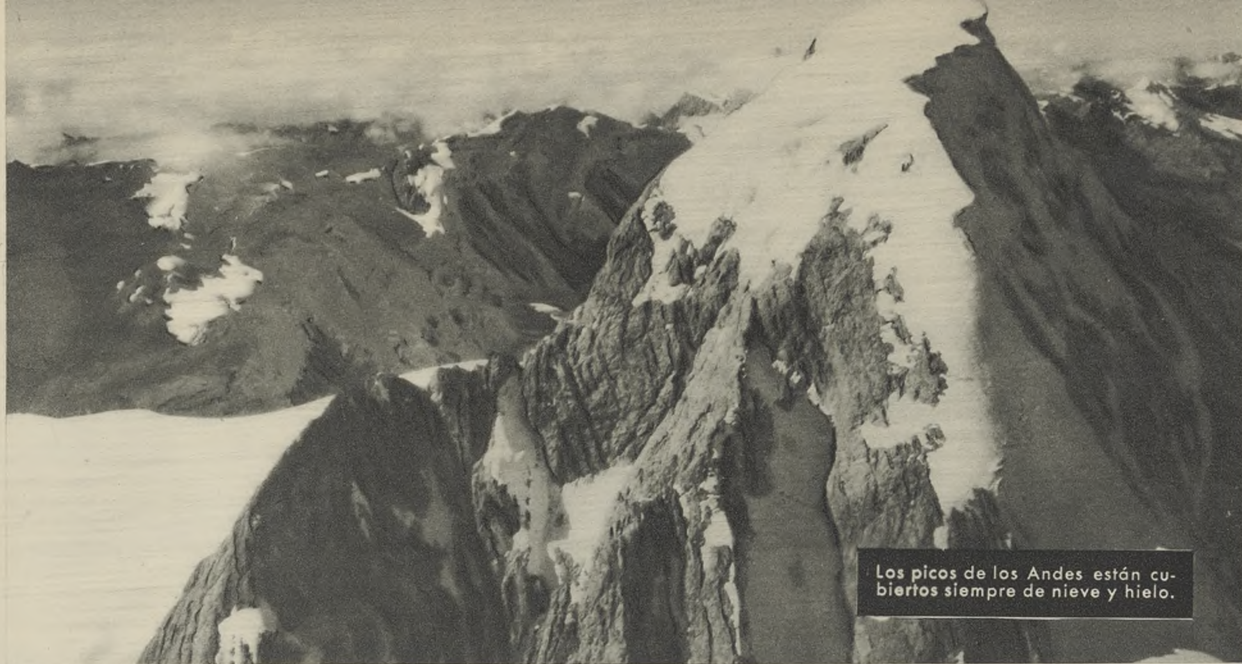
Ruinas de una ciudad incaica sobre una cima inexpugnable.



Los ricos atavíos se visten para participar en las danzas rituales.



Entre paso y paso del baile surge el cálido y amoroso requiebro.



Los picos de los Andes están cubiertos siempre de nieve y hielo.



Intihuantona, antiquísimo reloj solar de los incas.



Puesta del sol sobre las tranquilas aguas del Titicaca.



El llama, fué el único animal de carga que conoció el inca.



Vista general de Machupichu, ciudad-fortaleza de los incas.

estado de gozo, una risa interior y entonces, la subjetividad de su espíritu aflora a la periferia y se proyecta en la pupila que penetra en lo ya ido en el tiempo, pero presente en su psiquis. Ella es irredenta, la roca perenne, el tiempo inaudito.

Pero el indio no ha vivido solo. El ha sabido comprenderse con el blanco y han dado un nuevo y fundamental factor de la peruanidad: el mestizo. Por eso, el indio no es ateo. Tiene su religión y su concepción del mundo nacida de su mentalidad pre-lógica, lo ha llevado a sentir la realidad circunstante como una conjunción de seres que deben su razón de existir a una fuerza absoluta y a un ser Supremo.

Al terminar este recorrido por el paisaje de la serranía peruana, sumidos en profunda meditación, pensamos que allí hay una vida que no es breve. Vida de la naturaleza y del hombre, que contienen un alma que es tierna y severa. Hay una ternura en las mañanas rubias y en los atardeceres crepusculares como el romance de los Andes y hay una ternura amorosa como la que se siente al oir el diálogo entre el hombre y sus campos sembrados. La ternura va "increscendo" cuando se oye el rumor apacible de los ríos que nacen humildes entre los picachos fríos y mueren rechazando al mar. Pero la ternura es nostálgica, pastoril, cuando oímos los sonidos musicales que produce la incesante lluvia al gotear sobre las tejas doradas de las casas y la ternura es indescriptible cuando en el atardecer dormido por el cansancio se oye el mugido de protesta del ganado que pace en las lomas, mugidos que se confunden con las notas plenas de dulzura penetrante de la "quena" que irrumpe el espacio y se deposita en los lagos pequeños y grandes.

También sentimos gravedad en la tempestad de los Andes, en las abismáticas quebradas, en los hoscos breñales y en las escarpadas laderas; en los rugidos del trueno, del relámpago y del rayo. Entonces la severidad de las esfinges que forman los Andes, parecen ser genios que detienen nuestra peregrinación.

Esta ternura y severidad del paisaje se refleja en el alma del indio por que ella es altiva y violenta como la la tempestad de los Andes y es tierna como la apacibilidad de sus lagos, como la dulzura de la "quena".

Tal la naturaleza y el paisaje de la Sierra de nuestro Perú y del Perú del mundo. Y tal el hombre y el indio. Naturaleza fragorosa, dramática; hombre rey de los Andes con cetro y corona de arcilla

Y al dirigir la última mirada a la realidad maravillosa que nos rodea nos sale desde nuestros adentros la voz que exclama:

¡Hombre que estáis de bruces en el surco, lava tus manos de arcilla y levanta tu mirada a cielo, eres factor silente de la peruanidad y promesa esplendente de una realidad nacional!

EXPLICACION DE ALGUNAS VOCES

ALPACA Y VICUÑA: Auquénido de lana y carne y fina —**APU:** Nombre quechua que significa: Montaña.—**ICHU:** Hierba de la sierra de color amarillento. **INTIHUANTANA:** Reloj solar de los Incas según unos o piedra de sacrificio según otros.—**MACHUPICCHU:** Ciudad fortificada de los Incas, situada en el Cuzco.—**OLLUCO:** Tubérculo pequeño y alargado. – **PAPA:** Nombre con que se conoce la patata —**PISAC:** Ruinas del Imperio en el pueblo del mismo nombre, cerca del Cuzco.—**QUECHUA:** Palabra castellanizada que proviene de la voz «Keswa» o raza de los habitantes que tuvieron como centro de expansión el Cuzco. Fundada por Manco Capac.—**QUELHUA e IBIS:** Plantas acuáticas.—**QUENA:** Flauta de caña hueca, instrumento musical de los indios —**QUINUA:** Cereal de grano muy pequeño, alimento de los habitantes de la Sierra Peruana.—**SACSAHUAMAN:** Fortaleza construída con piedras ciclópeas para defender la ciudad del Cuzco, en el Imperio del Tahuantisuyo.—**SOROCHE:** Nombre corriente con que se conoce la enfermedad de la altura, por efecto de la falta de oxígeno para la respiración.—**TOTORA:** Anea. Planta acuática.

LA MUJER ESPAÑOLA VISTA POR LOS ESCRITORES

LOS más hermosos refranes españoles ponderan, con su contenido ético cristiano sacado de los Libros Sagrados, las virtudes que debe practicar la mujer, y reprueban los vicios de que ha de apartarse. En los copiosos laudes que de nuestras mujeres se han escrito por propios y extraños, se celebran esas virtudes como hábitos reales y efectivos que realzan su belleza física, la cual es también encomiada con vehementes expresiones de admiración.

En la breve antología que va a continuación se exalta a la mujer española como poderosa en un pueblo de soñadores más atentos a altas empresas espirituales que a menesteres prácticos. Y al mismo tiempo como mujer fuerte que edifica el hogar y desdeña libertades excesivas para consagrarse a formar sus hijos. La madre española es grave, es digna, recatada, de admirable austeridad en sus costumbres. Cuando Cervantes elogia a la Poesía llamándola «bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, recatada y que se contiene dentro de los límites de la discreción más alta», retrata también a la mujer española de los elogios españoles y forasteros.

Hay algo de penetrante, por ejemplo, en el juicio de Frank al saludar a la española como fundadora de un verdadero matriarcado cuyo dominio es necesario a nuestro pueblo. Se cuenta que Thiers decía al viejo Talleyrand: «Usted me habla siempre de mujeres y yo quisiera hablar de política». A lo que el príncipe respondía: «Pero si las mujeres son la política...» Con su sola presencia, con su acción quieta, silenciosa, oculta, la mujer española labra eficaz, decisivamente, el destino común.

No es extraño, pues, que el supremo poeta de la Patria, el que la vió y abarcó de modo más intenso y plenario, Lope de Vega, hiciese decir a uno de sus personajes lo que sin duda era una creencia íntima de su creador: que no hay nación como España para adorar a las mujeres.

Las adora por su belleza y por su gracia, tan loadas en los panegíricos. Y esta belleza física, aunada con un robusto sentido moral, es lo que realmente da carácter a la mujer hispana. Es injusto y despectivo pintar a España como un país de «troteras y danzaderas». Si danzando son alguien, nuestras mujeres incorporan, sobre todo, a la civilización su morenez—«la mujer y la tierra, morena», dice el refrán castellano—y el sentido de la vida eternizado en «La perfecta casada», sentido que permite al hombre español gozar el supremo lujo de viajar solo por el mundo sin plantearse siquiera el problema de la fidelidad de su esposa.-V. D.

MORENAS Y CON GARBO

SU gracia y hermosura son temas de alabanza para el forastero. Y no ya el mero turista, sino la misma ciencia antropológica representada por el sabio italiano Mantegazza, que ha visitado diferentes tierras, lo observa; según esta autoridad, para quien el estudio de la belleza humana es un deber del antropólogo, la mujer más bella, tanto del viejo como del nuevo continente, es la de las razas española y británica, y entre las mujeres hermosas, las que dan tipos más perfectos son ellas también.

Ese modo de pisar, ese porte erguido y lleno de dignidad, con movimiento mesurado, hace pensar en las vestales, en las sacerdotisas que conducían las ánforas sagradas. Al mismo tiempo, la española tiene en su andar, juntamente con esa dignidad altiva, un algo felino y mimoso, pero lleno de contención natural. La gracia de un bello andar es distintivo de razas que producen tipos de hermosura humana, y el que en Inglaterra y los Estados Unidos sea tan rara esta cualidad, levanta algunas dudas acerca de la primacía de la belleza de nuestras mujeres. Como la diosa virgiliana, la mujer española es única en el arte de andar.

El rostro de la española siempre ha causado admiración por la coloración y por los ojos. En estas dos cualidades se reconoce universalmente su superioridad sobre las demás mujeres del mundo. El óvalo de la cara varía extraordinariamente; no es raro encontrar la línea clásica alargada con cejas bien trazadas.

Es corriente aludir a los ojos de estas mujeres por lo grandes, negros y penetrantes. Los ojos y el color de la piel son elementos de la belleza española reconocidos por los naturales y por los extranjeros. Otra característica he observado en la mujer española: la relativa inmovilidad de su rostro, al que no asoman por lo general gestos ni movimientos superfluos. La mujer de España es la que tiene el cutis más bello. No hay razón para que se cubra la cara de polvos, como no la había antaño para que se tiñera de arrebol.

(HAVELOCK ELLIS: *«El Alma de España».*)

LOS OJOS Y LA TEZ

SON de tez blanca, y casi todas de ojos negros, tanto que si alguna los tiene claros se la considera como algo extraño. Son muy animadas por la gran libertad de que disfrutan, andando por las calles de noche y de día como caballos corredores; hablan bien y son prontas en la réplica; cantan bien y trabajan mejor; tienen, sin embargo, tanta libertad que a veces parece exceden el signo de la modestia y el término de la honestidad.

(G. B. GONFALONIERI: *Memoria di alcune cose notabile accorse nel viaggio falto di me. . . Sacerdote romano. 1592.*)

LA DAMA DE ELCHE Y LA MUJER ESPAÑOLA

EN su enigmático rostro, a un tiempo ideal y real; en sus ojos vivientes, en sus labios voluptuosos, en su tranquila y severa frente, se halla cifrada toda la nobleza y la austeridad, toda la promesa y la reserva, todo el encanto y el misterio de la feminidad. Es asiática por sus lujosos aderezos

y por cierta vaga técnica tradicional, que el artista ha conservado en el modelado; es también helena y aun asiática, merced a una indecible gracia genial de flor que le presta el mismo aroma de sus hermanas de la Acrópolis, y es sobre todo española, no sólo por el tocado y las dos grandes ruedas que enmarcan su delicada cabeza, sino por la turbadora rareza de su hermosura. Es más que española, si cabe, España misma; Iberia resurgiendo aún radiante de juventud de la tumba en que ha estado sepultada durante más de veinte siglos.

(Pierre París.)

EL MATRIARCADO ESPAÑOL

La mujer española es pragmatista en amor, lo cual es para ella sólo el medio de criar hijos en la gracia de Cristo. En toda Europa no hay mujer menos apasionada y menos sexual. De muchacha es hermosa. Una viva expectación llena su carne de dulzuras y circunda sus ojos oscuros. Considera el matrimonio como la carrera mejor, pero después que se casa pierde la coquetería natural de la juventud. Se aquieta, engorda y se hace maternal. No tiene instinto para el juego del amor. El virtuosismo en la mujer es un lento proceso que se nutre a expensas de la pasión maternal. Esta diversión es rara en España. La ciencia sexual de la mujer francesa y de la mujer americana es una perversión desconocida y sin objeto para la mujer española, que lleva sobre su cabeza una corona invisible de poder maternal.

Porque la mujer española es poderosa, y poderosa en una tierra de hombres furiosamente soñadores, la experiencia la ha hecho sobria y experta. El hombre español es el campo de las pasiones, de los ideales y de los anhelos contrarios que se equilibran en *nada*; y ella, sensata y prudente, sin pasión ni misticismo, es la actitud compensadora; desconfía de todos los excesos, hasta de aquellos que son del servicio maternal. El hombre ha dado unos valores sagrados a las palabras Estado, Dios, Honor, y la tarea de la mujer es materializar estas palabras que en boca del hombre representan inacción. La familia, el huerto y el mañana son el credo de la mujer española.

....

La mujer española no se ha contagiado de metafísica. Su heroína, Santa Teresa de Jesús, es una ilustre ama de casa, una matrona glorificada de Cristo. La esposa del español no tiene, como él, los caracteres complejos, violentos y contrarios de la voluntad y la expresión, ni tiene la necesidad de gastar sus energías en rehacer la unidad de un caos interior. Es entera por naturaleza y es enemiga hasta de las más legítimas anarquías del espíritu. Hay en ella una heroica amplitud que recuerda a las reposadas mujeres hebreas. Es la salvadora de España, porque es la respuesta a los excesos de acción y de inacción del español.

A falta de patriarca, España ha venido a ser un matriarcado. El español no ha podido regir a España porque ha estado demasiado atento siempre a establecer el reino de Dios sobre la tierra y a equilibrar sus impulsos contrarios, y poco a poco, y de una manera privada, la mujer ha ido ganando el poder. Le concede al hombre muchas libertades: triviales libertades que llamaría «románticas» si conociese la palabra. Le permite «gobernar», votar, tener posesiones, reñir, beber, frecuentar los garitos y los lupanares. Le deja hacerse la ilusión de que es el muchacho modelo que cree ser el centro del mundo a causa de sus vicios escandalosos, de los cuales la política y el periodismo son los más absurdos. Ella, entre tanto, conduce el bajel perezoso de España con Cristo por brújula y el sacerdote por timón. A su cargo está la educación intelectual y moral de los hijos y la formación de aquellos hábitos que son más fuertes que las leyes. En sus manos está la familia y la familia es España.

....

El carácter de España necesita imperiosamente el dominio de la mujer, porque el pensamiento de la mujer es individualista y España es un cúmulo de partes armónicas más bien que un organismo. La mujer forma la molécula de su familia con los átomos españoles y edifica un hogar sencillo donde su marido pueda vivir.

(Waldo Frank: *España Virgen*.)

MANOS BLANCAS Y OJOS NEGROS

... Y como un ángel del cielo,
a la traza del romance,
manos blancas y ojos negros.
La ceja con la pestaña
son, entre raso revuelto,
molinillo y entorchado,
y por niñas dos anzuelos.
Airosa como en Madrid,
discreta como en Toledo,
como en Sevilla, amorosa,
y con fe como en Marruecos.

(Lope de Vega: *Los ramilletes de Madrid.*)

Lisarda.—Hay mujeres incansables,
que dan en ser tan curiosas,
que se les pasan las vidas
en andar desvanecidas
y a todo el mundo enfadosas.
Y tardando en escoger,
lo mejor suelen pasar,
y andan después a rogar...
A codicia del dinero,
del entendimiento y talle,
es una lonja esta calle
del ginovés caballero,
del indiano portugués,
del papelista, el letrado,
el viejo rico, el soldado,
el lindo... aunque no lo es
ninguno de ellos con ella;
a todos faltas les pone.

(Lope de Vega: *Los melindres de Belisa.*)

NADIE LAS QUIERE TANTO

¿Tú eres español, enemigo? No es posible, pues de ellos oigo decir y he leído que ninguna nación del mundo ama tan dulcemente a las mujeres, ni con mayor determinación pierde por ellas la vida.

(Lope de Vega: *El desdichado por la honra.*)

Rey. **Pues dicen que no hay nación**
que así estime, adore y quiera
las mujeres, ni prefiera
a la hacienda, a la opinión,
y aun a la vida, su gusto.
Maestre. **Bien se ve en las galas y oro**
que les dan.
Rey. **Con gran decoro**
las sirven y aman, y es justo
así por deuda tan clara
del nacer, como por ser
la hermosura de mujer
cosa tan perfecta y rara.

(Lope de Vega: *Porfiar hasta morir.*)

Laura. **¡Oh, cuánto a España debemos**
las mujeres!
Es verdad.
No hay nación que en mayor precio
las tenga ni más las sirva.
El hombre que vale menos
gasta en vestir su mujer
más que en el dote le dieron.

(Lope de Vega: *La vengadora de las mujeres.*) (1).

MORALIDADES DE UN BIÓLOGO

El definidor supremo del pudor de nuestras mujeres reside en París, como el definidor inapelable de lo moral tiene su sede en Roma.

En caso de conflictos entre ambos definidores, ¿quién vencerá?

Ni que decir tiene: el modisto.

....

Fuera del amor de madre y de esposa—la madrecita joven del marido—todos los demás sentimientos representan hartas veces memoriales de protección o pasatiempos de camaradería.

....

Incontables filósofos, poetas y novelistas han deplorado amargamente la pretendida ligereza y versatilidad de la casada. Séame lícito, empero, en tan escabroso asunto, disentir de la opinión general. Considero más piadoso y justo pensar con Goethe que donde reinan las mujeres reinan la moral y el decoro.

(Ramón y Cajal: *La mujer.*)

(1) Los textos de Lope están sacados del erudito monumento *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, por D. Ricardo del Arco y Garay (Madrid, 1942).



POESÍA FEMENINA HISPANOAMERICANA

(NÓMINA INCOMPLETA)

POR CARMEN CONDE

ALFONSA DE LA TORRE
ALICIA EGUREN
ANA INÉS BONNIN
ANGELA FIGUERA AYMERICH
CARMEN CONDE
CLARA SILVA
CLEMENCIA LABORDA
CONCHA ZARDOYA
DULCE MARÍA LOYNAZ
ESTER DE ANDREIS
EUGENIA SERRANO
FINA GARCÍA MARRUZ
GABRIELA MISTRAL
GUADALUPE AMOR
HELENA MUÑOZ LARRETA
JOSEFINA DE CEPEDA
JOSEFINA ROMO ARREGUI
JUANA DE IBARBOUROU
JUANA GARCÍA NOREÑA
MARGARITA MICHELENA
MARÍA DHIALMA TIBERTI
MARÍA ELVIRA PIWONKA
MARÍA SÁNCHEZ DE FUENTES
MERCEDES CHAMORRO
PILAR PAZ PASAMAR
PURA VAZQUEZ
SUSANA MARCH
SARA DE IBAÑEZ

Hay algo de injusticia implícita e involuntaria en todo intento de antología. Porque la información casi nunca suele ser exhaustiva, y porque la inevitable subjetividad tara el escoger... Sean, pues, de advertencia y excusa estas iniciales palabras a una nómina incompleta de poesía femenina hispanoamericana.

LA literatura femenina española es copiosa, aunque pocos son os nombres que pueden exponerse como irrefutables al conocimiento actual.

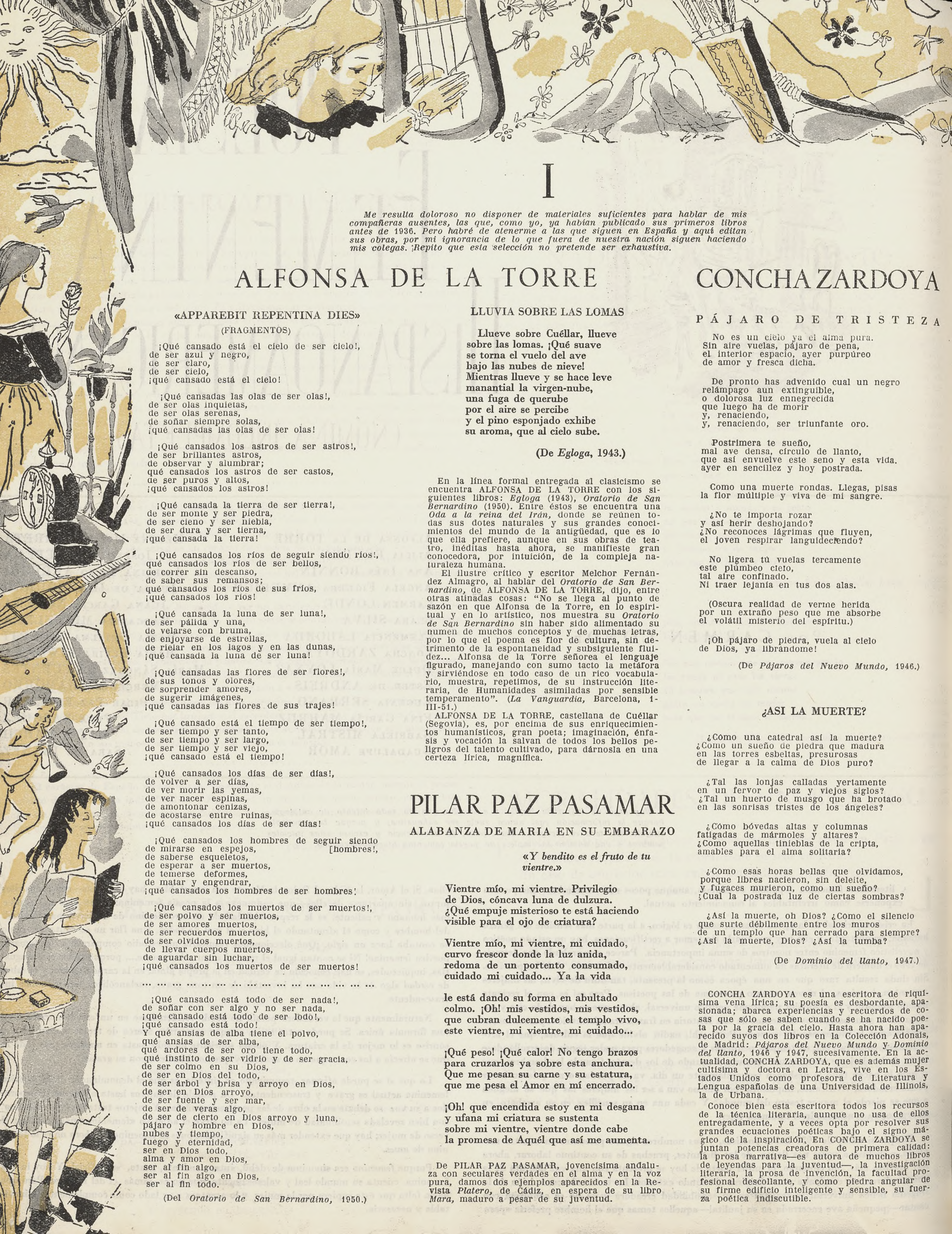
La crisis espiritual de la época alcanza, como es lógico, a la parte más sensible del género humano; no obstante, y ello hay que fijarlo sin temor a rectificaciones, hay un estado poético y novelístico femenino entre nosotros de suma importancia. Parece comprobado que después de 1939 el número de literatas ha aumentado considerablemente. Sobre todo, el de las poetisas. Sin duda resulta raro que en una época como la presente, tan dura de vivir, las mujeres aumenten, heroicas, el nunca extenso panorama de las poetisas. Pero así es, con el reciente pasado sombrío y el desolador panorama político universal, ahora que se han dado cita y comenzado la gran batalla los elementos de una Historia en franca transformación, parece inconcebible «que la mujer escriba versos». Pero, ¡ah!, nadie olvide que la cultura, que el arte se refugia, como la vida, en templos pequeños y acogedores para poder seguir desarrollándose hasta desbordarlos e inundar nuevamente el mundo de los demás. Cuando los hombres, que si todo lo hacen todo lo deshacen tranquilamente un día, ya no puedan o no quieran hacer poesía creadora, vivificante, impulsora ¿por qué no van a ser las mujeres las que se nieguen a que se pierda el mayor tesoro del mundo? Y cada una en su sencillez, en su arrebato, en su reposo, va continuando el luminoso tejer.

Porque si antes de 1936 había poetisas, y sus nombres siguen presentes en nuestra memoria, e incluso a veces nos llegan, de las distantes, pruebas de su continuo laborar, ahora hay muchas más. Sin embargo, la mujer poeta de hoy se presenta con una voz distinta de la que secularmente empleaba para dirigirse al mundo exterior. La tremenda convulsión de la tragedia bélica universal se registra en su sensibilidad creadora y ya no se conforma con cantar—¡pequeña ave encerrada en su jaulita!—aquellos temas que el hombre prefería «para ella». Si el Amor, la Vida, el Dolor, la Muerte son inmutables, hay algo más—con todos ellos juntos, sin apartarse de ellos—que conmueve a la poesía femenina: es un algo más grave más humano y caliente: es la responsabilidad de nuestro destino de mujeres, parte mitad del hombre y como él afrontando el bien y el mal de todos. Una flor no se canta ya como se cantaba hace un siglo. ¡Qué aleccionador resultaría un estudio comparativo del temario poético femenino! Ni se cantan igual el mar, el amor o la muerte..., porque todas esas angustias, inquietudes, se han conocido de verdad en la propia alma, en la carne nuestra; y el saber de *verdad* algo de la vida nos ha investido de un tono grave, melancólico, pero ya nunca intrascendente.

Naturalmente que la verdadera poesía no puede residenciarse en un estado-norma, o en una fórmula única. Se puede estar serio, aunque se escriba acerca de temas sonrientes. La sonrisa es lo mejor de la criatura. Y poesía sonriente ha sido hasta en nuestros días toda la que se ofrecía a las cosas que no se acaban, y que nos bendicen con su gracia.

Lo que sí se puede afirmar, resumiendo en síntesis, es que el denominador de la poética femenina actual es grave y trascendental. Un mundo de sujetos hasta ahora no incorporados a su voz se debate en la obra de las poetisas españolas. Y sujetos tratados con auténtica, con bien revelada sensibilidad de mujer. Ya no sirve el adjetivo «femenino» para calificar el verso de mujer; hay que extender más su significado, pues lo femenino de *ahora* no es lo femenino de *antes*.

Porque *femenino* era sinónimo de débil, intrascendente, grato, superficial. Y hoy la voz femenina cuenta su mundo leal y valerosamente, que no es jamás el del hombre. Pero que hacía falta que éste supiera por la mujer y lo aceptara a su lado como complementario inevitable y necesario.



I

Me resulta doloroso no disponer de materiales suficientes para hablar de mis compañeras ausentes, las que, como yo, ya habían publicado sus primeros libros antes de 1936. Pero habré de atenerme a las que siguen en España y aquí editan sus obras, por mi ignorancia de lo que fuera de nuestra nación siguen haciendo mis colegas. ¡Repito que esta selección no pretende ser exhaustiva.

ALFONSA DE LA TORRE

«APPAREBIT REPENTINA DIES»

(FRAGMENTOS)

¡Qué cansado está el cielo de ser cielo!,
de ser azul y negro,
de ser claro,
de ser cielo,
¡qué cansado está el cielo!

¡Qué cansadas las olas de ser olas!,
de ser olas inquietas,
de ser olas serenas,
de soñar siempre solas,
¡qué cansadas las olas de ser olas!

¡Qué cansados los astros de ser astros!,
de ser brillantes astros,
de observar y alumbrar;
qué cansados los astros de ser castos,
de ser puros y altos,
¡qué cansados los astros!

¡Qué cansada la tierra de ser tierra!,
de ser monte y ser piedra,
de ser cieno y ser niebla,
de ser dura y ser tierna,
¡qué cansada la tierra!

¡Qué cansados los ríos de seguir siendo ríos!,
qué cansados los ríos de ser bellos,
de correr sin descanso,
de saber sus remansos;
qué cansados los ríos de sus fríos,
¡qué cansados los ríos!

¡Qué cansada la luna de ser luna!,
de ser pálida y una,
de velarse con bruma,
de enjoyarse de estrellas,
de rielar en los lagos y en las dunas,
¡qué cansada la luna de ser luna!

¡Qué cansadas las flores de ser flores!,
de sus tonos y olores,
de sorprender amores,
de sugerir imágenes,
¡qué cansadas las flores de sus trajes!

¡Qué cansado está el tiempo de ser tiempo!,
de ser tiempo y ser tanto,
de ser tiempo y ser largo,
de ser tiempo y ser viejo,
¡qué cansado está el tiempo!

¡Qué cansados los días de ser días!,
de volver a ser días,
de ver morir las yemas,
de ver nacer espinas,
de amontonar cenizas,
de acostarse entre ruinas,
¡qué cansados los días de ser días!

¡Qué cansados los hombres de seguir siendo [hombres!,
de mirarse en espejos,
de saberse esqueletos,
de esperar a ser muertos,
de temerse deformes,
de matar y engendrar,
¡qué cansados los hombres de ser hombres!

¡Qué cansados los muertos de ser muertos!,
de ser polvo y ser muertos,
de ser amores muertos,
de ser recuerdos muertos,
de ser olvidos muertos,
de llevar cuerpos muertos,
de aguardar sin luchar,
¡qué cansados los muertos de ser muertos!

... ...

¡Qué cansado está todo de ser nada!,
de soñar con ser algo y no ser nada,
¡qué cansado está todo de ser todo!,
¡qué cansado está todo!
Y qué ansias de alba tiene el polvo,
qué ansias de ser alba,
qué ardores de ser oro tiene todo,
qué instinto de ser vidrio y de ser gracia,
de ser colmo en su Dios,
de ser en Dios del todo,
de ser árbol y brisa y arroyo en Dios,
de ser en Dios arroyo,
de ser fuente y ser mar,
de ser de veras algo,
de ser de cierto en Dios arroyo y luna,
pájaro y hombre en Dios,
nubes y tiempo,
fuego y eternidad,
ser en Dios todo,
alma y amor en Dios,
ser al fin algo,
ser al fin algo en Dios,
ser al fin todo.

(Del *Oratorio de San Bernardino*, 1950.)

LLUVIA SOBRE LAS LOMAS

Llueve sobre Cuéllar, llueve
sobre las lomas. ¡Qué suave
se torna el vuelo del ave
bajo las nubes de nieve!
Mientras llueve y se hace leve
manantial la virgen-nube,
una fuga de querube
por el aire se percibe
y el pino esponjado exhibe
su aroma, que al cielo sube.

(De *Egloga*, 1943.)

En la línea formal entregada al clasicismo se encuentra ALFONSA DE LA TORRE con los siguientes libros: *Egloga* (1943), *Oratorio de San Bernardino* (1950). Entre éstos se encuentra una *Oda a la reina del Irán*, donde se reúnen todas sus dotes naturales y sus grandes conocimientos del mundo de la antigüedad, que es lo que ella prefiere, aunque en sus obras de teatro, inéditas hasta ahora, se manifieste gran conocedora, por intuición, de la compleja naturaleza humana.

El ilustre crítico y escritor Melchor Fernández Almagro, al hablar del *Oratorio de San Bernardino*, de ALFONSA DE LA TORRE, dijo, entre otras atinadas cosas: "No se llega al punto de sazón en que Alfonsa de la Torre, en lo espiritual y en lo artístico, nos muestra su *Oratorio de San Bernardino* sin haber sido alimentado su numen de muchos conceptos y de muchas letras, por lo que el poema es flor de cultura, sin detrimento de la espontaneidad y subsiguiente fluidez... Alfonsa de la Torre señorea el lenguaje figurado, manejando con sumo tacto la metáfora y sirviéndose en todo caso de un rico vocabulario, muestra, repetimos, de su instrucción literaria, de Humanidades asimiladas por sensible temperamento". (*La Vanguardia*, Barcelona, 1-III-51.)

ALFONSA DE LA TORRE, castellana de Cuéllar (Segovia), es, por encima de sus enriquecimientos humanísticos, gran poeta; imaginación, énfasis y vocación la salvan de todos los bellos peligros del talento cultivado, para dárnosla en una certeza lírica, magnífica.

PILAR PAZ PASAMAR

ALABANZA DE MARIA EN SU EMBARAZO

«Y bendito es el fruto de tu vientre.»

Vientre mío, mi vientre. Privilegio
de Dios, cóncava luna de dulzura.
¿Qué empuje misterioso te está haciendo
visible para el ojo de criatura?

Vientre mío, mi vientre, mi cuidado,
curvo frescor donde la luz anida,
redoma de un portento consumado,
cuidado mi cuidado... Ya la vida

le está dando su forma en abultado
colmo. ¡Oh! mis vestidos, mis vestidos,
que cubran dulcemente el templo vivo,
este vientre, mi vientre, mi cuidado...

¡Qué peso! ¡Qué calor! No tengo brazos
para cruzarlos ya sobre esta anchura.
Que me pesan su carne y su estatura,
que me pesa el Amor en mí encerrado.

¡Oh! que encendida estoy en mi desgana
y ufana mi criatura se sustenta
sobre mi vientre, vientre donde cabe
la promesa de Aquél que así me aumenta.

De PILAR PAZ PASAMAR, jovencísima andaluza con seculares verdades en el alma y en la voz pura, damos dos ejemplos aparecidos en la Revista *Platero*, de Cádiz, en espera de su libro *Mara*, maduro a pesar de su juventud.

CONCHA ZARDOYA

PÁJARO DE TRISTEZA

No es un cielo ya el alma pura.
Sin aire vuelas, pájaro de pena,
el interior espacio, ayer purpúreo
de amor y fresca dicha.

De pronto has advenido cual un negro
relámpago aun extinguible,
o dolorosa luz ennegrecida
que luego ha de morir
y, renaciendo,
y, renaciendo, ser triunfante oro.

Postrimera te sueño,
mal ave densa, círculo de llanto,
que así envuelve este seno y esta vida.
ayer en sencillez y hoy postrada.

Como una muerte rondas. Llegas, pisas
la flor múltiple y viva de mi sangre.

¿No te importa rozar
y así herir deshojando?
¿No reconoces lágrimas que fluyen,
el joven respirar languideciendo?

No ligera tú vuelas tercamente
este plúmbeo cielo,
tal aire confinado.
Ni traer lejanía en tus dos alas.

(Oscura realidad de verme herida
por un extraño peso que me absorbe
el volátil misterio del espíritu.)

¡Oh pájaro de piedra, vuela al cielo
de Dios, ya librándome!

(De *Pájaros del Nuevo Mundo*, 1946.)

¿ASI LA MUERTE?

¿Cómo una catedral así la muerte?
¿Cómo un sueño de piedra que madura
en las torres esbeltas, presurosas
de llegar a la calma de Dios puro?

¿Tal las lonjas calladas yertamente
en un fervor de paz y viejos siglos?
¿Tal un huerto de musgo que ha brotado
en las sonrisas tristes de los ángeles?

¿Cómo bóvedas altas y columnas
fatigadas de mármoles y altares?
¿Como aquellas tinieblas de la cripta,
amables para el alma solitaria?

¿Como esas horas bellas que olvidamos,
porque libres nacieron, sin deleite,
y fugaces murieron, como un sueño?
¿Cual la postrada luz de ciertas sombras?

¿Así la muerte, oh Dios? ¿Como el silencio
que surte débilmente entre los muros
de un templo que han cerrado para siempre?
¿Así la muerte, Dios? ¿Así la tumba?

(De *Dominio del llanto*, 1947.)

CONCHA ZARDOYA es una escritora de riquísima vena lírica; su poesía es desbordante, apasionada; abarca experiencias y recuerdos de cosas que sólo se saben cuando se ha nacido poeta por la gracia del cielo. Hasta ahora han aparecido suyos dos libros en la Colección Adonais, de Madrid: *Pájaros del Nuevo Mundo* y *Dominio del llanto*, 1946 y 1947, sucesivamente. En la actualidad, CONCHA ZARDOYA, que es además mujer cultísima y doctora en Letras, vive en los Estados Unidos como profesora de Literatura y Lengua españolas de una Universidad de Illinois, la de Urbana.

Conoce bien esta escritora todos los recursos de la técnica literaria, aunque no usa de ellos entregadamente, y a veces opta por resolver sus grandes ecuaciones poéticas bajo el signo mágico de la inspiración. En CONCHA ZARDOYA se juntan potencias creadoras de primera calidad: la prosa narrativa—es autora de muchos libros de leyendas para la juventud—, la investigación literaria, la prosa de invención, la facultad profesional descollante, y como piedra angular de su firme edificio inteligente y sensible, su fuerza poética indiscutible.

PURA VÁZQUEZ

POEMA DE MI SOMBRA

No sé de dónde vienes, ¡oh sombra delicada!,
que sigues mi destino proyectándome humilde
en esta tierra mía palpitante de luces.

Siempre conmigo, siempre, prolongada estatura
que me alarga en el suelo indefinidamente,
horizontal y vaga como ese presentido
sepulcro que llevamos vigilante en nosotros.

No sé de dónde vienes, atada a mí, conmigo.
Dolor no definido o cadena mordiente,
o plenitud, o gozo, siguiéndome los pasos
como otro yo absorbente a quien la luz me liga.

Pero, ¿qué importa dónde, de dónde? Si eres fría
como paisaje muerto que anticipa mi avance.
Y si vives de mí calladamente amante,
vibración de mi cuerpo, cuerpo tú sin orillas.

¡Oh sombra! Sombra mía, imprecisa y cercana,
que haces volver mis ojos a mi último destino,
que ha de tornarme sombra en esa noche triste
o radiante o gloriosa que me espera en mi término.

¿Qué sabes tú de mí, de mis horas o risas,
de mis llantos sin lágrimas, de mi oscuro contento,
de las ansias posibles que me estallan pasiones
en este cáliz duro de colmadas espumas?

¿Qué eres tú de mí misma? Impalpable, silente,
eco de mí, o reflejo, o aroma indefinible,
que me rebosa y graba en cristales opacos,
clavándose a mis pies tercamente tendida,
para morir conmigo, fiel, un cualquier mañana.

(1950)

GRAN CIUDAD

¿Qué brazos casi humanos
para estrecharme tienes,
ciudad inmensa, desolada, fría;
sierpe multiplicada, extendida
de viento a viento,
bañándote en la luz maravillosa
del minuto que acaba?

Yo te siento bullir,
apretándome en torno tus anillos,
y levantarte viva, humanizante,
en cada nuevo día que me acuna.

Como un río de hervor y olas gigantes
te veo apresurada, locamente,
despeñarte, rendirte
en las orillas mismas de la vida o la muerte,
mar de cada destino que nace o que se apaga.

Ese clamor que sube,
como de selva o de colmena ingente,
hasta mi soledad agigantada
en tu apretada multitud de vidas.

¡Qué eco en mi sangre, o luz,
sombra alargada, circundándome,
anegándome, hundiéndome en mis limos
más íntimos y tiernos,
para volverme dulce, poderosa
a mi cauce primero, florecida
agua sin margen para desbordarme...

Vuelve tiernos tus brazos,
¡oh ciudad!, sin escama ni espino
que me desgarren, si voy arrebatada
en tu vértigo loco...
Que yo amaré tu luz, vestida en tus matices,
en tu selva infinita, palpitante,
y tu voz prodigiosa de sirena
que embriaga y enciende.

(1948)

Asombra la riqueza de motivos, lo sencillo y apasionado, lo auténtico del lirismo de PURA VAZQUEZ, la poetisa del Sil, gallega como Rosalía, y como ella transida de inspiración, esta maestrita de escuelas perdidas entre sierras con lluvia o con nieve (ayer en las riberas del Sil, hoy en Armuña, Segovia), se arranca los versos de su alma—sí, exactamente: de su alma—como plumas de las que el ave ligera va sembrando el espacio cuando el viento la sacude sin piedad. Todo la atrae, todo lo canta, y sería muy difícil encerrarla en una forma, pues a su espíritu libre y ardiente no le bastan los cauces perpetuos. Bien es verdad que la poesía de PURA VAZQUEZ está exenta de trascendencia *premeditada;* pero un misterio inefable, una brisa célica la mantienen traspasada de infinito.

Hasta ahora, dos libros han aparecido con su nombre: *Márgenes veladas* y *En torno a la voz.* Siendo ambos francamente buenos, me permitiré sin embargo acudir a mi archivo de cosas inéditas para ofrecer ejemplos inéditos de PURA VAZQUEZ:

No obstante pertenecer "esta gran ciudad" a Castilla, para PURA VAZQUEZ no es hostil Castilla, como lo fuera, en su propio sentir, para Rosalía de Castro. Sus sensaciones son las lógicas de quien ha vivido siempre aislada y concurre, accidentalmente, al barullo del urbanismo supercivilizado.

SUSANA MARCH

YO

Yo. Siempre yo.
Y mi sombra oscura persiguiéndome.
Yo en todas las esquinas,
desconectada y múltiple.
Yo. ¡Siempre yo!
Y Dios pesándome en la sangre.
como un hijo que se sueña,
y un tremolar de ángeles libres
sobre mis párpados cerrados.
Y luego una gran fatiga,
una huella de algo que no ha sido,
un retornar a mí para morirme...

¿QUE SERA LA MUERTE?

Y ¿qué será la muerte?
¿Qué sueño, qué aventura,
qué viaje inefable?
¿Será como sentirse
golpeada por olas violentas
y caer sobre el frío de la Historia
llena de resonancia?

¿Qué abismos, qué silencios,
qué sombras, qué vacíos,
qué caminar sin meta,
qué desánimo inmenso,
qué ciego tropezar consigo mismo,
qué agobio sin medida,
qué desvalido afán de acercamiento?

Cuando mi mano pierda
el calor de la luz y de las flores,
cuando sienta en el pecho
la opresión de la tierra, ¿en qué ternura
bañaré mi silencio y mi agonía,
en qué fuego secreto
calentaré mi soledad inmensa?

Me tenderé en la muerte
como en un lecho blanco,
y siendo mi cadáver diminuto
alcanzará a cubrir toda la tierra.

SUSANA MARCH es una poetisa catalana reciente, con un solo libro de poesía publicado hasta ahora: *Ardiente voz.* En ella se encuentra un sentimiento distinto, del que obtiene calidades distintas también. No canta las cosas, sino las causas; dice, con tono mesurado, o cálido, o entrecortado, lo que ella siente ante el mundo; y es el mundo que ella siente un vastísimo país lleno de inquietudes, de amargas clarividencias.

ANGELA FIGUERA AYMERICH

ANULACION

No ser ni yo. Ni nadie. Lo más, una pastora
perdida en tu silencio de largas soledades;
sentada en tus tomillos; la luz de la mirada
copiando, sin saberlo, los vuelos de las aves;
caída sin nostalgia sobre el fluir del río;
con el desnudo rostro abierto a tu paisaje,
al viento los cabellos, y la tranquila frente
surcada por un ritmo de pensamientos fáciles...

En el regazo quieto, las manos inactivas
dibujarán un nido de vagas ansiedades.

(De *Soria Pura*, 1949.)

En ANGELA FIGUERA AYMERICH constatamos el interesante evolucionar de una poesía, la suya, que surtiendo de la fácil y estremecida ladera de un mundo feliz, contento, radiante, que se condensa en *Mujer de barro,* pasa a la ponderada exaltación de *Soria Pura,* para llegar (en *crescendo* inequívoco, en franca abolición de cuanto hasta entonces constituía su acervo, para fundirse, lealmente, en la larga llamarada de la conciencia poética presente) al estremecido *Vencida por el ángel.* Pocos años separan, a lo sumo cuatro, estos tres libros o expresiones fervorosas de una voz que parte de su dicha tranquila de mujer y de madre, para desgarrarse con los dolores seculares de la especie humana, y en especial de la femenina. En el mapa—profuso, aunque yo me vea obligada, bien a pesar mío, a darlo reducido—de la lírica femenina española, ANGELA FIGUERA AYMERICH ocupa un destacado puesto.

VENCIDA POR EL ANGEL

Yo cerraba los ojos, yo apretaba los puños,
yo blindaba mi pecho con metales helados,
yo sorbía a raudales la alegría y el fuego
para escapar, bravía, al acoso del Angel.

El Angel era suave, silencioso y terrible.
Llevaba una ancha copa de licores amargos,
y en su pálida frente se leía imborrable
la palabra tremenda.

He luchado con él. He luchado: He reído
sobre todas las flores de los mayos ingenuos,
cabalgando las nubes, fabricándome estrellas,
derramando canciones.

Me he apoyado en mis huesos, me he afirmado en mi (sangre.

He caído en la sima de los besos sin límite.
He crujido en el trance de los duros abrazos.
He gritado el triunfo de mi carne aumentada
en la carne del hijo.

Me he proclamado limpia contra el asco y la ruina.
Me he declarado libre contra el tedio y la duda.
Me he creído excluída, separada, intocable.

Pero el Angel llegaba. A pesar de mis puños,
de mis ojos cerrados, de mis labios tenaces,
con su vuelo impasible, con su copa colmada,
me ha tocado, me ha roto la coraza soberbia,
me ha deshecho los muros, me ha cortado la huída.

Sin espada, sin ruido, me ha vencido. En la entraña
me ha dejado clavada la raíz de la angustia
y ya siento en mi alma el dolor de los mundos.

(De *Vencida por el Angel*, Alicante, «Verbo», 1950.)

ESTER DE ANDREIS

NO ES MAS QUE UNA PARED

No es más que una pared en el camino
abrigada del hielo y de los vientos,
por la que asoman grises olivares.
No es más que una pared que mira al mar;
blanca de sol y cal, en su blancura
verdean el romero y las retamas.
No es más que una pared en el camino.

HE PISADO LA HIERBA

He pisado la hierba en un claro del bosque;
he cogido las ramas; he estrujado los brotes
de los viejos abetos y de los pinos jóvenes;
he mirado las sombras tenues y los colores
de la luz que se filtra y que baña las flores;
he bebido en la fuente y escuchado en el monte
las cascadas que bajan por el valle y se esconden.
He olvidado quien era en el claro del bosque;
he quedado creyendo que era un poco de monte.

(XXXII)

No sólo el idioma francés, también el español posee bellos libros de poetas y de poetisas que, aunque nacidos en otros países, gustan de cantar en el límpido castellano, que tanto sabe de contención y perennidad.

Tal es el caso de ESTER DE ANDREIS, nacida en Italia, Génova, y trasplantada a Barcelona a los cinco años de su vida. Estudiante de Institutos y Colegios italianos e ingleses, ESTER DE ANDREIS ha traducido luego a Katehrine Mansfield y a Elisabeth Barret Browning, con rara maestría. Un libro de poesía propia, *Prímula,* la situó en 1943 entre nuestras más exquiistas poetisas.



JUANA G.ª NOREÑA

LA TORMENTA

Como espera la tierra la tormenta
y se llena de olores campesinos,
y en leve viento mueve alados pinos
y está al avance del rumor atenta,

así esperaba yo, muda y sedienta,
con fragancias en todos mis caminos,
contándote los pasos peregrinos
y sin perder mi corazón la cuenta.

Sí, como el trueno, sí, me enloqueciste,
campaneaste por mi tierra triste,
vi el cielo abierto y claro en el suceso,

heriste con un rayo mi arboleda
y aun en mis ojos vegetales queda
aquel lejano resplandor del beso.

LA FIERA

¡Ay este tigre!,
este tigre que apenas se mueve
y que, tendido y sangrante, confunde sus ojos con el (último sol;
este tigre que sólo de piel está hecho,
sólo de piel y de zozobra,
sólo de piel y de azulado escombro,
de amarillento escombro con unas rayas negras de (pereza;
este tigre que me roza duramente,
que me persigue tenazmente,
que me descansa dulcemente,
que me nutre y me enceniza con sus abiertos ojos;
este tigre de la tarde,
¡oh tigre mío en la tarde!,
¡oh pasión mía!,
sin un balcón al aire para los antiguos besos...

Arrancadme este tigre,
esta piel, esta sombra caliente,
esta hora,
esta hora en punto de esta tarde con sus soles y sus (huidores lagartos,

y sus pinos,
y los frutos de sus pinos,
y las sombras de sus pinos,
porque si no podré morir
a la orilla de aquella fuente fría,
donde el primer zarpazo del amor me tendiera.

(De *Dama de soledad*, Premio «Adonais», 1950.)

El nombre más joven de la poesía femenina presente es el de JUANA GARCIA NOREÑA (seudónimo), que acaba de ganar el Premio "Adonais", 1950, con su libro *Dama de soledad*.

En JUANA GARCIA NOREÑA hay una voz delicada, melancólica, sedosa...; un ferviente temario amoroso, lleno de nostalgias, de experiencias dolientes... Es el libro, en fin, de una muchacha que adviene con esa carga de "Edad Media" en la sangre que, según J. R. J., es la juventud.

MERCEDES CHAMORRO

ANGUSTIA

¿Qué hago por el mundo?
Mis aguas se pierden sin disgregarse en ríos.
Por seguir la absurda marcha de la vida
acaba mi senda sin iniciar caminos.

¿Qué hice por el mundo?
Sin que mis ramas verdes se hayan florecido
siento que mis raíces torcidas se secan:
Mi carne de mujer no cumple su destino.

¿Qué hago por el mundo?
El don que me dieron de nada me ha servido.

(De *Ramo de romeros*, 1945.)

De MERCEDES CHAMORRO, joven poetisa nacida en Toledo, no conozco más que el libro *Ramo de romeros*, publicado en 1945 en Madrid, y un cuadernillo de poemas editado por "Verbo", de Alicante. De ambos ofrezco unos bellos ejemplos; en ellos la poetisa se evidencia, cargada de prematuro saber humano y de profundas intuiciones.

JOSEFINA ROMO ARREGUI

LA POSESION

Haber, tener, nutrir nuestra agotada
alma con otra: henchir el río vivo
de ansia de posesión, con el esquivo
espanto de una sed jamás saciada.

Sentir, vivir, querer nuestra agobiada
respuesta en ese círculo excesivo
del ávido temblor del posesivo
que el alma deja incierta y fatigada.

Poseer, poseer cumplidamente,
¿quién pudo de otro sér, quién de otra frente
subyugar el secreto pensamiento?

¿Quién la mirada, el gesto que nos huye,
el terror de un pasado que se intuye,
el leve aletear del sentimiento?

Ahora nos hallamos ante una poetisa que muy al principio de su juventud publicó un libro de poesía, y que después de largos años entregada a la labor profesional universitaria, a la investigación erudítica, al ensayo y crítica literaria, nos ofrece un libro de poemas (bajo el cabalístico número 9, pues de nueve en nueve van agrupándose sus cantos, sonetos y poemas) titulado *Cántico de María sola*. La autora, JOSEFINA ROMO ARREGUI.

Poesía interesante la suya, en muchos momentos atravesada por auténtica emoción, por exaltada belleza, en este libro se dan cita todos los viejos motivos que nutren al poeta, junto a una cuidadosa forma, que huye de la retórica para adentrarse en el sentimiento de mejor ley.

CANTICO DE MARIA SOLA

Volvemos los ojos a Dios
porque estamos cansados,
porque somos carne cansada,
porque sentimos la vida
como una enorme rueda de molino en los hombros.
Volvemos los ojos a Dios
porque nada esperamos;
ya el padre y la madre se fueron,
ya los hermanos son cuervos de nuestro pan,
ya los amigos tienen los ojos secos a nuestro llanto,
ya el amor sabe a ceniza en nuestros labios
y pone hielo en el corazón.
Entonces
volvemos a Dios los ojos
y gemimos y nos humillamos
como si nunca hubiésemos levantado la frente orgullosa (y enlodada.

Volvemos los ojos a Dios
reclamando ardientemente,
quejándonos de abandono y desesperanza,
exigiendo la fe que desdeñamos.
Como desventurados huesos sin paz en la tierra,
como desesperados suspiros sin aire que los recoja,
marchando irremediablemente hacia el fin
con terror y con lástima.

(1950)

CLEMENCIA LABORDA

TRINOS

La luna, de media gala,
como llovida del cielo,
abre y cierra su desvelo
cuando en las nubes se instala.
El ruiseñor se acicala,
señoreando verdores;
maestro de los cantores,
modula un trino ligero
y piensa, oyendo al jilguero;
«¡no son todos ruiseñores!».

(De *Jardines bajo la lluvia*, 1943.)

OFRECIMIENTO

No, mis lágrimas no, que me consuelan
y abren cauce de luz a mi congoja,
ni la nube ni el ave, ni la hoja
que sobre el aire de mi frente vuelan.

No las estrellas que mi amor desvelan
con los latidos que su luz arroja,
ni los ensueños que mi pecho aloja,
ni las palabras que mis labios celan.

Esto, Señor, me diste y me lo quedo
y no te lo devuelvo en la partida,
rama a rama por flor, flor por latido,

pongo a tus pies lo que poner no puedo,
porque en este balance de mi vida
te ofrezco todo lo que no he tenido.

(De *Ciudad de soledades*, 1948.)

En su primer libro, *Jardines bajo la lluvia*, su autora, CLEMENCIA LABORDA, se manifestaba sonriente, leve, sensible e intrascendente. Los temas de dicho libro—salvo unos versos ungidos de bella religiosidad—son banales y deliciosos. Puro juego poético del cual salía evidente la maestría en el uso de la forma clásica del verso. Pero después CLEMENCIA LABORDA nos da un libro más serio, en el cual se la comprueba derivando a otra poesía más pensativa e íntima, que aunque a veces sigue expresándose en sus moldes preferidos, utiliza imágenes frescas de la visión contemporánea. El libro segundo de CLEMENCIA LABORDA se titula *Ciudad de soledades*.

ANA INES BONNIN

HOMBRES DESCALZOS

Grávida luz, me hiere tu silencio;
quéjate, grita, rómpeme la sangre
con un feroz y largo escalofrío.
Será la muerte, sí, pero no importa.
¡Morir hasta que el mundo resucite!
Morir hasta que sean en el mundo
los hombres recorriéndolo descalzos:
¡la humanidad por fin enriquecida!

Hombres descalzos;
por su planta desnuda, justos, buenos.
Hombres que al ir andando en carne viva,
sintieran el dolor de cada hombre
latir en cada piedra que rozaran;
sintieran cada gota de rocío
temblar a cada sed, a cada lágrima,
morir a cada muerte, y gota a gota,
encadenando así nuevos rocíos.

Hombres descalzos;
por su planta desnuda,
sobre la tierra lentos y seguros,
como una enredadera sorprendente,
como si Dios sus águilas postrase,
y fueran en el mundo las palomas.

¿ACASO DUERME EL ANGEL?

¿Acaso duerme el ángel, o es que sueña?
¿Qué soñarán los ángeles que duermen?
¿Qué soñarán los ángeles que sueñan?
El ángel, ¿me adivina?,
¿me sabe junto a él, y preguntando?
¡Oh, sí!, abre los ojos;
me lleva hasta sus ojos y contesta:
«Dormía, pero tú me despertaste:
era un rumor igual al de mis alas».

(De *Poema de las tres voces y otros poemas*, 1949.)

Una poetisa catalana de complicada ascendencia en la sangre, ya que viene desde remotos países a nutrir las venas de ANA INES BONNIN, nos ofrece en sus dos libros publicados hasta ahora, *Fuga* y *Poema de las tres voces y otros poemas*, claras y bellas muestras de su talento y de su sensibilidad. Para ANA INES BONNIN la poesía es un duro ejercicio de sacrificio y de amor, un luminoso apostolado. Esto es lo que por todos sus versos alumbra, con la entrega ejemplar, alma y vida de la poetisa.



CARMEN CONDE

MADRE

III

¿Es que sabe mi madre de dónde trajo mi vida?
Se encontró conmigo un día como con una tormenta
No sabría tampoco qué hay que hacer con el rayo,
ni si a la lluvia frenética es posible oponerle
una orilla inflamada de llamas.

He buscado en torno mío hasta saberme sola.
Antes de mí, en mi raza, no conozco a otros seres.
¿Quiénes fueron los míos, dentro ya de mi sangre?
¿A qué otros mi cuerpo, a qué otros mi alma
continúan en la tierra?

Si se lo dijera a ella no sabría contestarme.
Tan ajena es mi lengua como le son mis ojos.
—Madre, ¿sabes tú por ventura
por qué soy así yo, de quién es la nostalgia
de tantos paraísos?

La poblaría el silencio buscándole en su entraña
la raíz de las mías, y el hontanar violento
que manó mi corriente como un corcel de espuma.
Entonces se podría escuchar la distancia
que entre nosotras hay, siendo ella mi origen.

Una madre es la cueva de donde arranca el río.
Una madre es la tierra por donde corre el agua.
Pero el río..., ¡va tan lejos a buscarse océanos!
Y la tierra: en lo hondo, silenciosa, ignorante,
encima de otra tierra que también desconoce.

(De *Ansia de la Gracia*, 1945, «Adonais».

MEDITANDO LA MUJER AHORA

Esta corriente oscura atravesando mi cuerpo
no pasará a otros seres, es solamente mía:
la nazco yo, la broto; espesa sombra dura
que acabaré yo siendo, fundida ya con ella.

Otras veces he sido resplandeciente ascua
iluminando a todos: luz de lumbre perfecta.
Los seres que mataron, hechos carne podrida,
oscuros de metralla, reventados en niebla,

han legado a mi tiempo de vida
este horror de su sombra purulenta y nefasta.
Apagóse mi risa, me fundieron la estrella,
y ahora soy la muerta que los contiene muertos.

En provincias de mí viven ramas de fiebre,
y en aquellos contactos que imagino crepitan.
¡Oh qué triste me siento la juventud en regazo
al mirar a esos hombres que murieron conmigo!

Yo no quiero gozar. No podría embriagarme
con mis brazos aun tersos y mis hombros redondos,
ni con estas rodillas de belleza segura,
que me aferran la sangre, cuando quiero saltar,

porque me asusto, débil, al admitirme viva
y capaz de reír mientras lloran los hijos
de esas mujeres muertas cuyos huesos blanquean
entre los sucios campos de las guerras cobardes.

¡Quién pudiera soñar hasta crear la escala
que enlazara contigo, Tú, el Señor de mis sueños;
y descendiera el ángel que en batalla dormida
me desangrara el hambre de verte que padezco!

Esta negra morada de tu creación me pesa
porque no la dominan mi juventud, mi ardor.
Asomada a la fuerza de los que nada saben
y se mueven a oscuras, yo deliro mi angustia.

Y te llamo, callada, por las enormes fuentes
de tu garganta abierta en mi pecho sin jugo.
¡Llévame de la sombra, húrtame de mi sino!
¡Ay Señor de la muerte: sácame de tu boca!

Mirada desde arriba, ¿qué bulto es la muerte?
¿Qué la agilidad del cuerpo en movimiento?
Esta prisa de amar y de odiar, ¿qué levantan
sobre la sucia y llana, sobre la impura tierra?

El correr por coger, el asir desmedido;
esta hidrópica ansia de tener los futuros
agusanados cuerpos que olerán a su podre,
¿qué dirán desde arriba al que sereno mire?

Mi sonrisa y mi llanto, el gritar, la blasfemia,
este negruzco hilo de la poesía inútil...
¿Para qué se producen, para quién yo la mano
enterada que estoy de mi muerte absoluta?

...¡Pero tu Reino augusto me tienta, me enloquece!
¡El soñar que mis ramas acarician tus nubes
y una palabra célica misericordia irradie
al caer sobre el fango, limpiándome con fuego!

Desde arriba, tan alto, ¿cómo podré ser vista?
Es mejor que resigne mi ambición a la tierra.
...¡Oh que quiero saltarla y saltarme, volarte
siendo más que tu polvo: el viento y tu relámpago!

(De *Mujer sin Edén*, 1947.)

CARMEN CONDE.—Obras publicadas de poesía: *Brocal*, 1929, Madrid, "La Lectura", Col. "Cuadernos Literarios". *Júbilos*, 1934, prólogo de Gabriela Mistral, dibujos de Norah Borges de Torre.—*Pasión del Verbo*, 1944, Madrid.—*Ansia de la Gracia*, 1945, Madrid, Col. "Adonais".—*Honda memoria de mí*, 1946, Madrid, Edit. J. Romo.—*Mi fin en el viento*, 1947, Madrid, Col. "Adonais".—*Sea la luz*, 1947, Madrid, Col. "Mensajes".—*Mujer sin Edén*, 1947, Madrid.

EUGENIA SERRANO

ORACION DE MUJER

¡Ay, Señor, Dios mío! yo amo este cuerpo que Tú vas a salvar
del olvido y la nada.
Este cuerpo mío, hecho a tu gloriosa semejanza,
espejo de Tu Imagen.
Vestido de la gloria artesana de Tus manos,
fruto de eternidades.
Mi cuerpo bienamado, humana morada de Tu Hijo,
fin de su Eucaristía.

Yo amo su corazón,
su loco corazón, latiendo y esperando en Tu Justicia.
En mi pecho doliente,
sangrando por Tu Misericordia, sediento de Tu Amor,
vuelto a Tu Amor siempre,
en los días de júbilo, cuando vivir es primavera.

Yo amo sus ojos, estos oscuros ojos míos, estas tristes pupilas
con sus amargas lágrimas
y su lágrimas dulces.
Con sus llantos solitarios, mas en Tu Compañía.
Sus miradas últimas para Ti, buscándote, pidiéndote,
dudando al no verte.
Para encontrarte luego a través de tus Altas Estrellas,
de Tus Lucientes Noches,
y de Tus Profundos Mediodías.

Estos labios, Señor, que Te hablan tantas veces,
que Te rogaron, que Te maldijeron negando,
porque creían en Ti.
Porque siguen creyendo.
Estos labios míos, Señor, de palabra verdadera,
al recordar Tu boca,
cuando para Ti hablan y rezan.
Con palabras falsas
cuando hablan a los que mienten, y mienten doblemente,
y siete veces más,
al invocar Tu nombre.

(Fragmento de *Oración de mujer*, 1949.)

Súbitamente se nos reveló una voz de poeta en la gran prosista, novelista, periodista y ensayista EUGENIA SERRANO. Esta mujer, que también procede, com Alfonsa de la Torre y Josefina Romo Arregui (*María Sola*), de la Universidad, había ido mostrándonos sus aciertos literarios en campos ajenos al de la poesía. Y en 1949 surgió su *Oración de mujer*, de la cual ofrecemos sólo un fragmento, por lo extenso de su contenido. Como sabemos que EUGENIA SERRANO sigue escribiendo versos y preparándolos para un volumen, contamos con ella en esta antología,



II

Si la selección es difícil, por arbitraria que sea, refiriéndonos a poetas que nos son familiares y con los cuales hasta convivimos, ¿qué será tratándose de aquellas que por desgracia nos están sumamente alejadas por geografía ya que nunca por afinidad e interés? Hemos de afrontar el riesgo, excusándonos, de anticipado, por omisión o defecto, ambos involuntarios.

Para las poetisas hispanoamericanas debe resultar áspero el camino de la gloria universal, contando con antecedentes, tan próximos por otra parte, como Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni..., entre algunas pocas más de su época. Sin embargo, por fuerza del sino poético, sin arredrarse ante ninguna posible e inevitable comparación, ellas afrontan con valor la posteridad junto al no menos duro presente. Y nos llegan—no con la frecuencia y cantidad que deseamos—libros y libros, jóvenes, abiertos a todos los rumbos, donde nuevas y hermosas voces levantan su canto.

GUADALUPE AMOR

¡AY, COMO TEMO!

¡Ay, cómo temo a las puertas!
Yo nunca las pienso entradas,
no es que las niegue ocasiones,
es que me son decepciones
porque están predestinadas.

Yo las quisiera vedadas,
vedadas o inexistentes,
mil veces mejor ausentes
y no a la muerte encauzadas.

Puertas son de las moradas
adonde van mis deseos;
pues, aunque éstos den rodeos,
tienen puertas destinadas.

CAMINABA YO...

Caminaba yo de frente
y mi sombra iba detrás.
Yo pensé que la cubría,
pero mi sombra tenía
la potestad suficiente
de tornarme transparente,
y ocupando mi lugar
ella se filtró silente
y yo, su sombra... fuí atrás.

(De *Puerta obstinada*, México, 1947.)

NO CREO EN TI

No creo en ti, pero te añoro,
¡qué torpeza estoy diciendo!,
tal vez te voy intuyendo
y por soberbia te ignoro.
Cuando débil soy, te imploro,
pero si me siento fuerte
yo soy quien hace la suerte
y quien construye la vida...
¡Pobre de mí, estoy perdida!
¿También inventé mi muerte?

DIOS

Dios, invención admirable,
hecha de ansiedad humana
y de esencia tan arcana
que resulta impenetrable.
¿Por qué Tú no eres palpable
para el soberbio que vió?
¿Por qué me dices que no,
cuando te pido que vengas?
¡Dios mío, no te detengas!
¿O quieres que vaya yo?

(De *Polvo*, 2.ª edic. Madrid, 1950.)

GUADALUPE AMOR, extraordinaria poetisa mexicana, también dijo en Madrid sus versos triunfando de buena ley. Emisaria de un mundo nuevo, habla sin embargo con la voz más clásica y sonora de nuestra lengua. Las imágenes la actualizan, prestándole un rango de antiguo indiscutiblemente hermoso. Sus libros, *Puerta obstinada*, México, 1947, y *Polvo* (2.ª edición española, 1950), enriquecen el ya riquísimo mundo de la poesía femenina hispanoamericana. No se queda en puro, magistral, juego el verbo lírico de GUADALUPE AMOR, sino que ahonda, exalta, infunde pasión y belleza en lo que canta, llevándonos al claro goce de una emoción poética inolvidable. Y remontándonos, con palabra muy seria y muy enjuta, a esas precisas regiones donde el alma se pregunta su destino sin hallar más respuesta que la encerrada en la palabra de Dios.

JUANA DE IBARBOUROU

VIDA-GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de una pajarera
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra,
donde el sol me caliente los huesos y mis ojos
alargados en tallos suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve. Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
podrán estarse quietas;
que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraícen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
yo subiré a mirarte en los lirios morados!

LA HORA

Tómame ahora que aun es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera
....

Después... ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aun es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. ¡Oh, amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?

El nombre resplandeciente de DELMIRA AGUSTINI, la precursora, es la aureola de toda poetisa hispanoamericana. JUANA DE IBARBOUROU, uruguaya también, ha llevado a cabo la obra que la malograda Delmira sólo diera en anticipo radiante, escalofriante de belleza y misterio. Todos los poemas de Juana de América (título que hace muchos años le concedió la fama en su país) rezuman vida: radiante, amorosa, gozosísima vida de mujer que se entrega a su destino con fidelidad maravillosamente bella. La alegría de amar, de vivir, de ser amada, deseada, de proyectarse como un arcángel de luz sobre los mortales, canta en la obra de JUANA DE IBARBOUROU.

CLARA SILVA

HOMBRE

Ya no eres más que tú
en ti mismo, escuchando
el tambor de tu angustia,
redoble oscurecido de una muerte
(llamando,
llamando en la espesura
la luz, virgen secreta.

Ya tu boca, tus manos, abandonan
el vaso aun colmando;
sufre tu corazón la cruz antigua
heredad de tu infancia;
sólo tu frente se alza
sobre tierras de sombra
entre ordenadas columnas.

En un desierto de arenales fríos
empieza el gran combate.
Tu espada, que no llega a tu estatura,
palidece
ante los vigilantes de la noche.

Van cayendo los frutos de la vida
Estás solo ante un Dios
y ya cerrado
el umbral de tu pregunta.

(De *Memoria de la nada*, B. A., 1949.)

EL VIENTO DE LA ANGUSTIA

Es necesario estar de pie
y armados
para el asalto de los Nocturnos.

Si abandonamos nuestros muertos
en el desván de los recuerdos
para siempre se mueren;
o nuestros hijos en las ciénagas de la noche
para siempre se pierden.

Es necesario sostenerlos con nuestras manos,
arrancarlos de entre sus dientes.
Pero, si a ti te abandonamos,
luz apenas entre las grietas de la casa,
vendrá el viento soplando de la angustia
y entonces sí, nos perderemos para siempre,
nosotros.

CLARA SILVA tiene varios libros, además de *Memoria de la nada*, *La cabellera oscura*, poemas, con prólogo de Guillermo de Torre, 1945, y *El cuerpo*, novela. Su voz arranca también de un hontanar severo, repleto de aguas que gimen por su destino, que indagan su origen... Ved qué digno continente el suyo.

JOSEFINA DE CEPEDA

AHORA TENGO LA VIDA

¡Ahora tengo la vida!
En los lomos del tiempo, la Muerte cabalga,
cabalga huesuda y sombría. (cabalga,

¡Ahora tengo la vida!
Y detrás de mis ojos, la Muerte me espía, me
con su séquito negro. (espía, me espía

¡Ahora tengo la vida!
Lejos, en el bosque, la Muerte taladra, taladra,
el árbol de mi ataúd. (taladra

¡Ahora tengo la vida!
Y me está conversando la Muerte constante,
(constante, constante!
No importa: ¡Ahora tengo la vida!

(La Habana, 1937.)

De aquella espléndida y extensa antología que publicóse en La Habana en 1937, prologada y epilogada por Juan Ramón Jiménez, que la bautizó con el título de *La poesía cubana en* 1936, obtenemos este nombre: JOSEFINA DE CEPEDA. En la breve selección de sus poemas en dicho libro hallamos éste, que por sí sólo vale un buen puñado. No importa que su canto de amor haya estado y esté en todas las bocas frescas de la juventud.

MARIA ELVIRA PIWONKA

TIERRA MORENA

Ya plenitud, por vez primera,
de hundir mi mano en otra mano.

No sólo el ímpetu y la estrella
de ardor vibrante y concentrado,
no sólo la fugaz ceguera
y el gesto en paz y abandonado.

Mi mano en tu mano morena
de sol abrasada, sol áspero,
mi mano en tu mano de tierra
rugosa, de latido exacto;
mi mano en tu mano, certeza
de un fin primitivo y sagrado.

Tierra donde apacentar huellas;
de savias íntegras, regazo,
profundidad donde se gesta
la vida y bulle el sér primario.

Mi mano en tu mano morena...
Mi mano adentrada en tu mano,
raíz en puñado de tierra.

(De *Llamarlo amor*. Santiago de Chile, 1949.)

De Santiago de Chile nos llega MARIA ELVIRA PIWONKA con un libro muy elogiado por la crítica, *Llamarlo amor*, 1949, que tampoco fué remisa con el anterior de la misma autora, *Intima*. Poesía graciosa, flúida, sin lastre de preocupaciones ajenas a su propio sér, joven y armonioso.

MARIA DHIALMA TIBERTI

ALFONSINA EN EL MAR

Alfonsina:
a la alta orilla llegaste
con una pequeña muerte en la sangre;
con un manojo de frase y lágrima
detenido en la garganta.
Ante el mar, musgosa campana
resonante.
mundo pueril de peces y algas,
detuviste la angustia de tu llanto,
mientras las gaviotas
intentaban rescatar su sombra
de las telarañas espumosas del agua.

Alfonsina:
quizá había viento ese día,
un largo, áspero viento de saladas voces
aclarándote los ojos con húmeda mano.
Y estabas sola,
con un duro coral de decisiones,
con los labios apretados de horizonte,
con la risa perdida por antiguas tierras.

Alfonsina:
El mar, adivinando tu llegada,
se consteló de caminos blancos,
y las olas, de un solo golpe,
llenaron las piedras de fríos escudos heráldicos.
La voz de la tarde te llamaba
cargada de redes y de barcas,
y te fuiste, absorta, a rezar tu muerte
a ingenuas catedrales de arena;
a donar tu ocre dolor
a finos arcángeles con escamas.

Alfonsina:
después de tu triste paso en el espacio
se cerraron los acuáticos líquenes
sobre tu pelo, sobre tus manos.
Y vinieron las mujeres y los hombres
a gritar por tu ausencia,
y a decir tu nombre en la playa.
Y tus palabras
están afiebradamente vivas,
y tus ideas prendidas en papeles,
y tu recuerdo andando humanamente
por nuestras paralelas calles.

Alfonsina:
el mar, que detuvo tu angustia,
el mar, no sabe nada.

(De *Las sombras amarillas*.)

MARIA DHIALMA TIBERTI llega precedida del cálido elogio de quien para nosotros tiene tanto crédito literario: Julián J. Casal. Y en sus dos libros, *Tierra de amapolas* y *Las sombras amarillas*, esta joven autora, que edita sus bellos libros en La Plata, Ediciones del Bosque, afirma su valer. Del segundo es el anterior poema, ofrecido a Alfonsina Storni, inolvidable maestra.

DULCE MARIA LOYNAZ

AGUA ESCONDIDA

Tú eres el agua oscura
que mana por dentro de la roca.
Tú eres el agua oscura y entrañable
que va corriendo abajo de la tierra,
ignorada del sol,
de la sed de los que rastrean la
tierra, de los que ruedan por la tierra...

Tú eres el agua virgen sin destino
y sin nombre geográfico;
tú eres la frescura intocada,
el trémulo secreto de frescura,
el júbilo secreto
de esta dulzura mía que tú eres,
de esta agua honda que tú has sido siempre
sin alcanzar a ser más nada que eso:
agua negra sin nombre...
¡Y apretada, apretada contra mí!

TODAVIA

Tu mano dura, rígida, apretando...
Apretando, apretando hasta exprimir
la sangre gota a gota...
Tu mano, garra helada, garfio lento
que se hunde... Tu mano.
¿Ya?...
La sangre...
No he gritado. No lloré apenas.
Acabemos pronto ahora: ¿ves?,
estoy quieta y cansada.
De una vez acabemos este juego
horrible de tu mano deslizándose
—¡todavía!...—suave y fría por mi espalda...

(De *Versos*.)

ABRAZO

Hoy he sentido el río entero
en mis brazos... Lo he sentido
en mis brazos, trémulo y vivo
como el cuerpo de un hombre verde...

Esta mañana el río ha sido
mío: lo levanté del viejo
cauce... ¡Y me lo eché al pecho!
Pesaba el río... Palpitaba
el río adolorido del
desgarramiento...—Fiebre fría
del agua—: Me dejó en la boca
un sabor amargo de amor y de muerte.

(De *Juegos de agua*. Madrid, 1947.)

DULCE MARIA LOYNAZ, cubana, confirmó su existencia irrefutable de poetisa con el sentimiento clamoroso de Madrid no hace mucho tiempo. DULCE MARIA ha publicado solamente dos libros: *Versos* y *Juegos de agua*, este segundo en Madrid, 1947. La poesía de DULCE MARIA LOYNAZ es de una apasionada, misteriosa, secretísima intimidad, y brilla, sin embargo, como un pequeño astro, que manos divinas dejan encendido eternamente. Poesía que llamaríamos lenta, cargada de significaciones; poesía verdadera y emocionada.

MARGARITA MICHELENA

EL POETA VA SOLO...

Y el poeta va solo y aun solo entre los suyos,
porque no hay dulces puentes entre él y su linaje.
Sin conocer sus nombres,
camina con los otros monarcas desgraciados
bajo el alto martirio de la corona ausente,
cantando por las sombras su jardín derruído,
el agua del origen, el lirio degollado,
tocando en las tinieblas las piedras y señales
de su ciudad de oro y de su patria en ruinas.
Sólo con sus palabras, triste reino de polvo,
a solas con su caudal de espléndido mendigo.
Busca en el cielo oscuro su estrella cancelada.
Y a veces una punta del astro se le asoma
temblando en lo que dura una sola palabra.

(Fragmento de *El Cainita*.)

De MARGARITA MICHELENA, México, nos llega un magnífico poema publicado en la Revista Antológica *América*, de México también. Para que su claro nombre no se quede en sencilla aunque señaladísima mención, incluímos un fragmento de *El cainita*.

ALICIA EGUREN

FIN

¡Ah!, quién volver pudiera
a la plácida playa sin retorno,
a la matriz primera,
al tímido contorno
que nos criara con tibieza de horno.

La primavera gime
en los múltiples brotes incesantes,
mas cada brazo esgrime
las hoces vigilantes...
Jamás seremos ya, jamás, los de antes.

Quien ha quebrado el blanco
maizal paterno del primer amparo,
éste ha quedado manco,
roto el fanal del faro
y esto está claro, claro, claro, claro.

Pues todo está partido
y el resto de esta dispersión que sube
con ritmo dolorido,
se aleja en cada nube
que triza todo cuanto en tierra tuve.

Si alguien juntar pudiera
el alma que en mil trozos fué partida,
si alguien tuviera entera
su prometida vida
la voz podría ser indefinida.

Lo dicho dicho está.
Lo indefinible el alma lo adivina.
Todo sentimos ya
que la tierra declina
y llega el tiempo de la ira divina.

(De *El canto de la tierra inicial*, 1949.)

¡Con cuánto empaque de métrica, con olor antiguo y maravilloso, nos dice su lírico mensaje ALICIA EGUREN! De Buenos Aires (1949) adviene también su libro *El canto de la tierra inicial*, y dada la extensión de los poemas que lo componen, con pena sólo podemos ofrecer un fragmento.

MARIA SANCHEZ FUENTES

TU BIEN LO SABES

Hay almas en la vida que semejan
ocultos manantiales.
Por los jardines donde calladas pasan,
aroman y florecen con más fuerza los rosales.
El verde musgo se esponja, gozoso,
en las laderas de las montañas,
porque ella, el alma bienhechora,
las va regando con sus lágrimas.
Qué rojas están hoy las amapolas,
las rojas amapolas de los rubios trigales.
Es que el alma callada por ellas ha pasado
pintándoles las hojas con su sangre.
¿Quién es ella? No se sabe.
Yo sólo sé decirte, y tú también lo sabes,
que hay almas en la vida que semejan
ocultos manantiales.

(De *Polvo de luz*, La Habana, 1950.)

Cubana también, MARIA SANCHEZ DE FUENTES es una recóndita poetisa, que si ahora ve sus composiciones juntas en un libro, gracias es al amor y devoción de su hijo, el gran poeta Eugenio Florit, madrileño de nacimiento. En esta poetisa cuentan las cosas, los sentimientos sencillos, naturales: como son naturales la luz, el aire, el agua. Una infinita ternura, delicadeza, bañan de paz los versos buenos y nobles de MARIA SANCHEZ DE FUENTES.

GABRIELA MISTRAL

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh!, ¡no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo en torno a su cuello ensangrentado!

(De *Desolación*.)

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
Se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, delante de tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.

Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuera, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de los mares solos.
¡Se nos va todo, se nos va todo!

(De *Tala*.)

El nombre prócer, universal, de la chilena GABRIELA MISTRAL, sustenta sólidamente la gran arquitectura de la Poesía Femenina hispanoamericana. Su obra, más intensa que extensa, ya que ella otorga rarísimas veces el don de sus libros, mereció el Premio Nóbel en 1946, confirmando así el premio del mundo otorgado ya hacía muchos años: desde la luminosa aparición de sus poemas en *Desolación;* a éste siguió *Tala*, y luego *Ternura*. En todos ellos vive el poderoso aliento de sus poemas a los Niños, y entre la amargura, la clarividencia y la sabiduría de su genio, destaca la gloria de su ternura, de su amor maternal, como una Vía Láctea de infinitos destellos. Por ser bien conocida su obra, los ejemplos que ofrezco no aspiran a ser clave de la misma, sino homenaje de quien más la quiere y admira en España.

SARA DE IBAÑEZ

LIVIDO ARCANGEL

Lívido arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.
La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
todo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó Caín, tu suave hermano.
Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.
La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.
En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.
Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.
La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.
Echaste a andar por el incendio de tu agonía.
En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.

(De *Hora ciega* 1943.)

De 1943, Buenos Aires, Ed. Losada, es el libro *Hora ciega*, que firma la poetisa SARA DE IBAÑEZ. Poesía muy bella, muy grave, con interés humano dramático, nos impresiona vivamente. Algo más que unos breves ejemplos querría ofrecer al conocimiento de la mayoría; pero en éste, como en los demás casos, la fuerza de la circunstancia lo impide.

HELENA MUÑOZ

INQUIETUD

¿Qué es esta fuerza viva que me encumbra?
¿Qué sueño, que me lleva tan arriba?
¿Qué vuelo?, ¿dónde va? ¿De qué deriva,
que me trae la inquietud y está en penumbra?

¿Qué es esta plenitud que me deslumbra?
¿Qué es este fuego en el que estoy cautiva?
¿Qué es esta llamarada que reaviva,
que renueva mi vida y que me alumbra?

¿No será el resplandor de alguna hoguera
que ahoga en mi interior su llamarada
y que estará con mi alma entrelazada?

¿O será la pasión que se aglomera
queriendo liberarse en su llamada
entre lenguas de fuego acorralada?

NADIE

Nadie es dueño de nadie, nadie es dueño de nada;
es inútil empeño el querer apropiarse;
es columna de un humo que en el cielo se esparce
y es tener en las manos a la luna apresada.

Misterio de la mente que no es nunca alcanzada,
secreto de la sombra que puede remontarse,
estar cerca, muy cerca, como pronto alejarse,
sin moverse del sitio, sin cambiar la mirada.

Penetrar en un alma, que ya esconde su vuelo,
que ya ríe, ya grita, ya zozobra en pesares,
o se oculta apagando, silenciando su anhelo.

¡Pensamiento, quién llega, quién lo alcanza a sí mismo,
si se esconde, se aleja; si atraviesa los mares,
o se allega y descansa perdido en un abismo!

(De *Sonetos en carne viva*. B. A., 1950.)

A HELENA MUÑOZ LARRETA, esposa del magnífico escritor argentino Eduardo Mallea, la admira J. R. J. hasta el punto de ponerle Prólogo—ya sabemos qué depurado gusto es el de nuestro Poeta—en un libro titulado *Sonetos en carne viva*, Buenos Aires, 1950. "Estos sonetos que vienen ahora, no fueron recibidos por su Helena, sino impulsados... Palabra en carne viva, en alma viva, en doble ascua viva y rota en pedazos de igual calidad íntima y diversa hermosura formal. Si se leen sin defensa estos sonetos, sellan, llagan". (J. R. J.)

FINA GARCIA MARRUZ

LA DEMENTE EN LA PUERTA DE LA IGLESIA

Ha cruzado el pasillo de la iglesia con leve aire triunfante en sus ojos de aislado desafío;
ha mirado a ambos lados con oblicuo desprecio mientras el absurdo esplende en sus medias amarillas;
y nos llega el fanático blancor de su vestido anudado extrañamente como súbita cólera
que deshace el pañuelo mugriento en la cabeza vagamente floreada y planetaria.

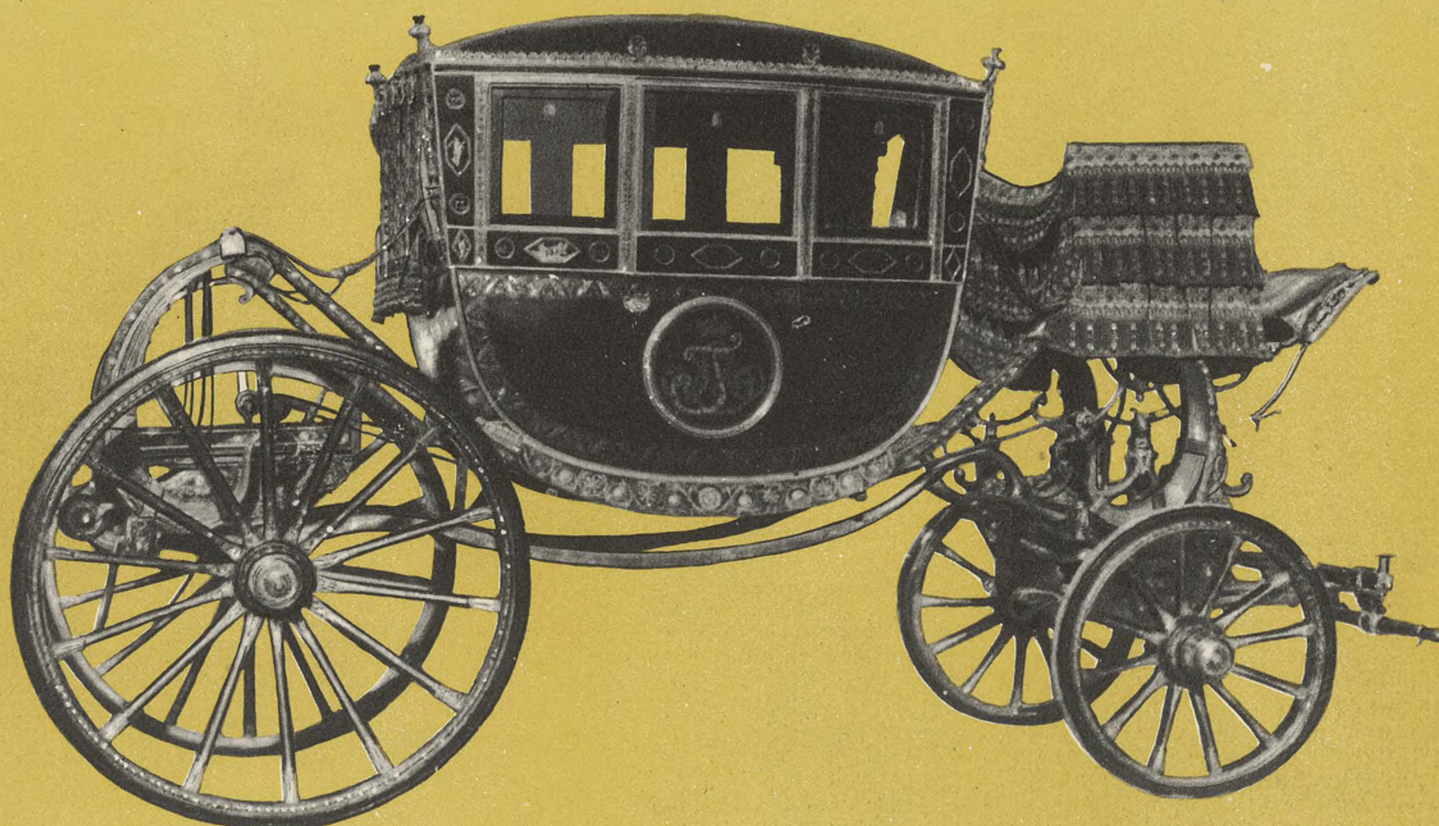
Vedla sentada a la puerta de su rostro, guardadora de un misterio perdido;
ved a la oscura lúcida, general como el viento, materia del milagro,
su ignorancia ha abarcado nuestro orgullo, se sienta en la otra orilla,
con distracción sagrada toca una vihuela suave y anacrónica.

En el nevado país de los mendigos, a la sombra original, remota cual la infancia;
más lejos que sus ojos, en el oscuro reino inalcanzable del anhelante tacto,
a cuestas con el enigma de su fealdad, genialmente pasea como dama,
y la ironía dobla el borde de sus zapatos como el borde de la oscura risa.

Mirad que esa demente es quizás tan sólo un esplendor incomprensible,
pero decidme a qué alude su flor pintarrajeada, y esa tremenda suerte de aislamiento,
que ha podido llevarla al extraño país de su avarienta mirada sujetando la miseria como una moneda,
cuando el oro imposible de su cabellera esplende el aire que no podemos tocar,
decidme qué significa esa monstruosa diferencia como una estirpe sagrada,
cuya cordura distinta me deja temblando junto a la puerta, junto al siglo y las máscaras,
por las que pasa ella envuelta en fábula veraz de mutilada diosa, con una dignidad triste.

FINA GARCIA MARRUZ viene en una hermosa antología de Cintio Vitier, *Diez poetas cubanos*, 1937-1947, La Habana, 1948, Ed. "Orígenes". Hasta ahora sólo cuentan en su haber *Transfiguración de Jesús en el monte*, 1947, y *Poemas*, 1942, no obstante su larga maestría y dedicación a la poesía.

Indiscutiblemente, FINA GARCIA MARRUZ es una escritora de profundo pensamiento y de magnífica expresión, perfectamente dominada.



CARROZAS PARA EMBAJADORES

DESPUES de unos años de vulgar automovilismo, el protocolo de Madrid para la recepción de embajadores ante el Jefe del Estado, vuelve a utilizar las carrozas del Palacio Real que antaño se empleaban para ésta y otras solemnidades oficiales.

Cuatro son los coches que salen de caballerizas reales el día que ha de presentar sus cartas credenciales un embajador. Tres de ellos son del modelo de París de media gala, y cuatro asientos, para el respeto y séquito. Para el embajador se utiliza una hermosa berlina de gala de dos asientos, que perteneció al Rey consorte don Francisco de Asís.

En un viejo y lujoso álbum de Palacio, semejante a esos, tan del siglo XIX, que, forrados de terciopelo granate, suelen encontrarse sobre panzudas consolas en las casonas españolas, con desteñidos retratos de militares, marinos o sacerdotes antepasados de la familia, hemos visto la historia y descripción de estas carrozas de los embajadores, entre los doscientos vehículos de toda índole que a fines de siglo poseía el patrimonio de la Casa Real.

Antes de la descripción de los vehículos señalaremos el orden con que se organiza la comitiva de acompañamiento de un embajador, para trasladarlo, a través de Madrid, desde un gran hotel o el respectivo palacio de la Embajada al Palacio de Oriente.

Encabezan la comitiva dos coches del tipo llamado de París de media gala, cada uno con dos caballos, un tronquista y dos lacayos a pie, todos con pelucas y ropas de media gala. Estos coches están destinados al séquito del embajador. Sigue otra carroza del mismo tipo pero con cuatro caballos, tronquista, dos lacayos y dos palafreneros a pie, con trajes de gala. Por último, la berlina del embajador que lleva seis caballos, dos lacayos, cuatro palafreneros a pie, tronquista y postillón montado, todos con pelucas y traje de gala.

La berlina de dos asientos destinada a los embajadores fué construída en París por Mr. Beckman y adquirida por la Casa Real en 1841. Su caja es azul la parte baja y negra la superior, con dos coronas en los ladillos. Tiene cornisa de metal dorado y junquillos de plaqué con piedras incrustadas. Los grandes faroles son de cristal con historiadas monturas doradas. El interior está tapizado de terciopelo blanco con pasamanería azul y carmesí. La caja es de doble suspensión y el juego está pintado de color amaranto con adornos dorados.

De las otras tres carrozas del tipo llamado coches de París, una de ellas fué fabricada en París por Brinder y comprada en 1875 al conde Konlk, embajador de Rusia. La caja de ésta es de doble suspensión, está pintada de azul oscuro con junquillos dorados. Lleva escudos reales en las portezuelas y grandes faroles dorados. El interior está forrado de seda color tórtola y el pescante es de tumba con paño azul y banda carmesí. Lleva también un escudo de armas de metal dorado a fuego.

La otra es casi idéntica. También su caja es de doble suspensión, el pescante de tumba de paño azul con flecos y también el interior está tapizado con seda color tórtola. Esta fué comprada a Pascual de la Rosa en 1875 y restaurada en Madrid por Zacarías López en 1875. Estaba valorada entonces en sesenta mil pesetas.

Una de las más bonitas es la que fué siempre carroza de respeto, destinada a ir vacía en todas las solemnidades. Es un coche de gran lujo, con caja de doble suspensión adornada con "muy lindos bronces, dorados a fuego", que forman una greca todo alrededor. Así mismo lleva dorados a fuego los escudos de bronce. El pescante es de tumba, forrado de paño blanco adornado con seda de colores. Esta carroza fué construída en Madrid el año 1833, por los maestros de coches Rodríguez y Durán, que tenían sus talleres en la Plaza de Lavapiés y fué hecha en su totalidad con materiales españoles.

Tales son, a grandes rasgos, esos vehículos hipomóviles, verdaderas joyas de la artesanía del siglo XIX, que con tanta frecuencia se pueden ver en la Gran Vía de Madrid, despertando siempre la curiosidad pública en estos tiempos de la gasolina y las chapas de latón charolado en París o en Detroit. La suntuosidad y la solemnidad acompañan siempre a estas viejas carrozas que, siguen teniendo una sugestión espectacular sobre las gentes. Pues además de servir para transportar cómodamente a las personas de los embajadores tienen en sí mismas, arte, belleza e historia.











EL TRAJE DIPLOMATICO ESPAÑOL Y SU EMBLEMATICA

LAS primorosas y suntuosas casacas que lucen los diplomáticos españoles en las grandes solemnidades, se confeccionan en Madrid. Su corte y bordados constituyen desde siempre una de las más curiosas artesanías.

Si bien ha pasado lo que pudiéramos llamar su edad de oro —sin metáfora— ya que con auténticos hilos de oro se bordaban los uniformes lujosos de la corte y la nobleza española —tiempos del boato isabelino, cuando en Béjar se fabricaban paños expresamente teñidos con los colores que correspondían a cada casa noble—, estos uniformes siguen confeccionándose en Madrid aunque con materiales obtenidos en serie por la industria moderna.

La casaca con bordados de oro y el bicornio con plumas blancas y escarapela son las principales prendas del traje diplomático español, que constituye, históricamente, una ligera evolución, tanto en su corte como en su emblemática, del diseñado para sus diplomáticos y cortesanos por el rey Carlos III.

Cierto que ya en el siglo XVII se había publicado en España el primer "Tratado de Corte y Traça" que se conoce, del que es autor don Juan de Alcega Pero cuando el traje diplomático y cortesano español se estabiliza sobre las influencias de la corte francesa de los Luises, es en el siglo XVIII, con los monarcas de la Casa de Borbón. En la actualidad la corte española es de todas las de Europa, con la inglesa, la que conserva los más vistosos y suntuosos uniformes para sus diplomáticos.

Las casacas de los embajadores españoles tienen, aparte de su especial emblemática, una característica que las diferencia: las bocamangas con fondo grana, que en todos los demás uniformes diplomáticos es del mismo paño azul del resto del traje. Acaso en la complicada y simbólica emblemática del traje representen esos trozos de paño rojo la dramática voluntad de sacrificio que caracteriza todo lo español.

Los emblemas que cada país ha escogido tradicionalmente para el ornato de sus uniformes diplomáticos están inspirados en alguna representación característica de su flora, a la que se atribuyen además unos elevados valores simbólicos. Así tiene Suiza, por ejemplo, una flor que abunda mucho en sus Alpes, y tiene Cuba la hoja del tabaco, y el Perú la de su flor nacional que crece sobre las punas andinas.

La emblemática española fué variadísima en los años de esplendor de las casacas cortesanas. El color verde y el cardo lechal para la del montero mayor no se confundía jamás con la del mayordomo, como la del diplomático no se confundía con la del gentilhombre o el jefe de los alabarderos. Pero concretándonos a la emblemática del actual traje de embajador la describiremos a base de sus símbolos principales. Tanto en los bordados de los pechos, la más vistosa zona de la casaca, como en sus bocamangas y carteras se entrelazan las palmas del mérito intelectual con las ramas de oliva con fruto, símbolo de la paz. Los cantos de la casaca diplomática están guarnecidos por dos bastoncitos bordados, en el centro de los cuales hay unos círculos o bodoques en vez de las serretas que caracterizan los uniformes del cuerpo consular.

Puede decirse que la casaca de embajador tiene tres partes o zonas principales, que se caracterizan por sus bordados: los pechos, las bocamangas y el escusón. En los pechos es donde el ramaje de palmas y olivas luce todo el esplendor de su riqueza, ya que sube hasta los hombros y las últimas hojas forman una especie de collar al tocarse sobre la espalda. Las bocamangas llevan idéntica emblemática bordada sobre paño rojo. El escusón, o triple lazo, centra y ajusta en la espalda la prenda al talle. Tales son las características del traje diplomático español.



Espalda de la casaca y bicornio.



Casaca vista de frente.



Cuello y hombros de la prenda de embajador.



Bicornio con galón y escarapela.



Bocamanga de embajador, con fondo rojo.



Escusón y cartera.

DIEZ MUJERES HISPANICAS

Por FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL





ISABEL DE TRASTAMARA

COMO de la Reina de Castilla—cuyo ejemplo presidirá las tareas del próximo Congreso femenino—parece haberse dicho todo, no puede existir empresa más difícil para un escritor que la de tratar de evocarla a alguna luz inédita. Tanto los cronistas contemporáneos, apasionados y deslumbrados por su genialidad y su simpatía, como los poetas de exaltada imaginación y los eruditos de frío cerebro, incapaces de dar crédito a lo que no esté perfectamente probado por el minucioso cotejo de los legajos de documentos de cien archivos distintos, han coincidido sorprendentemente en sus apreciaciones sobre la gran mujer, en cuyo destino privilegiado se fundieron de manera portentosa la gloria regia y el dolor humano, el amor y la razón política. A pesar de ello, por ser Doña Isabel la Reina y la tutora de la gran aventura colombina, considero inexcusable rememorarla en uno de los días del año de gracia de 1492.

Por ejemplo, el 4 de agosto. La Soberana, en su alcázar de Córdoba, guardaba luto por el marqués de Cádiz—aquel legendario paladín de la guerra de Granada, cuyas hazañas igualaban a las del Cid y a las del Gran Capitán—, muerto días atrás en Sevilla. Empezaban a llegar a la apenada Corte las noticias de cómo se cumplimentaba en todos sus reinos el edicto de expulsión de los judíos, mientras los infantes niños invadían la casa con sus risas. Un correo, procedente de Palos, es introducido de urgencia ante la Soberana. De su escarcela saca unos pliegos, que, hincando en tierra la rodilla, entrega a la Reina. Son unas cartas del "loco genovés" repitiéndole sus promesas de llegar por Occidente a las playas de Asia y entregar al Gran Kan las credenciales que le acreditan como Almirante y Embajador de los poderosos Monarcas de Aragón y Castilla, y otra de Fray Juan Pérez, cura-guardián de La Rábida, dando cuenta de la partida en la madrugada del 3 de agosto de las tres carabelas fletadas para el maravilloso viaje. En la tarde del jueves 2 de agosto, el Almirante y sus noventa hombres de Moguer, de Palos, de Huelva, de Niebla, de Trigueros, de Ayamonte y de Lepe, confesaron sus pecados para recibir la comunión al día siguiente. El propio Fray Juan Pérez bendijo los barcos, en cuyos palos mayores se izaron los estandartes de la Santa Cruz y de los Reyes, levando anclas y haciéndose a la mar impulsados por un suave viento del Este. Todo el pueblo de Palos contempló desde la playa cómo las tres navecillas doblaban la barra de Saltés y emproaban directamente el mar abierto para perderse en la lejanía, donde sólo Dios podía saber todavía si les aguardaba la gloria o la muerte.

La Reina lee y relee las dos misivas emocionantes y se retira después a su oratorio a pedir al Altísimo por las vidas de aquellos súbditos humildes y valerosos, que arriesgan cuanto tienen—sus vidas jóvenes—para ofrendar a la Corona que ciñe sus sienes la gloria de su viaje a lo desconocido. La Reina pide por ellos a la Virgen, y en la sonrisa de la Virgen y del Niño adivina que es cierta la existencia más allá del tenebroso mar de un Mundo Nuevo, que pronto ha de aclamarla como Soberana. Millones de almas, ignorantes de Dios, serán muy pronto convertidas a la fe de Cristo. Cientos de ídolos crueles cederán sus altares a la Cruz del Dios de Amor, que también murió por ellos en el Calvario. Extensísimas tierras ubérrimas suspiran por el arado y las semillas viejas, que llevarán el pan a quienes nunca lo han probado. Montañas, ríos, árboles, frutos, pájaros, mujeres, niños aguardan temblorosos el bautismo del agua bendita y del nombre en castellano. La tiranía de los reyezuelos tiembla con el presagio de la justicia de unas leyes de Indias, que ya dibujan sus contornos humanísimos en el corazón maternal de la Señora.

Cuando vuelve del oratorio al Salón de Embajadores, donde ha de recibir a alguno que llega para concertar bodas principescas, Doña Isabel está encendida de ese júbilo secreto y misterioso de la mujer que advierte la maternidad cercana. La Reina de Castilla, gozosa, se siente ya madre de América.

DOÑA MARINA DE JARAMILLO

ALTA, esbelta, morena, conservando en su madurez toda la suave belleza de sus años juveniles, la esposa del Oficial D. Juan de Jaramillo, cruzaba las calles de la ciudad de México, rodeada de la admiración de los indios y de los españoles que a mediados del siglo XVI construían los templos y los palacios de la Nueva España. Viva todavía, la ilustre dama había entrado por derecho propio en ese mundo mítico de los héroes de la guerra en que tan rudamente porfiaran treinta años atrás los dioses blancos—que en sus casas flotantes llegaran por el camino del sol a plantar la espada, la cruz y la bandera de Castilla en las más altas cimas de las cordilleras y en las torres más enhiestas de los palacios imperiales de Moctezuma—y los guerreros cobrizos, fanáticos defensores de su tierra y su religión.

Los capitanes y soldados de España saludaban, galantes y respetuosos, en doña Marina de Jaramillo no a la respetable Encomendera, ataviada tan ricamente como la propia Virreina, sino a la figura legendaria que llenara con su dulce nombre, su valor indomable y su lealtad asombrosa, las páginas más emocionantes de las Crónicas recientemente dadas a las prensas por Gómara o Díaz del Castillo, veteranos de la primera hora de la epopeya. Al contemplarla descender majestuosa de su litera y entrar en el templo a la hora de la Salve de Nuestra Señora de Guadalupe, pisando el umbral con su delicado chapín de raso, mientras su hermosa cabeza respondía con una graciosa inclinación a las plumas de los chambergos rozando el suelo, parecía a los más jóvenes una ardorosa fantasía de poeta, que aquella hermosa dama fuese la misma indiecita descalza que con su rica camisa de algodón blanco torcido, sus "cercillos" de oro, su diadema de plumas y sus collares de oro, acompañara a través de leguas de selva o de desierto—primero a pie, y luego, vencidos los temores, a caballo—a los paladines de hierro y fuego, para servirles de "lengua o de faraute"—o sea, de intérprete y mensajero—en las negociaciones amistosas con los caciques, que ahorraban tantas vidas. Era increíble para ellos—que en misiones de paz recorrían ahora las enormes distancias de Nueva España, subiendo a los volcanes a buscar materiales para hacer la pólvora de sus mosquetes y lombardas, o descendiendo a las minas para buscar las gemas y los metales preciosos—que aquella dama de figura frágil hubiese podido resistir las cumbres heladas y los llanos ardorosos, sin sentir miedo de las alimañas hambrientas y de las flechas envenenadas de los feroces guerreros de Tlascala y Otumba.

Y sin embargo, así había sido durante un lustro duro y larguísimo, en el que hubo tantos días radiantes como noches tristes, tanta gloria como dolor, tanta trompeta victoriosa como sombrío tambor de retirada.

Los grandes capitanes de la campaña fabulosa—Hernán Cortés, Alvarado, Ordaz, Velázquez, Sandoval, Portocarrero, Irezo—habían regresado a morir en tierras de Castilla, o yacían en la del Imperio conquistado por su esfuerzo. Sólo D.ª Marina, ya manchado de plata el ébano aceitoso de su cabellera y apagado el fulgor de las pupilas, sobrevivía para ver cómo la Cruz del Dios de amor, en el que ella creyera prontamente, porque su alma era una flor para el amor abierta, iba ganando a las gentes de su raza, que ya no adoraban a los dioses terribles ávidos de corazones virginales. Sólo ella, al salir de la Salve y entregar su limosna a los mendigos, que besaban respetuosos el borde de sus haldas, podía sonreír inefable a los indios y a los españoles, y recibir sus homenajes de idéntico fervor. Porque ella sola comprendía que en el hondo patetismo de su destino, en el que lucharan su sangre vieja y su fe nueva, brillaba una luz divina que jamás refulgiera en la frente de mujer alguna que convertía en el símbolo del amor, que, por encima del odio y la sangre de la guerra, uniría para la Eternidad a dos grandes pueblos.



TERESA DE CEPEDA

De sobra conocidos son los episodios de la vida de Teresa Sánchez de Cepeda, que ella misma ha narrado en páginas de gracia y vivacidad insuperables, para traer aquí algunos de los más característicos. Pero como sin ella estas páginas serían agua de pozo y pan sin sal, la evocaremos en uno de los últimos y más conmovedores episodios de su vida, referido por la Madre Ana de San Bartolomé, una de sus más fieles acompañantes en los años postreros.

Era el invierno de 1582. Debilísima, extenuada, el rostro surcado de arrugas y sarmentosas las manos, la Madre Fundadora siente el deseo de permanecer con sus queridas religiosas en su convento de Avila, esperando la hora en que Dios le abra de par en par las puertas de su gloria. Mas el descanso es imposible. Una dama burgalesa, D.ª Catalina de Tolosa, le escribe solicitando su presencia en aquella ciudad, para fundar un convento en una casa dispuesta al efecto. Aun a sabiendas de las dificultades que ha de encontrar—ya el Arzobispo le ha escrito anunciándoselas—se disponen los carros y las mulas para emprender la jornada a través de los hielos y las ventiscas, los caminos con lobos y enfangados. La voluntad lo puede todo, y aspeada y molida, como Don Quijote después de una batalla con molinos de viento, llega a la ciudad del Cid.

En ningún sitio la oposición a sus designios ha sido más ruda, aunque nunca como aquel último año de su vida la rodea mayor halo de santidad. Las autoridades y los vecinos, hostiles al proyecto fundacional, le hacen víctima de toda suerte de vejaciones y humillaciones. Ha de desalojar la casa que le han cedido e instalarse en un granero del Hospital de la Concepción, durmiendo sobre las frías losas, traspasada de las lanzas del viento, que se mete por todas las rendijas. Todo ello, aumenta el sufrimiento físico de la monja moribunda. Escupe sangre, siente paralizadas las piernas, las manos y la lengua, y una llaga se le abre en la garganta haciéndole dolorosísima la deglución de cualquier alimento. Sus compañeras, acongojadas, no saben qué ofrecerle para alimentarla sin sufrimiento.

—Tengo tan seca la garganta como nuestra paramera de Avila en agosto. Sólo creo que podría aliviármela el jugo de una naranja de aquellas dulcísimas que daba el naranjo de nuestro jardincico en Sevilla cuando fuimos a fundar, hace siete años...

¡Naranjas en Burgos, y en invierno!... Las monjitas se miran, contristadas. ¡Eso es pedir peras a un olmo!... Mas he aquí que se acerca a la Madre el guardián de la puerta. Trae al brazo una cesta. —Esto ha dejado para Vuestra Gracia un lindo pajecito de parte de su señora.

—¿Quién era su señora?—pregunta la Santa.

—Olvidé preguntárselo, embobado con la cara de ángel que el zagal tenía—responde el portero.

La Madre Ana ha levantado el lienzo albísimo que cubre la cesta y ha dado un grito de asombrada alegría: "¡Mirad, Madre!... Son naranjas." El aire del granero burgalés se disfraza de huerto levantino con el oro y el aroma de las frutas mediterráneas.

—Ya sé quién era la señora que las enviaba. ¡La Reina de los Cielos!—exclama Ana de San Bartolomé.

La Madre Teresa, mirándola entre enojada y complacida, reprende suavemente:

—No tendrá otra cosa que hacer la Reina de los Cielos que malgastar su tiempo en un milagro con esta pobre pecadora...

Y sin decir más, escamotea entre las mangas de su hábito diez naranjas, después de ofrecer dos a sus acompañantes. E incorporándose del banco en que está sentada, se dirige al hospital para ver a unos enfermos "muy quejicones, los pobres". Las monjitas que están mondando las naranjas la siguen con la mirada, y empiezan a saborear los dulces frutos. De pronto, Ana de San Bartolomé siente desasosiego y dice:

—¡Vamos a ver qué hace la Madre!

Se llegan a la enfermería. Alrededor de Teresa de Jesús los pobres enfermos—ciegos, tullidos, sarnosos, gafos y algún mutilado de los Tercios—gritan como un enjambre de hambrientos gorriones:

—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!...

Teresa de Jesús ha repartido todas las naranjas, y sonríe, con sus labios resecos como la paramera de Avila en estío. La voz en su garganta ha enronquecido, como una fuente que se queda sin agua.

Sus monjas se atreven—por compasión y amor—al reproche.

—¡Pero Madre...!

—¿Qué quieren, hijas mías?... ¡Mejor que para mí las quería para ellos!... La limosna quita mejor la sed que las naranjas... Ya ven que no necesitaba catarlas...

Y en aquel momento, un golpe de tos la desgarra la garganta, asomando a sus labios un cuajarón de sangre amoratada.



ROSA FLORES

Se llamaba realmente Isabelita Flores Oliva, pero sus padres, Gaspar de Flores, sargento retirado, y María de la Oliva, bordadora, y la alegre pandilla de sus diez hermanos y hermanas mayores, encontraban tal calidad de flor en su carita y sus manos, que todos la llamaban Rosa. Fué menester pedir al Arzobispo de Lima, Fray Toribio de Mogrovejo—Santo Toribio hoy en los altares—, que al ungirla con el santo Crisma sacramental de la Confirmación convirtiera en nombre cristiano la cariñosa designación familiar. Y el santo prelado, después de contemplarla y sonreírla, dijo con voz celeste, aplicando el santo Crisma sobre su frente angélica: "Rosa: Signo te signo Crucis et confirmo te Chrismate salutis. In nómine Patris et Filii et Spiritus Sancti". La niña respondió: "Amén". Y la venerable mano, con el anillo de amatista, le dió una suave palmada en la mejilla, mientras su boca y un coro de serafines le decían: "Pax tecum".

La niña era tan bonita, que la ciudad entera quiso adoptarla. Y para todos sus habitantes dejó de ser Rosita Flores, convirtiéndose en Rosa de Lima, nombre fragante de flor y fruto dulcísimo. Prodigio de belleza y maravilla de inteligencia, antes de ser mujer asombra con su sabiduría, su discreción, su santidad. Obra milagros en el jardín y guarda en secreto sus amores ternísimos con el Dios creador de las flores y los pájaros, rechazando los humanos que le ofrecen cuantos donceles viven en la Ciudad de los Reyes, incluso los del gallardo D. Vicente de Montesinos, audaz Don Juan, que trata de obtener correspondencia por el camino alevoso de la sorpresa y de la estratagema. Pero descubierto su intento por la clarividencia de la muchachita, ha de sentir clavársele en el alma el hierro cálido del arrepentimiento, que le hace abandonar su galanía para tomar hábito de misionero y marchar hacia el Sur—aun el Arauco indómito—a salvarse, salvando almas de infieles.

Rosa trata de ocultar—por humildad—sus virtudes y su belleza, que dan pábulo a las chácharas de todo el Virreinato, y decide, al cumplir los veinte años, retirarse del mundo. Pero en Lima no existe convento alguno de la Orden de terciarias dominicas de Santa Catalina de Siena en el que profesar, y la niña, por sus manos, se construye una celda y una capilla en el jardín de la casa paterna, en donde vive retirada en oración y éxtasis hasta 1614, en que se funda el convento, según los propios planos de Rosa, y puede profesar en él, tomando el nombre de Madre Rosa de Santa María, con la dignidad de fundadora y prelada. Los milagros son cada día mayores y su fama ha cruzado Océanos y Andes y ha llegado a Europa. España—la vieja y lejana España—sabe con satisfacción inmensa que ya el Perú tiene una santa de su sangre, que será gala del cielo, como Teresa de Jesús.

El ejemplo de la venerable Madre, enfervoriza a Lima entera, que cuando se siente amenazada por unas compañías de piratas luteranos busca su consejo. Rosa Flores no es capaz de arengar a las gentes para cerrar una heroica resistencia, pero al mostrarles su firme voluntad de morir en el convento defendiendo el Cuerpo de Jesucristo, expuesto en el altar mayor, les da ánimos para rechazar la agresión fuera de los muros limeños y obligar a reembarcar a los herejes.

Los continuos sacrificios y penitencias que desde la niñez se ha impuesto—ayunos, flagelaciones, insomnios, meditaciones, trabajos manuales durísimos—han quebrantado de tal manera su salud, que hace años que ya no vive en ella. Su cuerpo ha adquirido fragilidad y transparencia de cristal y es todo él una sola llaga y un terrible dolor, que ofrece a Dios con místicos transportes de alegría. Al fin, el 24 de agosto de 1617, a los treinta y uno de su edad, Dios se la lleva consigo. La muerte de Rosa Flores es un milagro más. Su rostro recobra la dulzura, la serenidad y la belleza de los años en que era "la reina de la juventud limeña". De su piel suavísima desaparecen las pústulas. Expuesto varios días a la curiosidad devota de sus paisanos, hay que enterrarla casi clandestinamente, pues todos la creen dormida y no muerta.

En 1670, el Pontífice Clemente X la canoniza y le da el nombre—cuarto que ha llevado—con el que las provincias, islas, regiones y reinos del Nuevo Mundo la tendrán por Patrona y toda la cristiandad la venerará eternamente: Santa Rosa de Lima.



ISABEL CLARA EUGENIA

LEYENDO en la Historia de España las noticias de la vida de una de sus princesas más ilustres—la Infanta Isabel Clara Eugenia—hija mayor de Felipe II y de Isabel de Valois—vienen a nuestra memoria los pasajes más tiernos y emocionantes de dos tragedias de reyes desdichados, únicamente consolados en sus infortunios por el amor de dos hijas fidelísimas y abnegadas que les guían por las oscuras selvas de sus duelos con el hilo de luz de su piedad. Junto a las irreales Antígona y Cordelia de Sófocles y Shakespeare, la infanta segoviana—nació en Balsaín en 1566—se nos aparece al visitar las exiguas habitaciones regias de El Escorial, como la encarnación de las virtudes filiales exaltadas por los dos mayores poetas trágicos del mundo.

Porque si bien es cierto que el hado del poderoso monarca hispánico nunca llegó al pavoroso dramatismo del de los reyes Edipo y Lear, porque era hombre y no mito y sus desdichas fueron simplemente las que alcanzan a los seres humanos, también lo es que, caso de haber sido preciso, Isabel Clara Eugenia no habría vacilado en cumplir sus deberes de hija hasta el último sacrificio, ya que desde su nacimiento hasta sus esponsales en mayo de 1598—ya casi en agonía el Rey—la identificación y el amor de padre e hija constituyen una de las más bellas páginas familiares de las crónicas de la realeza.

Año tras año junto a su padre, la Infanta ha mitigado con su innata alegría, su fortaleza y su templanza, duelos y amarguras que constantes siempre en el alcázar, entenebrecen el carácter de aquel Rey amante de la música y la pintura, los jardines y las aves, los juegos infantiles y el álgebra del ajedrez. Dos esposas, cinco o seis hijos varones—alguno ya en edad de iniciarse en la jineta y la pavana—, hermanos y sobrinos descendiendo al sepulcro; contrariedades políticas como las revueltas de Flandes y Aragón y la fuga de Antonio Pérez; reveses militares como el de la gran Armada, que por escarnio llaman ahora «invencible» los libelos ingleses y el brote en la sangre de las viejas dolencias de los antepasados, hacen al Rey cada hora más taciturno y más hermético, más ferozmente apasionado de sus ideas de rey y de cristiano, que ve amenazado de turcos y de herejes el hermoso Imperio heredado de sus mayores. Pero todo se olvida cuando cerrados los cartapacios de despacho, despedidos los secretarios, los físicos y los embajadores, se quedan frente a frente padre e hija a recordar el pasado y a organizar el futuro.

Año tras año, la Infanta, perdida la esbeltez juvenil y ya treintañona, continúa soltera porque su padre ha rechazado cien aspirantes a su mano que han pintado Sánchez Coello y Pantoja y aun han de pintar Rubens y Van Dyck, y aunque un poco lánguida de nostalgias maternales y de coronas regias, prosigue impasible su misión de amor y de obediencia al Rey más poderoso y al padre más amante. Y cuando todos duermen en el Monasterio de San Lorenzo, menos el Rey doliente—triste de alma y ulcerado de cuerpo—Isabel Clara Eugenia, como Antígona o Cordelia, le narra consejas, le lee versos o historias, o sentada ante la espineta, desgrana en el teclado una pavana de Milán, una chacona de Salinas o una dulce canción vieja de Portugal, que tocaba en Valladolid, cuando el anciano monarca era un rubio doncel heredero del César, su madre la Emperatriz Isabel de Portugal, cuyo retrato, por el Tiziano, contemplara tantas veces la princesa en el salón del Trono del Alcázar madrileño...



JUANA DE ASBAGE

MUJER extraordinaria esta mexicanita de ascendencia vasca, que vió la luz al pie del Popocatepetl en 1651 y que hasta su muerte heroica en 1695, contagiada de la peste adquirida por sus hermanas en religión, constituyó el orgullo y el asombro de su aldea natal, San Miguel de Nepantla y de la villa de Amecameca primero, luego de la Corte Virreinal y de toda la Nueva España y, por último, de la América de habla española.

Por su precoz talento y su natural disposición a la sabiduría, los quince primeros años de la gentil muchacha recuerdan a los de la insigne Beatriz Galindo dos siglos atrás en Salamanca, causando la admiración del claustro de la celebérrima Universidad. Pero en Juana de Asbage había más ímpetu que en Beatriz. Los tiempos eran otros y la mujer se resignaba menos a la oscuridad del hogar. Juana de Asbage batalló con energía por algo que sólo siglos más tarde habrían de conseguir las muchachas del mundo entero: el derecho a obtener los títulos universitarios de bachiller, licenciado o doctor y a ajercer—sin pérdida o menoscabo de sus cualidades femeninas—una profesión científica en competencia con el varón. Los forcejeos de Juana de Asbage para lograr un puesto entre la grey estudiantil que en la Universidad de México aspiraba a alcanzar los más altos grados científicos, la convierten en precursora de cuantas mujeres han logrado vencer determinados prejuicios familiares o sociales, para cosechar laureles en las distintas profesiones—Letras, Derecho, Medicina, etc.—. Pues aun cuando no lograse ser realmente una universitaria oficial, estudió sin maestro todas las disciplinas de los viejos estudios, revalidándose ante un severo tribunal compuesto de cuarenta sabios, que después de mil preguntas retorcidas, burlonas y mal intencionadas, se hubieron de rendir a su saber, concediéndole una unánime y admirativa aprobación, valedera por la más brillante calificación, que le abrió las puertas de la Corte virreinal y de los salones y academias de México, capital a la sazón, con Lima, de la intelectualidad criolla en las Indias.

A lo largo de un año, Juana de Asbage, lindísima y donosa, embelesó a la Corte con sus dichos sutiles y sus inspiradas poesías, pero al advertir pronto la inutilidad y el riesgo de sus talentos en un ambiente de frívola galantería, decidió apartarse a la soledad de su celda..., quizá convencida de que, desde ella podría irradiar mejor al mundo las luces de su ingenio, como hiciera en España aquella prodigiosa Sor María de Agreda, de la que tanto oyera hablar en el estrado de la Virreina a cuantos llegaban de la Metrópoli. Pero Sor Juana Inés de la Cruz—nombre que tomó en el convento—carecía de la fiebre mística de la gran abadesa de las cartas y a su locutorio no llegaban correos reales en súplica de plegarias y consejos. Acaso, de vivir en Madrid, el pobre Rey hechizado Carlos II la hubiese tomado como corresponsal y consejera, a imitación de su padre Felipe IV. Igualmente, de haber nacido francesa, no habría necesitado retirarse al convento para que su ingenio resplandeciese como el de aquellas «femmes savantes» de la Fronda y del Versalles de Luis XIV, de que se burlaba la sátira buída de Molière. Pero en un país colonial, alejado de las corrientes políticas y literarias de los grandes Estados europeos, Sor Juana Inés, a pesar de las rizadas volutas del incienso de admiradores o envidiosos, «debía tener de sí misma la impresión de que era un pájaro milagroso, prisionero, cuyo vuelo temblaba hacia la lejanía», como dice Vossler.

A pesar de su talento y sus grandes facultades literarias, Sor Juana Inés de la Cruz, no consiguió alcanzar ni el deslumbrante prestigio de santidad de Sor María de Agreda ni la dulzura serena del apartamiento de otra poetisa contemporánea suya, la hija de Lope de Vega, Sor Marcela de San Félix, profesa en la rigurosa clausura de las Trinitarias de Madrid. Pero no es liviano honor para ella formar con ambas esclarecidas religiosas en el trío femenino más glorioso del barroco literario de España.





HIPOLITA DE ARAGON

Muy poco divulgada, pero no menos importante que la de otras mujeres excepcionales de nuestra raza, es la figura de la noble señora aragonesa D.ª Hipólita de Aragón, esposa de un aristócrata catalán, el Barón de Albi. Con ocasión de la sublevación de Cataluña contra Felipe IV, en 1639, y la ocupación del Principado por las tropas de Luis XIII so pretexto de ayudar a los rebeldes, pero con la designación de un Virrey que hacía patente el propósito de ejercer una total soberanía, D.ª Hipólita fué protagonista de un dramático episodio en el que se conjugaron el patriotismo más acendrado, la fidelidad al Rey de España, un sentido aventurero muy a la moda francesa y algunos de esos detalles de coquetería y galantería que no suelen faltar en las intervenciones de una mujer hermosa en las jugadas políticas.

Españolísima D.ª Hipólita, y afrancesado el Barón, decidió la dama aprovechar con audacia su belleza y el valimiento del esposo en la Corte del Virrey Conde de Harcourt, para sonsacar a los altos jerarcas militares o civiles cuantos datos sobre la situación de fuerzas y proyectos políticos pudieran interesar al Rey Felipe, los que hacía llegar a su poder por medio de una red de enlaces establecida, a despecho de la vigilancia, a través de los payeses de las masías, ya arrepentidos de su deslealtad con su señor natural, por las exacciones y atropellos de que les hacían víctimas los soldados y funcionarios cumplidores de las órdenes severas y rapaces de Luis XIII y Richelieu.

Rápidamente cundía el descontento en la ciudad y en los campos, formando un estado de opinión adverso a los designios franceses. Pero su exteriorización era difícil, como lo es siempre bajo cualquier régimen de ocupación extranjera, ya que al puro y desinteresado patriotismo se mezclaban las turbias pasiones de los afrancesados, quienes, después de traicionar a su Rey y a su Patria, trataban de mantener sus posiciones de privilegio merced a bajos espionajes y delaciones. La única persona que por su sexo, belleza, prestigio, fortuna y valimiento en los altos círculos franceses, donde su sonrisa, su gracia y su elegancia le franqueaban todas las confianzas, era D.ª Hipólita, a la que los enemigos de Francia entregaron la dirección de una conjura que debía estallar en la ciudad en un momento dado, coincidiendo con la llegada de los Tercios españoles a las puertas de la fortaleza, que les serían abiertas desde dentro.

La trama, diestramente urdida y dirigida con valerosa serenidad por la intrépida baronesa, se desbarató de pronto, más por razones galantes que políticas. Dos de los conjurados—un rico mercader barcelonés y un noble caballero galo, pariente del Virrey—se enrolaron en la aventura, quizá ganados a la causa del Rey, más que por convicción patriótica, por admiración a la arrogante capitana. Un tercero, puso en conocimiento de las autoridades francesas lo que ocurría. La baronesa, advertida de la delación, no quiso escapar—aun cuando se le brindaron todas las facilidades para ello—sin intentar salvar a sus amigos, principalmente a aquellos dos valientes y caballerescos rivales, en quienes recaían las más graves responsabilidades de la peligrosísima empresa.

Doña Hipólita hizo cuanto pudo por salvar a aquellos hombres, pero la fatalidad quiso que uno de ellos fuera descubierto en su propio coche y detenido y encarcelado con otros muchos conspiradores, quienes, después de sufrir tormento—en el que ni uno solo la denunció—, fueron condenados a muerte. El más ardoroso admirador de la baronesa—el propio mercader Quílez, al que intentó salvar con la más desesperada energía—fué quien, en la confesión general de sus pecados a punto de morir, dió el nombre de D.ª Hipólita, como cabeza y corazón de la conjura. Detenida y procesada, su tranquilidad llenó de asombro a sus jueces, quienes, ganados por ella, por la belleza de su rostro, por la influencia y la fortuna del Barón de Albi y por el temor que suele acometer en procesos de ese tipo, en que los nombres se enredan como las cerezas y salen a relucir mil cosas que a la prudencia conviene silenciar, sobreseyeron el sumario y ordenaron el destierro a Tarragona de la valerosa señora, mientras al resto de los complicados que no habían sido ejecutados se les encerraba en mazmorras, después de habérseles confiscado todos sus bienes.

Se ignora si al terminar la guerra de Cataluña la baronesa volvió a reunirse con su esposo, o si, al seguir éste a los franceses en retirada, ingresaría en un convento o moriría. Sus huellas se pierden, y sólo queda de su figura, llena de encanto y atracción, el perfume romántico de su juego, sutil y femenino, con el amor y con la muerte.

AGUSTINA ZARAGOZA

Los dos sitios sufridos en 1808 y 1809 por la heroica ciudad de Zaragoza recuerdan en su épica grandeza a los lejanos de Sagunto y Astapa, y, sobre todo, al de Numancia, en donde fracasaron uno tras otro los más ilustres generales de Roma. También frente a la ciudad del Pilar tres grandes mariscales de Napoleón, como Moncey que los inició, Junot que lo sustituyó, para cumplir la orden olímpica del Emperador: "Id a Zaragoza y tomad Zaragoza", lo que no pudo realizar, y Lannes que lo reemplazó, en vista de que después de varios meses de feroz asedio y violentísimos ataques no conseguía otra cosa sino ocupar cada día las ruinas de una casa, que un puñado de españoles defendía habitación por habitación, causando tremendas pérdidas a los invasores. Como escribe la Duquesa de Abrantes en sus célebres *Memorias*, "cada mañana comenzaba el asedio de una casa y cada noche había que aplazar para el siguiente día su asalto definitivo".

Finalmente, el 20 de febrero de 1809, y en vista de la imposibilidad de resistir una hora más, ya que de los 100.000 habitantes y refugiados que vivían en la ciudad al comenzar el sitio habían perecido 54.000, y una tercera parte de los edificios se encontraba totalmente destruída, y las otras dos acribilladas de balas y llenas de cadáveres, cuyo hedor amenazaba infectar el aire con una terrible peste, hubieron de capitular ante los franceses 10.000 infantes y 2.000 jinetes, pálidos, esqueléticos, ensangrentados, agotados por el hambre, el frío y la fatiga.

Entre aquellos militares cubiertos de gloria, harapos y miseria, figuraba una mujer joven, natural de Barcelona, llamada Agustina Zaragoza y más tarde Agustina de Aragón, esposa fidelísima y enamorada de un oficial de guarnición en la plaza. Durante una de las jornadas más duras del asedio, Agustina se vió obligada a hacerse cargo de las piezas de una batería de artillería emplazada en el portillo de San Agustín, cuyos sirvientes y apuntadores habían perecido. Con gran valor y serenidad, la joven sostuvo el fuego contra las tropas imperiales, mereciendo que el general en jefe, Palafox, le otorgara pública y solemnemente la consideración e insignias de oficial del Ejército español, por la bravura demostrada en el combate.

En la capitulación suscrita por el mariscal Lannes, duque de Montebello, y el presidente de la Junta de la ciudad, D. Pedro María Ric—éste por imposibilidad física de Palafox, gravemente enfermo—, se estableció que todos los oficiales y soldados rendidos que prestaran juramento de fidelidad al Rey José podrían entrar a su servicio, entendiéndose que quienes no accedieran a ello serían conducidos a Francia como prisioneros de guerra. La inmensa mayoría de los combatientes zaragozanos, después de deponer sus armas a cien pasos de la puerta del Portillo por la que salieran de la ciudad, se negaron a jurar lealtad al Rey intruso, entregándose inermes al vencedor. Entre ellos, naturalmente, figuraba la bisoña artillera, que se consideró obligada a compartir la dura suerte de quienes le concedieron el honor de ostentar sobre los jirones de sus desgarradas vestiduras femeninas los sagrados emblemas de la jerarquía castrense.

Aun cuando tradicionalmente fuese Francia el país de la galantería, y la patria de Juana de Arco, la joven heroína no mereció de los soldados imperiales el menor trato de consideración. Sin respeto a su sexo, a su valor y a la fiebre que apenas le permitía sostenerse en pie, fué conducida a la prisión bajo la amenaza de ser juzgada no como combatiente, sino como francotiradora, lo que suponía el fusilamiento. Más tarde, hubo de ser incorporada a una columna de prisioneros que, con fuerte custodia, había de emprender el viaje a Francia. Alguien, compadecido de su patético aspecto, le cedió un caballo, en el cual, y al amparo de las sombras de la noche, pudo burlar la vigilancia de los guardianes en Puente la Reina. Después de mil peripecias logró llegar a Cádiz con su esposo, siendo acogida triunfalmente por españoles e ingleses.

Usando de sus derechos de oficial, solicitó de la Junta Suprema gaditana el acompañar a su esposo a Tortosa, en donde volvió a combatir con denuedo, a caer prisionera y a escapar una vez más del internamiento en Francia. Incorporándose—siempre con su marido—a una columna móvil que operaba en tierras de Valencia, y por último a la División del general Murillo, con la que intervino en 1813 en la batalla de Vitoria, que significó el final de la guerra de la Independencia.

Devuelto Fernando VII a su trono, recibió en el Palacio de Oriente, de Madrid, a la valerosa dama, a la que instó a solicitar una pensión o un título de nobleza. Pero Agustina, combatiente heroica por amor a su marido y por imperativo de la tremenda situación de Zaragoza primero y luego por sentirse obligada a ello por su condición de oficial, renunció con toda sencillez a cuanto significara recompensa o premio, considerándose bien pagada con el alto honor de haber servido a la patria en los momentos más grandiosos de su epopeya. Y como un soldado cualquiera, guardó amorosamente sus condecoraciones y recuerdos de guerra, consagrándose a su vida civil, que en ella era el hogar y la familia, que a veces requieren para su dirección el mismo heroísmo que para prender la mecha en una pieza de artillería. Murió oscuramente, pero su nombre se ha incorporado a la galería de grandes mujeres españolas, no sólo en los libros de los historiadores, sino en las coplas que canta el pueblo, que muchas veces representan una gloria más pura y más auténtica.



MANUELITA SAENZ

"CON la majestad de una reina sobre su trono", una pobre viejita tullida, acartonada, sentada en un sillón de ruedas, lee a la luz del sol, que camino del ocaso tiñe de carmesí las lejanas cumbres de los Andes, un paquete de cartas amarillentas. Aunque sabe de memoria una por una todas las frases apasionadas, gusta de releerlas a diario y en voz alta para evocar mejor al fantasma del hombre que durante ocho años—entre 1822 y 1830—las escribiera poseído de pueril romanticismo, no obstante ser ya un hombre hecho y derecho y lleno de gravísimas preocupaciones, sobre la falsilla literaria de las que trazara antes del pistoletazo fatal el joven Werther.

¡Qué cartas, santo Dios!... Por su vehemencia y su lirismo, parecen de un chiquillo, y sin embargo eran de un hombre hecho y derecho, de un héroe que había libertado pueblos y creado naciones. (También Napoleón Bonaparte había escrito en el mismo inflamado y pueril estilo a Josefina...)

Cada carta recuerda a la viejita tullida y solitaria junto al balcón colonial de la modesta casa aldeana, una hora de gloria o inquietud, una asechanza de los celos o de la perfidia, un desencanto o una alegría, una ciudad distinta y un aroma diferente de Quito o de Caracas, de Bogotá o de Lima.

Ya se ha puesto el sol y los ojuelos cansados no pueden seguir descifrando las letras chiquiticas. Deja las cartas sobre su regazo y sueña despierta, como todos los días, con aquella mano fina y fuerte que las escribiera, interrumpiendo la dura tarea de gobernar pueblos recién nacidos, impacientes e indómitos como potrillos salvajes. Aquella mano, que al tomar la suya una tarde en la vieja ciudad incaica de Quito, le transmitió un fuego que hasta entonces no sintieran sus diecinueve años alegres y morenos.

Prendida de esa mano, ¡cuánta ventura y cuánta desventura!... ¡Cuántas lágrimas y cuántos sacrificios! ¡Cuánto temor y cuánto sonrojo!... ¡Pero era tan hermoso amar al Libertador de la Patria y sentirse correspondida por él, que todo ello había sido superado sin vacilación! El Héroe es siempre como un niño: no tiene miedo al fuego, al odio o a la muerte, y tiembla en cambio si se le deja solo en una habitación oscura. Y la vida de Bolívar, hasta que Manuelita llegó a su lado, era como un cuarto sin la luz del amor, que ahuyenta las sombras.

Pero bien valía soportarlo todo con tal de animarle en la lucha, consolarle en las desilusiones, cuidarle en sus dolencias, evitarle el peligro de las otras mujeres, que, atraídas por la aureola de su gloria, no serían capaces de entregarle la pureza de un corazón rebosante de ternura.

Y sin embargo, poco podía esperar en cambio. Nunca podría presidir con él las grandes ceremonias oficiales, ni siquiera ya muertos los dos tendría sitio a su vera bajo las bóvedas de piedra de alguna de las catedrales de Sudamérica.

La sabía y aceptó el amargo cáliz de su destino cruel, dolorosísimo, pero jurándose a sí misma tener para él fidelidad, abnegación y amor de esposa, hermana y madre. Sabía mucha historia y conocía las maravillosas cantidades de felicidad y dulzura que las antiguas mujeres de su tierra americana habían dado a los conquistadores. Sabía que muchas mujeres han nacido para acompañar con una sonrisa, una palabra blanda o una ardiente plegaria desde la penumbra y la lejanía, las vidas atormentadas de los Héroes, cercadas de riesgos increíbles en las horas más tristes de sus altísimas empresas.

Mientras la muerte no llamó a Bolívar, Manuelita Sáenz fué para él el más fiel amigo, el más leal consejero, el más sumiso servidor, el más valiente soldado, el más desinteresado partidario, el más ardoroso cronista, y a la vez la más enamorada de las mujeres.



MARIA GUERRERO

TODAS estas almas de mujeres hispánicas que al azar hemos presentado como ejemplos, y otras muchas más de doncellas y esposas defensoras de su honor, amantes abrasadas de celos, madres o hijas vengadoras de sus hijos o padres agraviados, reinas prudentes, religiosas en olor de santidad y de martirio, hembras heroicas que recogen en sus manos aptas para la rueca, el clave y la caricia, la idea arrebatada o la espada centelleante del varón amado; princesas, infanzonas, o simples villanas en quienes encarnaban los valores constantes de la raza, yacían en la crónica, el romance, la canción de gesta o la leyenda, hasta que se incorporaron el día en que Lope de Vega—ante el pasmo de las gentes—creó para los siglos el gran teatro nacional. A partir de entonces, los dramaturgos hispánicos—clásicos, neoclásicos, románticos, realistas y modernos—alumbran sus creaciones más sublimes, haciendo girar el drama—como gira todo en la vida—en derredor de un alma femenina hirviente de pasión, resplandeciente de virtudes o desbordante de gracia y de ternura.

Desde "La estrella de Sevilla" o Casilda del "Peribáñez"; Isabel Crespo o Rosaura; Inés de Castro o "La luna de la Sierra", de Lope, Calderón y Vélez de Guevara hasta las heroínas contemporáneas, las mujeres de España han proporcionado a los poetas un inagotable filón de hondísimos temas de palpitante dramatismo, y a las actrices españolas las más espléndidas ocasiones para hacer brillar a la luz de las candilejas las maravillosas facetas de ese diamante que es el alma de las mujeres de la estirpe ibérica.

Una entre todas las actrices—María Guerrero, marquesa de Fontanar, condesa de Balazote y de Lalaing y Grande de España por su matrimonio con el noble caballero don Fernando Díaz de Mendoza—asumió durante casi medio siglo la tarea patriótica y artística de llevar ante los públicos de España y de la América española todo ese riquísimo universo de espiritualidad y grandeza. En el resplandor de sus ojos; en el aleteo de sus manos; en el sollozo, la imprecación o el trémolo que brotaban en su corazón para estallar en su garganta, los auditorios hispanoamericanos conocieron toda la gama, todos los matices, todos los sentimientos más hondos y más íntimos de las mujeres españolas, expresados por una de ellas, capaz de interpretarlos genialmente. Será dificilísimo que quienes no alcanzaron a ver y oír a María Guerrero sobre la escena, comprendan todo el fuego racial que animaba su voz y su ademán impresionantes, que hacían olvidar en absoluto el artificio de la ficción escénica. En mis lecturas históricas de la edad viril, me ha ayudado enormemente a penetrar en el temperamento de algunas de las más ilustres mujeres de la patria, el recuerdo de un gesto, una inflexión de voz, un silencio o un sollozo de aquella egregia artista a la que ya conocí en el ocaso de sus facultades. La recuerdo—la recordaré siempre—expresando en las escenas de "Locura de amor" la dolorosa tortura de los celos de la infeliz Reina Doña Juana, quizá con mayor exactitud científica de la que describen las páginas psicoanalíticas de Pfandl. La recuerdo en "La leona de Castilla", inundada del odio de D.ª María de Pacheco—la viuda de Padilla, el capitán comunero ajusticiado en Villalar—a la Justicia del Rey que ha dejado huérfano a su hijo. La recuerdo hambrienta de pasión y sedienta de venganza que saciar en el mismo hombre—el condestable—en "Doña María la Brava". La recuerdo encarnando a una infantina—Isabel—adolescente soñadora de amor y de grandeza en "Las flores de Aragón", y a la misma, ya Reina, en el apogeo de su grandeza, en "El Gran Capitán". La recuerdo gran señora española en "Campo de armiño", ruda campesina de la parda Castilla en "La malquerida", abuelita legendaria en el cuento aldeano de "El probrecito carpintero", sevillana risueña y luminosa en "El genio alegre", víctima de una amarga leyenda en "La calumniada", y en tantos y tantos papeles más con los que electrizaba a los públicos.

Con María Guerrero murió mucho más que una época del teatro español. Se extinguió para siempre la posibilidad de que desde el tablado de la farsa, una mujer de España pueda hacer comprender a los más heterogéneos auditorios cómo fueron, cómo son y cómo serán, frente a las coyunturas dramáticas de la existencia, las hembras capaces de dar vida y espíritu a los hombres que a un lado y otro del Atlántico crearon este universo cristiano que se llama la Hispanidad.


LARA

LA MUJER EN NUESTRO MUNDO

I-ASI ES EN LA VIDA ESPAÑOLA

POR EUGENIA SERRANO

PARECE que han pasado los tiempos en que la condesa de Pardo Bazán se lamentaba, y con razón, de que las mujeres en España sólo podían aspirar a dos funciones públicas y de competencia con el varón: la de estanquera y la de reina regente.

Si la ilustre novelista levantara la cabeza desde su efigie, en la que no sabemos por qué la han puesto cabizbaja, de la madrileña calle de Princesa, vería a dos pasos de ella, transcurrir a las muchachas que niegan diariamente, en la vida española, la verdad amarga del aserto feminista. Muchachas que vuelven por esa calle de Princesa, de sus clases de la Ciudad Universitaria, de asistir a distintas Facultades, donde acaso algún día ellas—como hoy Josefina Romo—explicarán sus cursos a nuevas generaciones de estudiantes. O, como la simpática ingeniero agrónomo—nos resistimos a decir ingeniera, como nos resistimos a decir dentisto—, en el Laboratorio de la Escuela Especial vigilarán y estudiarán el crecimiento de la flora que luego ha de ser campo y monte español.

Esta actitud de asistir a las aulas universitarias está siendo, en ciertas disciplinas, más apta para señoritas que para varones. La Facultad de Filosofía y Letras ha sido tomada en pacífico asalto por las mujeres. Sólo un 15 por 100 de la matrícula es masculino. Todavía, en los tiempos en que don José Ortega y don Xavier Zubiri explicaban, parecía que en la Facultad de Letras la Filosofía se había librado de la invasión femenina. No había más que una sola criatura, un poco fea la pobre, que había conseguido pasar, con graves esfuerzos, las terribles sirtes de los exámenes. Y no era don Manuel García Morente el que menos execraba, con ademanes poco más amables que los de Sócrates con Xantipa, la presencia de las faldas en las clases metafísicas.

Han pasado sólo quince años; las estudiantes se licencian hoy tanto en Historias como en Filosofía. Y en Historia, antes se licenciaban casi todas. Cierto que en el curso que el señor Zubiri da en los salones de la Unión y el Fénix, la matrícula está exclusivamente limitada a los hombres. Pero en compensación, en el Instituto de Humanidades, a las conferencias de Ortega asiste un elevado contingente de damas, mayor aún que el de caballeros.

La Real Academia sigue, como los cursos del filósofo Zubiri, hostil hacia Eva, cerrada herméticamente. Pero no se tome esto como persistencia en la envidiosa rivalidad de sexos que cerró las puertas a doña Emilia Pardo Bazán. Sino como simple medida preventiva. El caso de la Facultad de Letras, literal y realmente ocupada por mujeres, sirve de aviso y escarmiento a los respetables académicos.

La Facultad de Farmacia hace ya dos generaciones que es feudo femenino, como lo es la Normal de Magisterio. Eva española trabaja en muchos sitios casi con exclusividad. En algunos con perjuicio para ella misma. Hoy—lo mismo sucede en todas las partes del mundo—la muchacha que no estudia una carrera, si pertenece a la clase media humilde, o a la obrera con pretensiones, se prepara para mecanógrafa. La Underwood y los ganchos de la taquigrafía ejercen sobre la juventud femenina y modesta verdadera y reptílica fascinación. Porque, normalmente, si Eva es inteligente gana más como modista, tejedora, lencera—labores llamadas, no sé por qué, propias de su sexo, puesto que hay modistos, camiseros, etc...—que como secretaria. Carrera de escaso porvenir y sin más salida brillante que el matrimonio con el jefe. Plaza para la que suele haber siempre exceso de candidatas.

De todos modos, las extranjeras y las hispanoamericanas que acuden a España, afirman, con verdadera conmiseración hacia sus hermanas de sexo, que éste es «un país de hombres». Y que la vida no da tantas oportunidades a la mujer española como al varón. Aun en igualdad de condiciones y méritos. Y aquí viene lo de la herencia árabe...

No seré yo quien contradiga estas palabras y conceptos que oí—entre otras—a la boliviana Yolanda Bedregal. Más bien haría coro con ellas. Pues, como mujer, sueño con el paraíso yanqui, donde el marido, después de llegar a casa, cansado de trabajar para su mujer, y de cenar la lata de conservas que la solicitud conyugal le ha colocado junto al abrelatas, sobre la mesa, se enjareta un favorecedor delantalito y friega los platos.

No, aquí no hemos llegado aún a esto, lamentablemente. Adán de España se defiende del fregadero y defiende ciertos puestos suyos. No tenemos entrada de derecho y hecho en la carrera diplomática, ni en el Cuerpo de Abogados del Estado, ni—esto sólo ya de hecho, sin legislar, como un compromiso tácito—en las cátedras numerarias de Facultades.

Sin embargo... todo se andará. Pasaron ya los tiempos en que doña María Goyri—su nombre de casada es Menéndez Pidal—era encerrada entre clase y clase y se la colocaba en la tarima del profesor, junto a la cátedra. Doña María Goyri se dedica hoy a la erudición. Y ya no se hacen interviús a las que, como Pilar Careaga, resultan ingenieros, o, como la señorita Salaverría, diplomáticos. Una conoce economistas—Beatriz Urcola—y procuradoras, por cierto con buena oficina, y sabe que la viuda de Julio Ruiz de Alda, ha dirigido—hasta hace muy poco—, en su calidad de doctora, un Hospital del Estado. Y en los escaños de las Cortes se sienta Pilar Primo de Rivera. Y en ciertas reuniones políticas, doña Carmen de Icaza interviene como Secretaria Nacional de Auxilio Social.

En este país de hombres la mujer, suave y tenazmente, va entrando en todos los campos. Los invadirá, siguiendo su destino histórico, similar al de todas las mujeres del mundo. Y si hay alguna vacilación, si algo—o muchos—no se han invadido aún, se debe, más que a defensiva hostilidad del varón, al antifeminismo de muchos padres de familia que siguen pensando que la mejor carrera de la mujer es el matrimonio. La herencia árabe que acusaba en España la poetisa Yolanda Bedregal resalta más en nosotras que en ellos. Aun no hemos tomado partido del todo por ese duro medio de emancipación de la esclavitud que es el trabajo. El día que nos decidamos, piénsese en lo que fué y lo que es la Facultad de Letras...

Lo que tiene más solera y más adeptas entre nosotras es la literatura en sus diversas manifestaciones. Los nombres de Santa Teresa, Emilia Pardo Bazán y Gabriela Mistral no se nos caen de la boca. Y, si queremos demostrar nuestra antigüedad en afición, las monjas Etheria y Rostwita, vendrán a nuestra memoria. Pero en ningún siglo ni época creo que hubiera tantas escritoras, poetisas y pintoras como hoy.

Los poetas españoles son muchísimos. Y si hemos de hacer caso de las frases de José María de Cossío—la que otros aplican a los vinos—, se dividen en buenos y mejores. Bien, esta abundante cosecha lírica tiene su reflejo entre las mujeres. O es un movimiento original. Cada día hay más poetisas. Matemáticamente, en progresión aritmética, en las veladas del Ateneo, en la biblioteca, en las escaleras se encuentran más poetisas. A cada hora.

Carmen Conde, que hace una antología de ellas—en estas mismas páginas—, se verá apurada para seleccionar. Porque entre tantas es difícil no olvidar alguna. Nosotros recordaremos a Alfonsa de la Torre, segoviana, universitaria, de gran perfección clásica y perfecto dominio de la forma, a Josefina Romo, a Clemencia Laborda, a la recien galardonada Juana García Noreña, que ha cambiado su auténtico nombre de Angelines Borbolla por ese afortunado seudónimo. A Lola Catarineu, siempre delicada y feminísima en su poesía, a la recia Angela Bruguera, a Ana Inés Bonnin, las hermanas Robles, Gracián Quijano, María Alfaro... Pero imposible cerrar el manantial de la poesía femenina, e imposible contar a todas las poetisas como imposible es contar a todos los poetas.

Valorarlas, según su calidad, no sería tampoco factible. Primero, porque estamos muy cerca, porque los árboles no dejan ver el bosque, porque en caliente y viviente y en algo tan alambicado como la poesía, es muy difícil aquilatar. Y porque lo que conseguiríamos no sería establecer jerarquías—nos falta autoridad para ello y pocos la tienen—sino que todas se enfadaran con nosotros. Y a lo mejor con razón.

¡Si se podrán señalar escuelas e influencias!: Juan Ramón Jiménez, Lorca, Neruda, Aleixandre, Miguel Hernández y, bastante, Baudelaire, y poesía medieval en las universitarias. Pero esto no quiere decir nada. Porque las mismas influencias se sienten en los poetas varones. Sólo la exclusión del sobrio Antonio Machado, es general en la poesía femenina. Todas le aman, mas ninguna le sigue. Podía explicarse esto diciendo que la mujer suele ser naturalmente barroca.

Un poeta español, Luis Rosales, presentando un día a una poetisa, sobre la que sin duda no quería decir cosas concretas, mencionó la inmensa tristeza, nota característica que la mujer aporta a la poesía. Al principio, esta diferenciación convence. Pero Josefina Romo nos hizo observar que también la poesía masculina es triste. ¿Puede haber mayor melancolía que la expresada por Antonio Machado? En substancia, que poesía es tristeza.

Tampoco nos vale la nota amorosa para unificar a las poetisas españolas—cualesquiera que sea su valor—. Burlonamente, y nosotros mismos hemos señalado ese defecto, se quita quilates al verbo poético femenino. Porque en él todo es amor. Como el noventa y cinco por ciento de los grandes poetas son también elegíacos y amorosos. Sólo que en la mujer este desbordar de la intimidad erótica sorprende y resalta más.

Una nota curiosa, y esa sí, real, en las poetisas españolas. Ellas, con más valentía que los hombres, están acabando el mito de la poesía, algo de juventud. Son muchas las damas que con los cabellos grises, o en sazón de estarlo, hacen discreta poesía. Y no temen a recitarla. La extremada juventud y calidad de obra de un Alberti o un Miguel Hernández, no se da entre nosotras. La más joven de las poetisas, Juana García Noreña, tiene ya veinticuatro años.

Esto es una prueba de buen gusto de nuestras mujeres. Y de saber lo que son los valores reales de la inteligencia. El maduro corazón de Antonio Machado no dió sus más dulces y transcendentes frutos hasta que el poeta peinó canas. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo entre nosotras?

Ya nadie discute sobre los géneros. Primero, porque es dificilísimo delimitarlos; segundo, porque el escritor, que empieza a tener conciencia de sus derechos, se niega a dejarse encajonar en el callejón sin salida de las especialidades—el ideal de todo escritor es poder hacer lo que hizo Gide, escribir lo que quería—; tercero, porque el periodismo impreso, o radiado, tienta demasiado, por su mayor difusión y retribución económica a todo escritor... Y baste de razones porque no hay papel para ellas...

Lo mismo que hacen los hombres que escriben, escribir de todo, y en todas las maneras y límites, lo hacen también las mujeres. De la misma manera que Camilo José Cela—al decir de sus enemigos y rivales—se desperdiga en artículos, Carmen Laforet, después de *Nada*—la más leída novela de los últimos diez años—nos hace esperar, a veces con impaciencia, entre artículos y cuentos un segundo libro. Me dirán los antifeministas—que es lo que suelen ser todos los hombres que no tienen cosa que hacer más importante—, y también el propio Cela, que el autor de *Pascual Duarte* ha aumentado los títulos lanzados hasta cerca de la docena, mientras que la señora Laforet sigue siendo autora de una sola novela. Y así plantean una realidad fastidiosa. La menor capacidad de trabajo de la mujer que del hombre. Biológicamente es así. Y dada las especiales condiciones de la vida del escritor—y de la escritora—, la obra de ésta será siempre menor en tamaño. Mas lo que importa es la calidad, no el peso.

Carmen Laforet novelista, el fenómeno más actual, debía haber ido precedida en estas líneas, por Concha Espina. Doña Concha es ya una institución en las letras españolas, pero una institución que—en justicia no sabemos por qué—aun no ha conmovido a la Real Academia Española. Desligada algo del gusto de la generación actual que escribe, sigue siendo respetada.

Elena Quiroga, flamante premio Nadal, Eulalia Galvarriato, Rosa María Cajal, Mercedes Fórmica-Corsi, Florentina del Mar, Elisabeth Mulder, Ana María Matute, Eugenia Serrano..., y es imposible acotar a las mujeres que han escrito novelas de manera exhaustiva. Y es de justicia añadir a esos nombres el de Carmen de Icaza, la verdaderamente popular de todas. La de ediciones de muchos millares. Aunque a las universitarias—en gustos y formación—nos pese. Un nombre acaso poco conocido, pero sorprendente hasta la excelencia, es el de Felicidad Blanch, cuentista extraordinaria.

Y luego, buceando temas diversos, rondando la erudición o la política, en las revistas de minorías o de especialidades, muchos más nombres, algunos muy acreditados. María Josefa Canellada, Dolores Franco, Carmen Martín de la Escalera...

Y el periodismo, con una simpática veterana, Josefina Carabias... Secretaria de redacción de «Informaciones», de Madrid. Y en San Sebastián, María Mayor Elizalde es también otra periodista, secretaria de redacción del diario «Unidad», y Josefina de la Maza, Sofía Morales, Consuelo Gil de Franco; Esperanza Ruiz Crespo, Aurora Mateos, Inés de Lara, Manuela Martínez Romero... Posibilidades profesionales de la mujer que escribe... en España, país de hombres.

Porque al periodismo, igual que se asoman todos—Ortega y Baroja hicieron periodismo—

también se asoman todas. Unas, de manera declarada; otras, con el antifaz de un seudónimo. Y es que en la actualidad, en España y en el mundo, a la escritora se le plantean los mismos problemas profesionales que al escritor. No se oye hablar con desdén del periodismo más que a quien ha escrito artículos aburridos e incolocables y libros de doscientos lectores.

Los nombres femeninos que se ven en las páginas de la Prensa española son muchos; unos más constantes que otros. De los más importantes es el de Marichu de la Mora, directora de una revista. Ejemplo brillante del periodismo femenino en cargos directivos. Porque las revistas que dirige Marichu son siempre de éxito económico, el más difícil y el que prueba la verdadera eficiencia de una dirección.

A la literatura teatral se asoman también las mujeres. Hemos de consignar que acaso con menos éxito que los hombres. Pero no por razones de calidad, pues malas comedias se dan en todas partes. Sino por la menor concurrencia. El género de vida social que ha de hacer el escritor dramático, emparejado con la larga jornada de trabajo de los actores. El trasnochar de los saloncillos, la vida entre bastidores, noviciado implacable que ha de seguir todo autor novel, es duro para la constitución biológica femenina. Este, y no otro motivo, es que el teatro se halle desasistido, en apariencia, de las autoras. Un problema social, no literario. Porque lo mismo que sus compañeros varones, las escritoras tienen su comedia, o comedias, bajo el brazo.

Las artes plásticas, con su indudable esfuerzo físico, parece que atraían menos a las españolas. Pero podemos decir atraían. Porque así como las personalidades de Margarita Sanjordi, Angeles Santos, Rosario Velasco, Margarita Frau, Delhy Tejero, madre Legissima—revelación pictórica de la postguerra—, Julia Minguillón, eran lo excepcional del mundo de las Bellas Artes y lo contado, hoy sería imposible registrar todos los nombres merecedores de ello. En la última nacional de Bellas Artes han sido muchísimas las escultoras y pintoras que se han presentado. Algunas han llevado medalla. Y se ha notado en todas una noble probidad, afán de plantearse problemas de composición y de resolverlos arriesgadamente. Gran honradez, cierta energía y, sobre todo, el buscar un camino propio a la pintura, saliéndose del academicismo que devora a los maestros que fueron. Sin temor a exagerar, se puede decir que lo más decidido y juvenil de la exposición nacional estaba representada por mujeres. Ellas han tenido la valentía y la humildad de presentarse. De no desasistir, como están haciendo los pintores jóvenes y buenos.

No es arriegado predecir que está granando en España una generación magnífica de jóvenes pintoras, que se han asomado hace poco por las algo entelarañadas ventanas de nuestro viejo Certamen Nacional.

La Música parece que tiene menos representantes entre nosotras. Por tanto, señalar a la compositora San Salvador y a la estupenda crítica Juanita Espinós solo podemos.

En suma, son muchas las mujeres que trabajan en España. Y en el ejercicio de las letras y las artes muchísimas. Es necesario que haya todos estos muchos para que de ellos se puedan escoger, al paso de los años, varios nombres femeninos que queden en la Historia de la Cultura.

El fenómeno que está sucediendo en la Facultad de Letras—en todas las Facultades del mundo—hace pensar a algunos intelectuales si no caminaremos hacia una época de matriarcado. Aunque esto parezca una traición al espíritu gremial del sexo, la que esto escribe desea que en España tarde mucho en suceder semejante fenómeno. El día que aburridamente suceda, la fuerte, cruel y originalísima raza española habrá perdido su mayor interés. La aguda y celosa diferenciación que nos separa el mundo femenino del masculino y que hace interesante el uno para el otro.



LA MUJER EN NUESTRO MUNDO

II - ASI ES EN LA VIDA HISPANOAMERICANA

Por MARIA ELENA RAMOS MEJIA

EL RETRATO QUE HAY EN TODAS LAS CASAS.—Si usted entra en cualquier casa de nuestra América encontrará en el salón, en el mejor sitio colocado, el retrato de una señora. Es la antepasada. La mujer hispanoamericana antigua, de la que las actuales son continuación en el tiempo. El pasado de nuestros países es, desde luego, diferente al de Europa. Europa es una cultura y una historia. Sobre estas dos bases los europeos se sienten como tales y pueden sus hombres de ideas, y a decir verdad lo hacen con frecuencia, escribir y meditar sobre lo que es Europa. ¿Es Hispanoamérica?, preguntamos nosotros. Historia sí, y cultura también, pero en formación, todavía naciente, haciéndose en despliegue vivo, que aun no admite conceptos. El americano, y la americana, por lo tanto, se preocupa de sus antepasados, que son su historia privada y directa.

Hay un excelente libro argentino que ilumina y explica todo esto. Me refiero al del escritor Manuel Mújica Laínez, titulado: *Aquí vivieron.*

AMÉRICA, UN LARGO VIAJE EN EL TIEMPO.—No crean ustedes que vamos a hablar de otra cosa. El libro de Mújica es eso. El autor toma un pedazo de la tierra argentina, y sin moverse de ella va progresivamente por los siglos, en una atrevida expedición, a la reconquista del tiempo. Es una manera de hacer historia, una forma de presentar vívidamente el pretérito. El relato comienza en 1583 y termina en 1924. No voy a contar las distintas muestras de seres que viven y mueren en tal trozo de terreno. Pero sí decir la impresión que deja: América naciendo y en formación es como un largo viaje a través del tiempo. Y este viaje los hombres de América no lo han hecho solos. La mujer ha estado junto a ellos en todas las jornadas fatigosas de creación, luchas, fundaciones, peligros y frente a esa tremenda incógnita que era el Nuevo Mundo. Algunas llegaron en la expedición de Mendoza, a pesar de la expresa prohibición del Rey. Osaban afrontar todas las consecuencias antes que abandonar a sus hombres. Se embarcaban vestidas de varón y armadas. Una de ellas fué Isabel de Guevara, que en una carta a la princesa doña Juana cuenta las miserias y hambres sufridas. Y dice así en algunos párrafos: "Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los travajos cargaron a las pobres mugeres, ansí en lavarles las ropas como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, haser sentinela, rondar los fuegos, armar las vallestas, quando alguna vez los yndios les venían a dar guerra...; dar arma por el campo a bozes, sargenteando y poniendo en orden los soldados; porque en este tiempo, como las mugeres nos sustentamos con poca comida, no havíamos caydo en tanta flaqueza como los hombres". Más adelante describe cómo remontaron el río en dos bergantines ya entrado el invierno los pocos que quedaban vivos. Y cómo las mujeres traían la leña a cuestas y los animaban con palabras varoniles a no dejarse morir. Y luego: "Todos los servicios del navío los tomavan hellas tan a pecho, que se tenía por afrentada la que menos hazía que otra, sirviendo de marear la vela, y governar el navío, y sondar de proa, y tomar el remo al soldado que no podía bogar... Verdad es que a estas cosas hellas no eran apremiadas, ni las hazían de obligación, ni las obligaba si, solamente, la caridad".

En esa misma época la mujer española vive recogida, en vida reglamentada, dentro de las paredes de sus casas y en ciudades amuralladas, como Avila o Toledo, doblemente seguras, protegidas, sin azares ni sorpresas, sin sospechar siquiera la tremenda aventura de nuestras antepasadas. El paisaje es civilizado, la tierra cultivada, las casas sólidas y alhajadas, y entre medio de todo eso la disparada solemnidad de piedra de las catedrales como emblema de unión de la tierra con el cielo. En cambio, el paisaje que ve la mujer americana es el secreto de la selva o el más allá hecho tierra de la pampa inmensa. Su existencia es una continua alerta, una lucha diaria contra la Naturaleza, una constante invención de nuevas formas de vida, una renovada improvisación. Y allí, en esa casi nada, van siendo madres de los primeros criollos.

GENEALOGÍA DE LA CRIOLLA.—Para entender a la hispanoamericana actual se debe recordar que en su perfil presente hay rasgos de tres tipos de mujer que coexisten: la aborigen remota, la colonizadora y la emigrante. La aborigen ha llegado a la mujer actual no tanto por la herencia y la sangre, sino por el incuestionable hecho de ser nativa de la misma tierra. Estas tres influencias se revelan en todo el mecanismo vital de la criolla. Son rasgos diversos, a veces opuestos, contradictorios, que se unen como brazos de diferentes ríos para formar el sér complejo, dueño de grandes resortes, manso al mismo tiempo que impetuoso, fatalista y emprendedor, altivo y humilde, capaz de grandes abnegaciones y de tremendos gestos de orgullo.

De la aborigen queda un fondo de mansedumbre, una psicología sin complicación, directa; un alma transparente sin retorcimientos, una paz y molicie que se comunica en su trato y que es descanso para el hombre. Es la mujer que está junto al hombre, no enfrente.

De la colonizadora, el arranque y la energía; su sentido misional, que no solamente la hispanoamericana de hoy no ha perdido, sino que está en pleno rebrote; el saber defenderse en la lucha por la vida—no hace aún muchos años en las despobladas regiones del sur, en las selvas o en las montañas, peleaba codo a codo con el hombre, defendiendo a tiros contra el indio el terreno ganado y la casa edificada a fuerza de energía, voluntad y espíritu de laborioso tesón—. Sin olvidar la fe religiosa, que es raíz en la mujer de Hispanoamérica.

De la emigrante, su sentido práctico, su facilidad de resolver los problemas, capacidad de adaptación, vocación de trabajo, gusto por el hogar y amor a la familia, lo que hace que en casi todos los países americanos se tengan numerosos hijos. La emigrante es una auténtica pobladora.

LAS AMERICANAS ACTUALES SON ASÍ, APROXIMADAMENTE.—La vida de la mujer americana se desenvuelve en dos marcos totalmente distintos: grandes ciudades y enormes extensiones de espacio, es decir, vida activa y soledad. Pero estas formas antagónicas no crean diferencias radicales en el estilo vital de la mujer. Donde se encuentre surge el hogar. Es decir, el sitio de reposo y descanso para el hombre y para los hijos del hombre. No escatima esfuerzo en dotar su casa de todas las comodidades que el maquinismo moderno pone a su alcance. El eje de su vida es la casa, no solamente para proporcionar a los que quiere el máximo *confort*, sino para sí misma. Tal vez sean ansias de la emigrante, que ha encontrado al fin punto de apoyo, continuidad. El hogar no es cárcel, sino seguro refugio. Es una dueña de casa activa, no como en algunos países europeos, que son privilegiadas inquilinas de un hogar que funciona gracias al servicio doméstico. Quizá sea esto un rasgo muy antiguo y muy moderno de la mujer hispanoamericana. Una mezcla del recuerdo de tiempos ya pretéritos en los que tuvieron que improvisar el hogar en medio de una tierra desierta, con la actual tendencia a la desaparición de las personas de servicio.

La americana de hoy guarda entero aquel tremendo caudal de energía de las primeras mujeres que poblaron nuestra tierra. Su fuerza vital, que las hacía capaces de afrontar las peores experiencias, perdura aún intacta, derivada a las diversas actividades al alcance de la mujer moderna. Sin haber flanqueado casi todas las barreras, como las mujeres de la América no latina, ha comprendido el papel importante que representa su incorporación a la vida pública, no solamente como un factor de ayuda al hogar, sino como un aporte de nueva vitalidad a las corrientes de las actividades de los hombres. Pero aun así el hogar sigue siendo el centro de su vida. Cuando sale de él para trabajar, ya sea en una oficina, fábrica u hospital, su tarea es una prolongación de la casa y pone en ella el mismo entusiasmo y dinamismo.

NO HAY FEMINISMO EN AMÉRICA.—Teniendo reconocidos por la ley un repertorio de derechos que le conceden una capacidad autónoma, la mujer hispanoamericana no suele necesitar, ni abusa cuando lo necesita, del empleo de ellos. En su relación con el hombre no hay lucha ni rivalidad, más bien una tranquila camaradería, un afán nuevo por conquistar posiciones, que inmediatamente abandona, sin titubeos, cuando se plantea el problema matrimonial. El hombre americano tolera poco el trabajo de la mujer cuando se trata de la propia. En la mujer hay una actitud previa de decidida adaptación y aceptación; por eso el trabajo para ella es siempre un medio, un camino, no un fin ni un punto de llegada.

La hispanoamericana es mujer con naturalidad, sabiendo lo que la feminidad tiene de ser incompleto, que se totaliza con el hombre. Por lo tanto, en América no puede hablarse en serio de la existencia de un movimiento feminista. La criolla es esencialmente femenina. Ortega y Gasset escribe de ella: "Dante decía de Beatriz que era "del donesco la cima"—la cima de lo femenino, pues eso es la criolla"—. En otra parte agrega que es el "mariscal de campo de la feminidad".

A cualquier tarea que la mujer de América dedique su actividad no dejará nunca, ni por un instante, su naturaleza integralmente femenina. Ni sus actitudes, ni sus vestimentas, ni sus palabras pierden ni por un momento su femenina calidad. Es esencialmente honesta, pulcra y recogida, y tiene un limpio lenguaje de intimidad.

Su influencia no es tan visible como en los Estados Unidos e Inglaterra, países en los que las mujeres luchan como un sexo irredento por acusar su propia personalidad. La irradiación de la mujer hispanoamericana hay que encontrarla más que en ella en el hombre a quien ayuda y complementa, en un estilo general de la vida (pequeñas costumbres, delicadezas introducidas por su influencia en la manera de ser de los hombres) y de una forma específica en la vida pública de éste.

DE LA CASA AL PAÍS.—América, como Europa, ha sufrido ese proceso irremediable de los últimos veinte años que se puede llamar socialización del hombre. Allí, como aquí, la gente se ha visto obligada a salir de su propia vida privada para encontrarse como miembro de lo social. Las mujeres, al igual que los hombres, han tenido que aceptar la existencia del Estado moderno con todos sus servicios públicos y compleja organización burocrática, e incluso formar en sus equipos técnicos. De la casa la mujer hispanoamericana salió para encontrarse en la calle, en la sociedad. Hoy, en Montevideo, Santiago, Lima, Méjico, La Habana o Buenos Aires, se ve a la mujer apresurada tomando ómnibus, subterráneos o tranvías a las horas de entrada y salida del trabajo. La nación, el país propio, no es así ya para la mujer algo desconocido o remoto. Todas ellas conocen las necesidades sociales, las conveniencias nacionales, y tienen formados sus propios puntos de vista, su actitud. La hispanoamericana, si no en todos, en muchos casos hace que su jornada diaria se divida entre la casa propia y la oficina pública o las grandes tiendas, por las que desfila la gente más diversa. La misma persona que cuida con esmero todos los detalles de la casa en los que encierra la vida familiar, es luego la que trabaja en asuntos de carácter público (empleadas técnicas, dactilógrafas) o despacha en comercios o tiendas a ese sér misterioso que es el público general.

LA HISPANOAMERICANA Y SUS COSAS TRIVIALES Y SERIAS.—La hispanoamericana, como todas las mujeres de cualquier parte del mundo, tiene sus predilecciones, sus gustos, sus debilidades. Por lo general es de gran sensibilidad y muy aficionada a aquellas revistas que publican cuentos sentimentales con temas complicados de romances de amor que siempre tienen un final feliz.

La criolla es vivaz, de respuesta pronta; adora salir y teme a la soledad. Tiene espíritu gregario, y si no pasa el día con los compañeros de labor en la oficina, busca la que no trabaja y la reunirse con parientes o amigas en tardes de largas y reposadas conversaciones. Como la conversación—ese maravilloso don de emitir palabras con sentido—está desapareciendo lentamente de los labios humanos, las mujeres se dedican a jugar a la "canasta", nuevo invento para huir de la soledad. La hora de la siesta es un sagrado rito provinciano; allí, las mujeres jóvenes se reúnen, y, mientras se recuestan para descansar y protegerse del calor, cambian confidencias y hacen proyectos. En medio de todo este aspecto alegre y frívolo, la mujer hispanoamericana es capaz de grandes abnegaciones; la hemos visto actuar en tremendas catástrofes con serenidad y espíritu de sacrificio. Cuando los terremotos de Chillan y Concepción, en Chile; el de San Juan, en la Argentina; en Perú; en fin, en todas las conmociones que desgraciadamente son frecuentes en nuestro suelo, las mujeres hispanoamericanas supieron transfigurarse de simples habitantes de la vida normal en heroínas. Y no se tome como exageración esto. En la dura angustia de

esos instantes, con el pánico casi físico en el ambiente y el pavor que da el que la solidez de la tierra se abra en pequeños abismos (eso que han visto todos los públicos del mundo en tantas películas y en la archiconocida *San Francisco*), la mujer hispanoamericana sabe estar al lado del hombre. Leen los diarios de las naciones hispanoamericanas cuando relatan con lujo de detalles alguna de esas catástrofes, es la mejor manera de saber la sería abnegación que las mismas mujeres que compran medias nylón, engullen helados y pierden las horas en oír superficiales falsedades por la radio, guardan en su fondo.

HISPANOAMERICANAS QUE ALCANZARON UN NOMBRE.—Hispanoamérica ha dado mujeres notables, que se han destacado y se destacan en actividades diversas. Los salones, durante la colonia y la emancipación, representaron un papel importante, ya que se conspiraba bajo el signo de lo elegante. Tuvieron enorme influencia en la cultura de esa sociedad aun incipiente. Resulta conmovedor para nosotros leer la correspondencia de todos aquellos seres que uno se imagina encerrados en un grabado de Pellegrini, con su encanto romántico. En sus cartas, al lado de esas frases que encierran lo convencional de una época, hay una aspiración constante, que sin querer se nos representa muy noble y un poco ridícula, de hacer y crear "el aire de Europa". En Buenos Aires, el salón que D.ª Mariquita Sánchez de Thompson mantuvo con la delicada energía que las damas derrochan en estas empresas, es buen ejemplo de esto. Allí los poetas recitaban sus obras, y por primera vez se escuchó el himno de la que luego fué Nación Argentina. Estas señoras, todavía en una deliciosa confusión de vida de sociedad y pequeñas intrigas, hicieron el primer ensayo de lo que hoy en nuestros países es caso frecuente: la mujer cultivada e inteligente.

Luego había de estrenar la mujer de Hispanoamérica vocaciones diversas. En la Argentina se gradúa la primera mujer médico a fines del siglo pasado. Tiene un interesante nombre: Cecilia Grierson. En Londres conoce a Florencia Nightingale, y bajo su inspiración funda la primera escuela de enfermeras de Buenos Aires. Otra valiente es la uruguaya Luisa Luisi. En otras actividades citaremos el caso único y extraordinario de Eva Perón. Escritoras ha habido desde el siglo XVII, con la singular figura de la monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz. Otra monja, ésta colombiana, Francisca Josefa Castillo y Guevara, hace posteriormente también poesía. Esto es un poco como el precedente histórico de las escritoras hispanoamericanas que habían de existir después. Figura señera es Gabriela Mistral, con su Premio Nóbel y sus libros, en los que la tierra americana habla con majestuosa simplicidad. Ella ha conseguido para las mujeres de América el premio máximo de la literatura mundial. Juana de Ibarburu, poetisa y uruguaya, es una de las escritoras que ha logrado mayor popularidad. Ha conseguido crear una atmósfera dulce, sensualmente cálida y mansa, que expresa bien el fondo de amor de la hispanoamericana. "Juana de América", como se la llama, ha sabido ser voz fiel de nuestras mujeres. Delmira Agustini, seguimos con las poetisas y uruguayas, es quizá el ejemplo más atrozmente bello y desgarrado de la poesía femenina americana. La argentina Alfonsina Storni no cede en calidad a las anteriores. Más que el alma, expresa el espíritu de las hispanoamericanas. Poesía inteligente de mujer que no solamente siente, sino que piensa. Margarita Abella Caprile es admirable cultivadora de una poesía en tono menor, en la que aletea constantemente la más femenina delicadeza. Toda la literatura de Hispanoamérica da nombres interesantes. Son algunos de éstos: Rosa Arciniega, Silvina Bullrich, Helena Muñoz Larreta, Josefina Cruz, Rosa Bombal, María Eugenia Vaz Ferreyra, Norah Lange, Delfina Bunge de Gálvez. Figura aparte es la de la ensayista argentina Victoria Ocampo.

Si América ha producido creadoras de arte tan importantes como esas de las que hemos hablado anteriormente, también ha dado algunas excepcionales intérpretes. Figura máxima, en la que puede centrarse el arte de la interpretación dramática, es Lola Membrives. Pocas artistas habrán conseguido la soberana sencillez y la vigorosa y dúctil naturalidad de esta gran artista argentina. En una galería de creaciones dramáticas contemporáneas, Lola Membrives ocuparía el primer lugar en el mundo de habla hispánica. En cinematógrafo, Méjico ha dado una figura mundial: Dolores del Río. Una cara, también universal por su belleza, es de otra mejicana: María Félix.

América también da a España su bailarina máxima: Antonia Mercé, *la Argentina*, inigualada y única, la que vuelve el baile español a su majestuoso y violento origen, logrando el milagro de que lo ibérico sea el último modo de lo nuevo en todos los escenarios del mundo. También fué de Hispanoamérica otra bailarina que había de ser su continuadora en la danza española: Encarnación López, *la Argentinita*.

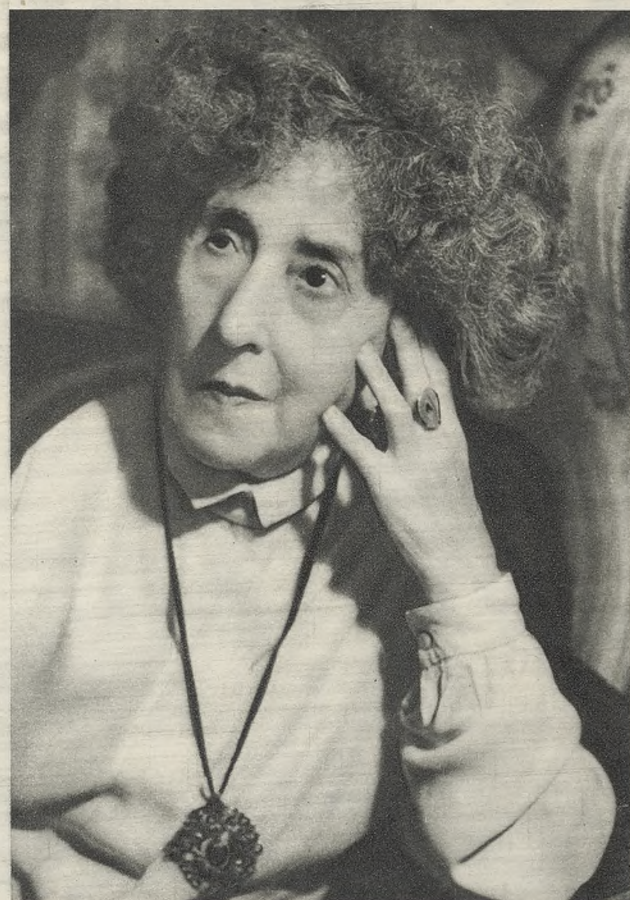
Y con el recuerdo, inestable e ilusoriamente vivo, de esas dos mujeres, que supieron crear con sus pies americanos los ritos de la danza de España, termina esta imagen de la mujer hispanoamericana.



Mujeres con fama



Hermana de José Antonio Primo de Rivera, Pilar compartió con él las tareas fundacionales de Falange Española, cuya Sección Femenina rige desde entonces. Ella ha forjado el mejor instrumento educativo para la juventud femenina de España. Bajo su maternal cuidado surge una nueva generación, forjada en el hogar, los deportes, la danza regional, la canción, la sanidad... Más femeninas que nunca, las jóvenes españolas, saben por ella no sentirse ausentes de los afanes nacionales, que sirven —como mujer— con ejemplar generosidad y alegría. (Foto Müller)



Gloria de las letras españolas, Doña Concha Espina, exquisita escritora santanderina, talento claro y bondad infinita, mantiene —pese a la llegada de las promociones jóvenes— su primer puesto entre las novelistas de habla castellana. (Foto Müller)



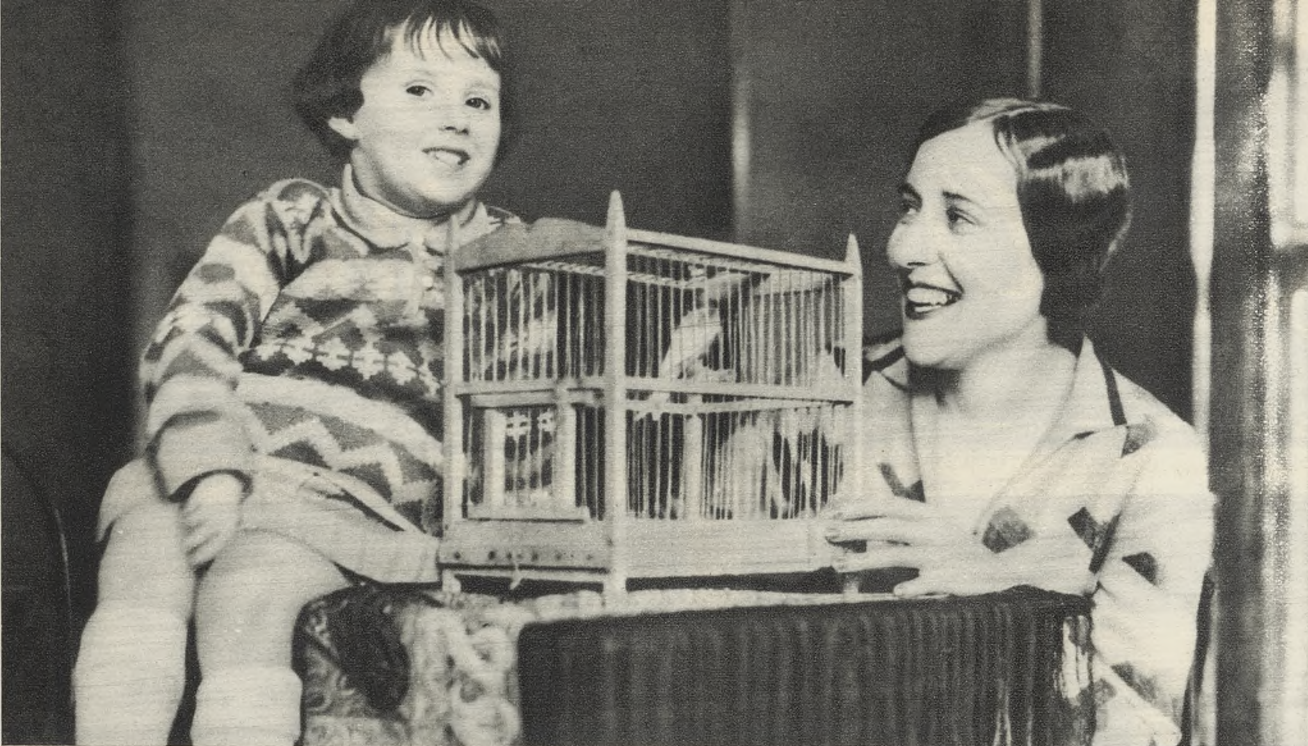
Minerva Bernardino es la enviada extraordinaria de la República Dominicana en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Su voz y su voto significan, para la mujer de habla española, permanente defensa —no por suave y dulce, menos enérgica. (Foto Cifra)



Estilo y cifra, gracia y salero del baile español, Pilar López —hermana de la famosa «Argentinita»— lleva en sus palillos, en el vuelo de su falda y en la ligereza de sus pies, credenciales de arte y belleza que presenta al mundo.



El cine hispanoamericano tiene una bella y gran actriz en Dolores del Río. Intérprete de una larga lista de películas, su definitivo triunfo en Hollywood la ha hecho la artista de habla española más conocida en el mundo, que la admira.



Para la alegría de sus oyentes y gloria suya, Berta Singerman fué recitadora maravillosa, siempre con cálido ademán y justo acento para los poetas de nuestra lengua. Rubén Darío y Amado Nervo fueron en sus labios divino canto que —aún no hace muchísimo tiempo— pudimos escuchar en éste y aquel continente, emocionados. De su ausencia de la escena y del micrófono sólo nos consuela su voz impresionada, que nos trae siempre el mismo nostálgico recuerdo de su inolvidable presencia.



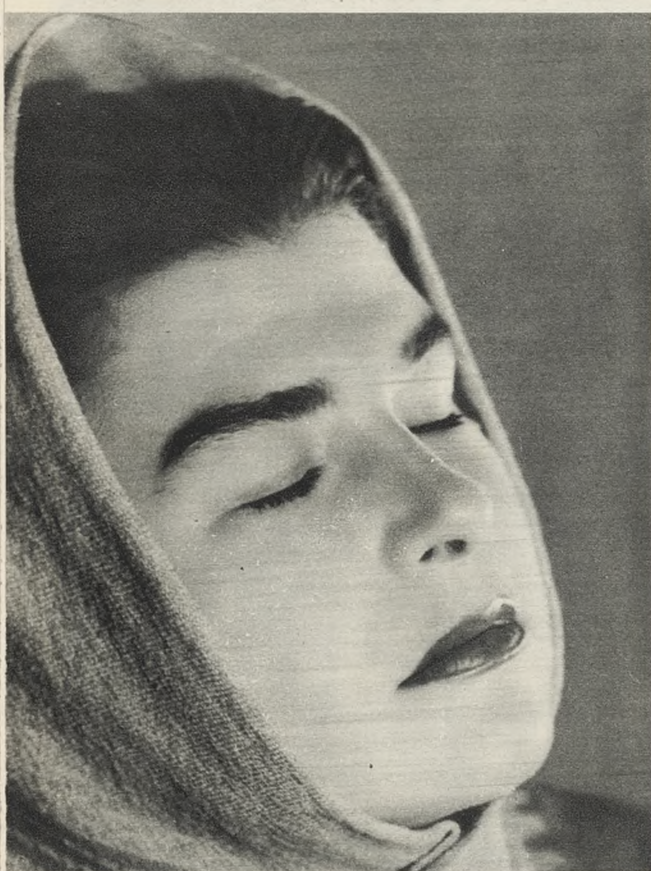
Su prosa es clara y limpia como su vivir, totalmente entregado a la bella hazaña de investigar el pasado de nuestras letras. Anciana ya, D.ª Blanca de los Ríos mantiene su entusiasmo por la erudición, en ella culto apasionado a una España siempre viva.



Si esta fotografía fuera sonora, los lectores podrían escuchar la voz de Lola Rodríguez de Aragón la mujer con más fama entre todas las «liederistas» de España. Genial intérprete, por otra parte, de la canción española, en la que sucede a Conchita Supervía y a la Argentinita. De fama europea, América la conoce a través de la antena de Radio Nacional. (Foto Müller)



Consagrada por una gran novela premiada, Carmen Laforet prefiere sus hijos a las cuartillas, y de sus manos ha vuelto a la lectura de las deliciosas revistas infantiles, que no hace muchos años ella misma leyó. La autora de «Nada», ahora es madre autora de todo. Entre ellos, un poco adormecida su ambición literaria, Carmen Laforet pasa sus mejores horas. (Foto Müller)



Isabel Pons entorna sus ojos, antes de plasmar imágenes en el lienzo. Recuerda así los paisajes de América, sus tipos y colores, pues pintar es en ella mensaje de amor a las tierras del otro lado de la mar, siempre presentes. (Foto Müller)



Con su bata de pintora y una sonrisa joven, Marisa Roeset, enseña descansando. Las discípulas de la artista catalana tienen de quien aprender, y, deseosas de emular a su maestra, escuchan atentas y solícitas la lección inolvidable. (Foto Müller)



Carmen Icaza sabe muy bien lo que es aquel espejo de que hablara Stendhal, pues, además de escribir atiende las tareas cargadas de amor y caridad cristiana del español Auxilio Social. Aún le queda tiempo para hablar con su hija. (Foto Müller)



Escritora sevillana, Mercedes Fórmica tiene muchas horas para leer, ganar copas a la canasta, y dialogar con sus amigas acerca de muebles, hogar y «trapos». Sus novelas, además —es este dato muy importante— las publican los editores. (Foto Müller)



Eva Duarte Perón, madre de los «descamisados», atiende solícita a todas las peticiones de ayuda contra el infortunio. Renunciando a lo cómodo y a lo fácil, ella va directamente a los problemas, siempre en contacto con su pueblo que la adora. Ejemplo de mujer puesta al servicio de la causa más noble, —redimir al desvalido—, enseña también cómo las manos femeninas completa la tarea del hombre gobernante, pues sólo ellas saben acercarse a la desgracia con abnegación, paciencia y alegría.



Campeonísima de la raqueta, rival en las pistas de Gustavo de Suecia, maestra del esquí, autora de libros, la nieve le ha hecho una de las suyas a Lilí Alvarez, que con una casa plena de copas, llena su descanso forzoso. Entre las manos, un artículo que mantendrá el prestigio de su firma, tan valorada, en la prensa y en las revistas. Lilí Alvarez es la más famosa deportista española. (Foto Müller)



Julia Minguillón, galardonada pintora gallega, sabe conjugar del modo más sencillo su fama de artista con el mimo y cuidado de un hogar feliz, obra de sus mismas manos como el mejor de sus cuadros. Su estudio está caldeado por el cariño de los hijos. De ellos habló Julia Minguillón en su conocidísima «Escuela de Doloriñas», modelo de pintura buena, y de mujer.



Estudiante de Ciencias, que hizo traición a la Química, la simpática y gentil Maruchi Fresno ha dado honores a la escena y al «plateau». Camino del Teatro Español, la gran actriz española saluda al gran Don Pedro Calderón de la Barca. (Foto Müller)



Con un estudio donde —además de los tubos de color y los cuadros, muchos libros y una codorniz suelta—, no falta una cesta con hilos, la pintora española Menchu Gal es ejemplo de que al arte, bien servido, no estorba la cuidada feminidad. (Foto Müller)



Con la misma sencillez con que toma el té, Piedad la Cierva se dedica a la investigación física. Por su serio trabajo en el laboratorio es famosa y ha ganado un puesto de vanguardia entre las mujeres españolas entregadas a la ciencia. (Foto Müller)



Doña Mercedes Gaibrois, Bibliotecaria perpetua de la Real de la Historia, es la única mujer española que ocupa un sillón académico. Viuda del insigne historiador Don Antonio Ballesteros, continúa las tareas de erudición que iniciara, muy joven, junto a su esposo. (Foto Müller)



Doña Adela Formoso de Obregón es, además de una excelente intelectual, una mujer de acción capaz de regentar la Universidad Femenina de Méjico, de la que es Presidente. Tras ella, la Santa española es motivo de inspiración que nunca le ha de faltar, en su eficaz obra.



Gabriela Mistral es la cima de poesía femenina en lengua castellana. Pese a sus escandalosas y recientes veleidades latinas, ganó el Premio Nobel expresando sus íntimos sentimientos y anhelos en un magnífico español, de negar el cual se anularía a sí misma.



Ultimo Premio Nadal por una novela de tema gallego, Elena Quiroga, mientras juega al «pinacle» ante un fondo de nobiliarios escudos, sueña con el hijo que espera. Casada con Dalmiro de la Válgoma, hombre de letras también, especializado en estudios heráldicos, el hogar de Elena Quiroga posee —junto a su carácter intelectual— un acentuado aire aristocrático. (Foto Müller)



Si la cara es el espejo del alma, la Reina Juliana no sólo es la madre de sus hijos, que la acompañan en la fotografía, sino también del pueblo holandés. Su hija, que un día también será reina, tendrá en ella un reciente ejemplo más que imitar en la tradición de las buenas reinas de Holanda; país, en efecto, que puede estar orgulloso de su matriarcado monárquico.



Conchita Cintrón, la caballista y torera peruana de prestigio internacional tiene, además de valor, donaire y gracia torera tanto cuando se la ve caracolear sobre una de sus briosas jacas como si lidia sobre la arena. Mujer con fama por sí misma, ganó palmas universales en el más noble y arriesgado arte. Ella demostró que la belleza no quita lo valiente.

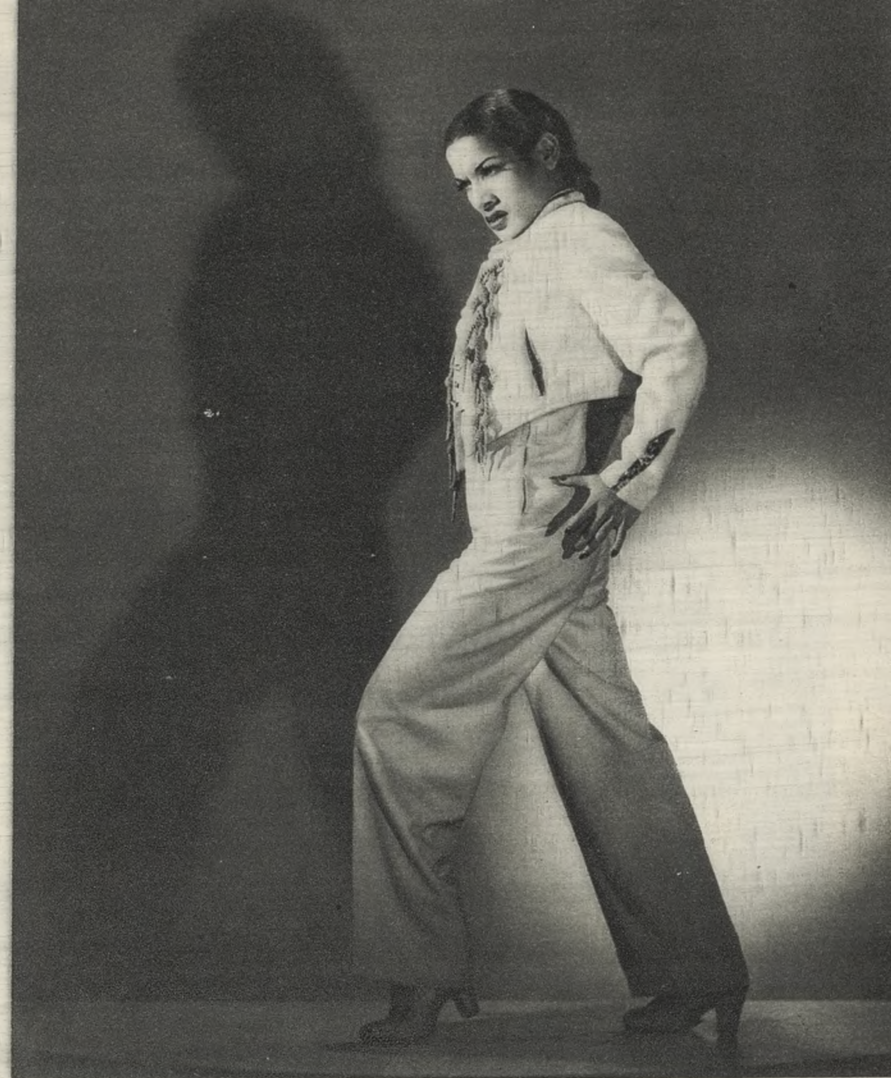


Entre las poetisas de habla española destaca el acento íntimo y hondo de la creación lírica de Juana Ibarburou, en torno a la cual se agrupa toda la intelectualidad uruguaya, que la rinde pleitesía.



De regreso de un viaje triunfal —Premio internacional de canto— desciende del avión María Victoria de los Angeles, que pasea por escenarios de todo el mundo la más bella voz actual española.

Carmen Amaya, en cada tacón un canto a España y en sus manos siempre un poema de belleza, la genial gitana ha hecho cerrarse muchísimas manos ya, en aplausos.





Intérprete del canto y baile andaluz, la sevillana Juanita Reina cautiva a sus admiradores por su noble belleza y cuidado arte. La expresión del folklore español tiene, gracias a ella, el adecuado rango de primer espectáculo en que no se huye del rigor escénico y de la depuración en el estilo. Muchas canciones populares son, en sus labios, verdaderas creaciones suyas.

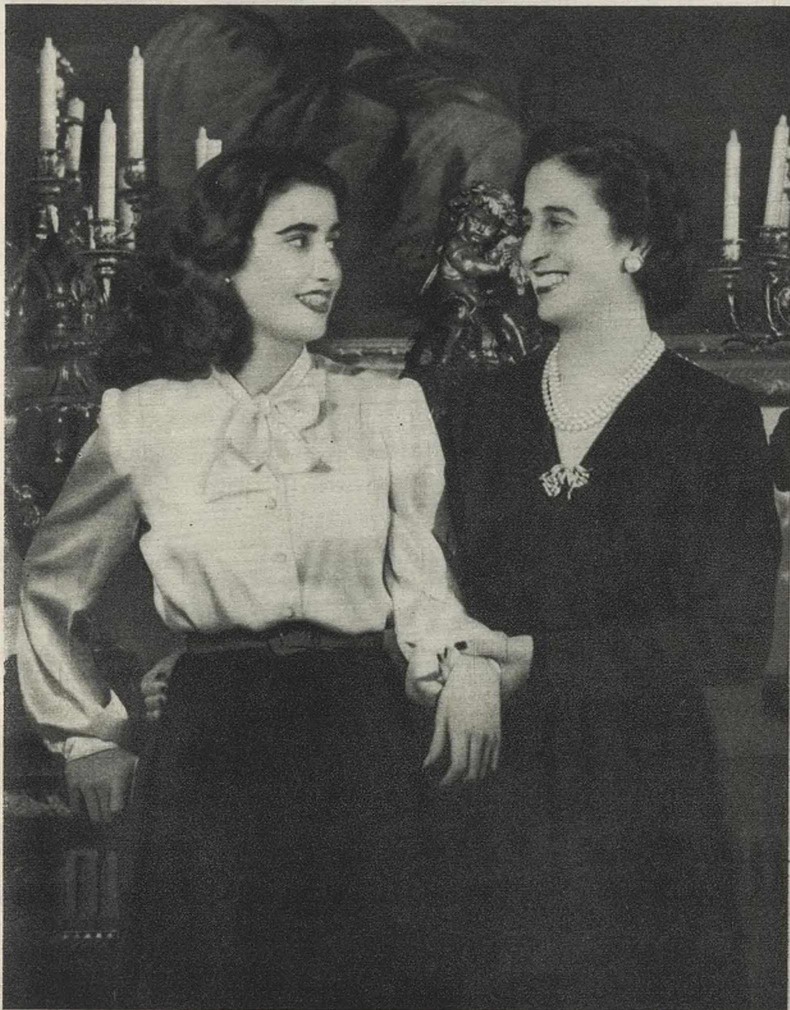


Aurora Bautista se ha consagrado recientemente como protagonista de las películas españolas de mayor éxito. En «Juana la Loca», y «Agustina de Aragón», tan fielmente encarnadas por ella, ha sabido incorporar a su depurado arte todo el calor de una vocación espléndida.

En los escaños chilenos ya se sienta una mujer: Inés Henríquez Frodden, diputada para llevar en el alto comicio la voz, siempre generosa, de todas las mujeres afanadas por la prosperidad nacional. Inés Henríquez es una cota parlamentaria mas tomada por la mujer hispanoamericana



"ELLOS" LLEVAN LA FAMA...



PRIMERA DAMA DE ESPAÑA, DOÑA CARMEN POLO DE FRANCO, GUARDA con su hija, la actual marquesa de Villaverde, la intimidad del esposo y del padre, que en ellas halla la paz y el sosiego de un auténtico cariño. (Foto Campúa)



EN EL HOGAR DE SU EXCELENCIA FRANCISCO FRANCO, TRES MUJERES: ESPOSA, HIJA Y nieta, ponen una clara, bella sonrisa que es para él estímulo y amor de la noble y fecunda tarea en la gobernación del Estado y de la defensa de tantos hogares cristianos y españoles. (Foto Campúa)



OLIVEIRA SALAZAR, GRAN TALENTO EUROPEO, dedica sus cuidados paternales a esta niña, que tiene adoptada como hija. El hacedor del pueblo lusitano reposa en ella sus trabajos. (Foto Associated Press)



LAS HORAS AMARGAS Y DIFICILES DE LEOPOLDO DE BELGICA han encontrado el corazón de la princesa de Rethy siempre pronto al estímulo y refugio contra el desánimo. Sus hijos han encontrado también en ella, una segunda madre, a la que quieren. (Foto Associated Press)



CARLOS PRIO SOCARRAS, EL PRESIDENTE DE LA República cubana que además de gobernar sabe bailar danzas sueltas con su esposa dejando un rato en el olvido sus graves preocupaciones de estadista. (Foto Cuba Gráfica)



LA ESPOSA DEL PRESIDENTE GETULIO Vargas, ha sabido ser en todo momento compañera excelente en todas las horas difíciles del gran estadista brasileño. (F. Associated Press)



CANDIDA IVETTE VARGAS, SOBRINA nieta del Presidente del Brasil, es diputada federal por Sao Paulo, y, la parlamentaria más guapa de todos los Congresos. (Foto Beras)



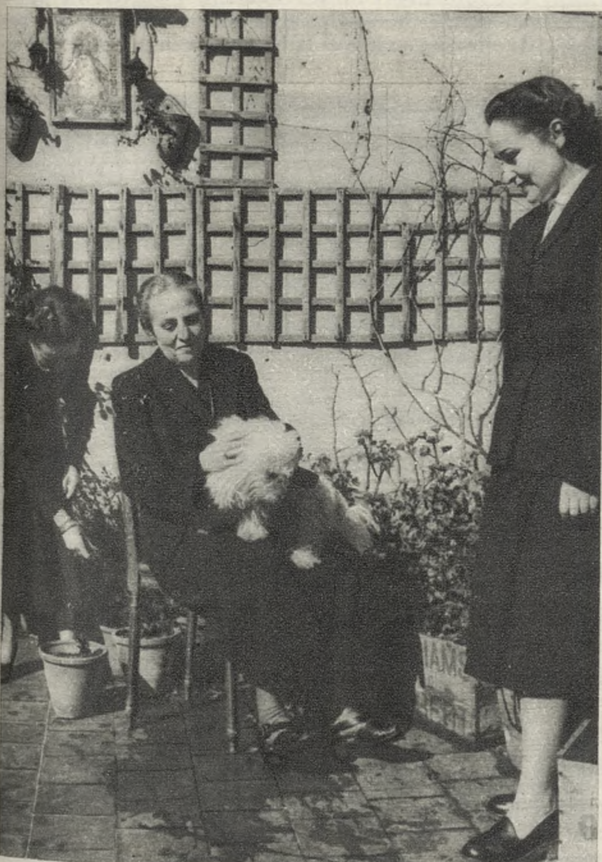
EL PRESIDENTE TRUMAN ESTA ORGULLOSO Y SONRIENTE YENDO DEL BRAZO, de «Palomita» —es decir en medio— de los dos grandes cariños de su vida: su mujer y Margarita, su hija, que para él canta muy bien, aunque los críticos digan lo contrario. (Foto A. P.)



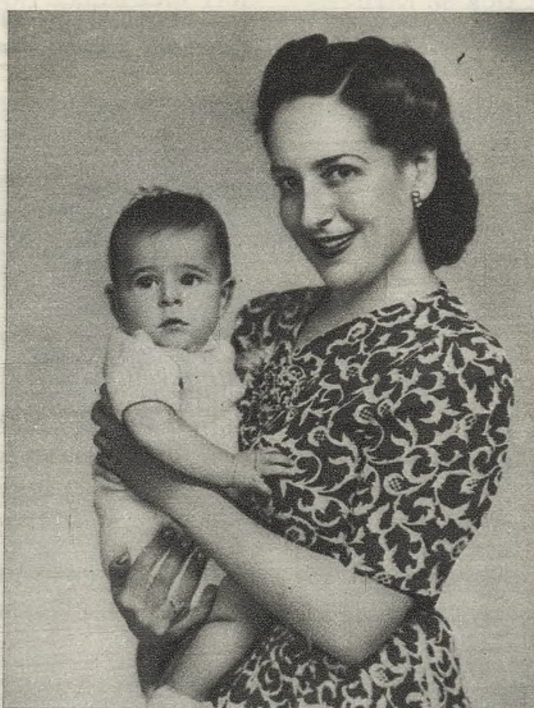
ES UNA MIRADA SERENA DE ANTIGUA COMPANERA LA DE MRS. CHURCHILL que con sus hijas Diana y Mary son puros, serenos afectos en la vida de Mister Wiston, antiguo misionero de los boers y batallador político británico. (Foto Associated Press)



LLENO DE RECUERDOS, QUE SON TODA UNA HISTORIA GRANDE Y CHICA DEL teatro español, María Jesús Alvarez Quintero y su sobrina, siguen manteniendo el hogar de los hermanos comediógrafos, con el mismo cariño que tuvieron por ellos en vida. (Foto Müller)



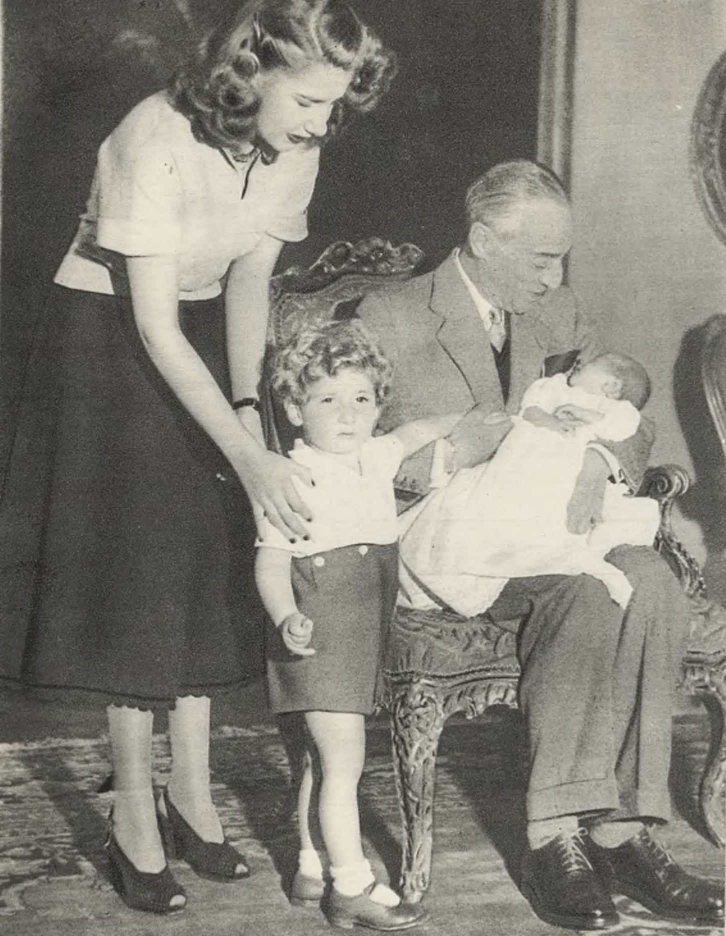
LA VIRGEN DE LA MACARENA A LA QUE EL REZABA, las plantas que regaba, el perrito que no le ladraba nunca, son ahora recuerdos queridos que casi se hacen lágrimas, para la viuda de Joaquín Turina y sus hijas. (Foto Muller)



HIJA DEL MAS RECIENTE CAUDILLO AMERICANO, el «leader» nacionalista uruguayo Herrera, María Hortensia Lacalle es, para su padre como para su esposo, centro de un hogar sin desmayo posible.



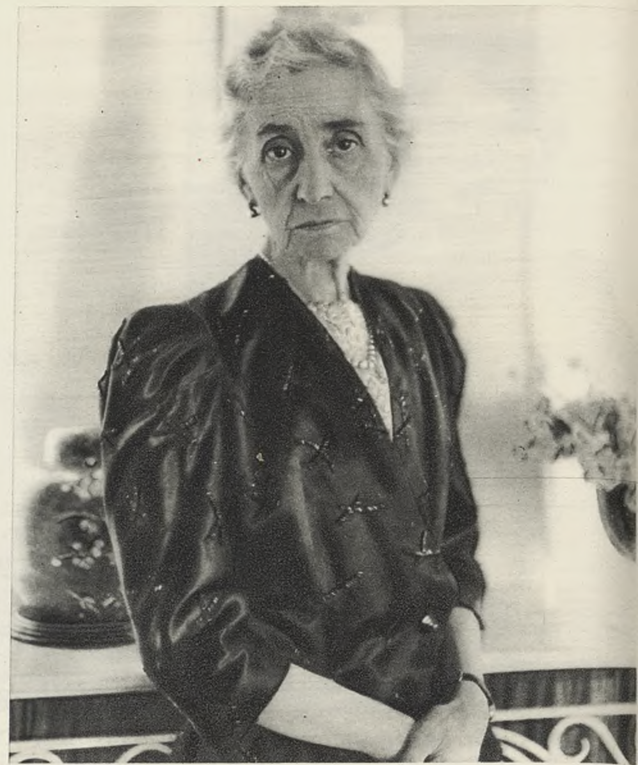
PILI IBAÑEZ MARTIN Y MELLADO, JOVEN Y bonita, «Reina de las Fallas» y reina también del hogar cristiano y feliz del ministro de Educación Ibáñez Martín, propulsor de la cultura española. (Foto Amer)





SUPO DE LAS HORAS DE GLORIA LA MARISCAla Petain que, hoy sabe de las de duelo, e ingratitud. Entonces estaba un poco detrás de la cortina, ahora está en la primera línea de combate. (Foto Associated Press)

EN EL PALACIO DEL DUQUE DE ALBA, LA DUquesa de Montoro, su hija, es el más bello título de su padre, aunque ahora el futuro Duque de Alba sea un dulce enemigo en el corazón del historiador. (F. Glez. Aguilar)



HAY UNA TRISTEZA SERENA EN EL MIRAR DE DOÑA Esperanza, Marquesa Vda. de Luca de Tena que fué esposa ejemplar de Don Torcuato, gran creador del periodismo moderno español, fundador de Prensa Española. (Foto Muro)



LA VERDAD ES QUE FUE LARGA, TRABAJOSA TAREA LA DE QUE SE ESTUviesen quietos los tres peques Sentis. María Casablancas, y los tres chicos son el hogar de Carlos Sentis, maestro de la crónica y de la simpatía, a pesar de su juventud. (Foto Müller)



HAY UNA DULCE NOSTALGIA, UN ENCANTO SENCILLO EN TORNO AL MAtrimonio Romanones. El fué árbitro de muchas horas españolas, ella la consejera de tantos difíciles avatares, dama de elevada alcurnia en la que la bondad es su más alto título.



ISABEL, LA ESPOSA DEL «POBRECITO HABLADOR», comparte sus amores entre un recuerdo, el de su hijo — Doncel muerto heroicamente en el «Baleares» —, y una presencia F. G. S. incansable exaltador de las grandezas hispánicas.



DOÑA ANGUSTIAS SONRIE ORGULLOSA CON EL BEso del hijo. De su hijo Manuel, de su Manolete, el mejor torero del mundo. Y que no haya discusiones sobre este punto ya dilucidado de una vez para siempre. (Foto Santos Yubero)



ARQUETIPO DE NOBLES Y SANTAS VIRTUDES ANtiguas, es Doña María Ortega, Condesa de Pradera. Ella supo pronto de los más grandes dolores al lado de Don Víctor Pradera, patriota ejemplar, español entero y caballero cristiano.



HOGAR ALEGRE Y FELIZ, LLENO DE SONRISAS Y VOCES JUVENILES EL DEL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES don Alberto Martín Artajo. La esposa del ministro doña María Saracho de Martín Artajo es muy joven y ya madre amantísima de cinco varones y dos niñas, que, aunque algunos de ellos no aparecen en esta fotografía, alborotan lo suyo. (Foto Müller)



LA PRIMERA DAMA PORTUGUESA, DOÑA MARIA do Carmo Fragoso de Carmona, no solo comparte con su esposo su vida, sino también su sencillez y bondad.



JUVENIL Y BELLA, LA DUQUESA DE VERAGUA ES LA esposa de un caballero marino español, Don Cristóbal Colón, descendiente directo del genial Almirante de la Mar Océana y una de las figuras de la más rancia nobleza española. (Foto Müller)



LA REINA DE INGLATERRA MERECIO SIEMPRE el aprecio de sus subditos más por su honradez de madre y de esposa y por la bondad de su corazón, que por su elegancia. (Foto Associated Press)



ESTE ES EL HOGAR DEL CONDE DE MOTRICO: SU ESPOSA y sus hijos, guapos, graciosos, traviesos y peleadores. José María de Areilza tiene ya quienes continúen su estirpe de hombre hidalgo español y autor de varios libros con repercusión universal.



LA TIA «MA», HERMANA DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA, FUE PARA JOSE ANTONIO, HUERFANO MUY niño, como su madre. Si ayer le atendió solícita hoy le dedica sus oraciones, viviendo sólo para el recuerdo del que fué el predilecto de sus sobrinos. A la tía «Ma» escribió José Antonio, hora antes de ser fusilado, la mejor carta de despedida, recuerdo y último abrazo para quien estimó siempre como la mujer más próxima a su vida. (Foto Müller)



OLVIDADA Y CALLADA EN LOS TIEMPOS GLORIOSOS, Raquel Mussolini, ejemplo de amantísima esposa, fué en los días de la derrota y la traición refugio insobornable, y ahora, columna inconmovible contra la calumnia y la ingratitud. (Foto Associated Press)



Modelo de traje de noche, en encaje negro y rosa bengala. - Creación ADELA.



Vestido en seda a cuadros azul pastel y negro, con lazo de piqué blanco y cinturón del mismo género con incrustaciones de piel negra. - Creación ADELA.

A su regreso de París, la acreditada firma de Alta Costura *ADELA*, ha exhibido en sus elegantes salones instalados en el número 19 de la calle de Génova, de Madrid, sus magníficos modelos de primavera que han causado extraordinaria admiración entre la aristocrática y selecta sociedad que a ellos concurre. Tambien sus modelos de verano están siendo muy celebrados tanto por la mujer española como por las innumerables turistas que día tras día acuden a sus distinguidos y selectos salones.

CASA PASSAPERA FUERTES. - ALTA COSTURA

Adela

Génova, 19. - Teléf. 24-13-70. - MADRID (España)

JABON DE ALTO TOCADOR

ELABORADO CON LAS FAMOSAS SALES



CARABAÑA

El purgante que dió renombre universal a un pueblo de España.

-GREGORY-

CHAVARRI, S. A.-MADRID





UN MUNDO DE MUJERES FEROZMENTE TIERNAS

Por JOSE ANTONIO TORREBLANCA



Lo que la calle española tiene de coto para el turista del floreo, mantiene un límite sacramental que impide al contemplador de mujeres caer en la bacanal de las miradas. Se trata de esto: Cuando ellas caminan exhalando la deliciosa pasión de sentirse tenazmente observadas por un hombre, siempre llega el momento de pasar frente a la puerta de una iglesia. La mujer, entonces, salvo casos en que su inmodestia tiene pacto de no agresión con la fealdad, hace con amplia naturalidad la señal de la cruz desde la frente al límite máximo del escote. Y ya cristianizado el lance, tácitamente se establece que toda forma de amor no bien ratificada por Nuestra Santa Madre Iglesia, ofrece dificultad.

Observaba Stendhal que las mujeres francesas se miran unas a otras, mientras las italianas miran a los hombres y las españolas se dejan mirar por ellos. Y esto último es lo terrible. Porque en ese modo de quedar imantadas bajo la mirada experta del caballero, suele haber una fuerza pasiva y tremenda. Es un estado de impregnación quieta, un atesoramiento idolátrico, como si ahorraran en silencio lo que les está pasando. Y cuando el solo merodeo del amor alcanza grados tan delirantes de importancia, ya se comprende que sin las atenuaciones de la teología moral, la mujer hispánica llevaría mucho perdido. Su fuerza es la pasión y el disimulo, el garbo y la moderación.

El resultado más trascendental de ese pacto entre el instinto y la civilización, es la influencia radical que las mujeres de nuestra estirpe tienen en nuestra vida y en la de nuestros pueblos. Se está diciendo ahora mucho por los analistas de este tiempo de crisis, que los Estados Unidos son un país gobernado por las mujeres, como si humanamente fuera posible alguna forma civilizada de convivencia en la que ellas no dieran la norma inviolable y la medida real de las cosas. Lo que sucede es que toda mujer que ha perdido la garantía de la indisolubilidad del matrimonio ha de recuperar como ciudadana lo que como hembra se le ha extraviado: su quietud soberana, su tierra de promisión. Y mientras la constitución vital de nuestras familias mantenga esa «postergación» que hace de nuestras mujeres criaturas irrepresentativas pero autocráticas y eternas, no temo que el motor de explosión ni la técnica del clima acondicionado destruyan su trono. Es verdad que la ley de la soberanía es el consentimiento, pero más cierto es que la raíz secreta del poder es la felicidad. No creo que las damas licurgas puedan ser felices.

El hombre tiene en la intimidad de la mujer hispánica un valor absoluto. A cambio de no dejarnos vivir algunas veces, casi ninguna vez nos dejan morir. Hay algo que la hispánica de raza considera como una afrenta personal, y es la visión del hombre propio con un delantal anciliario entre la artillería de los cacharros de cocina. Estamos relativamente preservados del «self-huevo frito» y del turno taciturno en la guarda y lactificación del braguillas. No exageremos más las comparaciones que han hecho de nosotros los que Mr. Churchill llama los Narcisos de la Cristiandad. Pero tampoco olvidemos que el Satanás de Milton era ambiguo y tenía todas las virtudes humanas, menos dos: la caridad y la prudencia. Dos virtudes en que nuestras mujeres son verdaderamente acaudaladas.

El temperamento en crudo podía hacer de ellas verdaderas villanas al abordaje, portentos inimaginables de liviandad. Pero las salva siempre la Fe y la altísima estimación del hombre. Sólo el desdén puede corromper a las desdeñosas. Desde el libro de Judit no se han dicho a un hombre conceptos más delirantes, de una hermosura tan abrupta, como los de Casilda a Peribáñez en asuntos de los que Lope estaba bastante enterado:

«No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en Pascua de Flores
con sus picos y sus huevos.

Pareces en verde prado
toro rojo y bravo, echado;
pareces camisa nueva
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado,
Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo,
y paréceste a ti mismo
porque no tienes igual.»

Es una cualidad, la de dispararse, que el español exige a la mujer, con la sola condición de que no la practique. En una canción popular del siglo XV, recogida por don Ramón Menéndez Pidal, se enumeran así las excelencias del país:

«Villanueva del Camino
gran colodra e poco vino.
Córdova, cordoveses
aguas frías, mujeres calientes;
caballos corredores, onbres traydores
los de cavalo, mas non los peones».

Y en el «Diálogo de la lengua», Juan de Valdés transcribe otro viejo cantar castellano donde se exige a la mujer:

«Ha de ser tan a la mano,
tan blanda y tan halagüeña
la dama desde pequeña,
que sepa cazar temprano;
y si su tiempo lozano
zahareña lo despende,
tírala dende.»

La calidad de una hermosura que, a pesar de no responder a las medidas del Firenzuola para las damas del Renacimiento—pierna larga, cuello esbelto, etc., universalmente exigidas hoy—, alcanza innegable reputación, se refieren a esta esencial aptitud de asalto moderada por la prudencia cristiana. No deben ser juzgadas las mujeres de una época por retratos ocasionales, ni por alusiones anecdóticas. Vale más al que escribe sobre mujeres una cierta experiencia atemperada por una saludable resignación, pues en ellas es natural el enmascaramiento diversivo y engañan a los exasperados. Por ejemplo, no se podría juzgar a la mujer francesa, ni siquiera a la propia madame de Stael por el hecho de que siendo todavía mademoiselle Nécker procurase siempre, púdicamente, no desnudarse ante el perrito de su madre, aunque sí lo hacía, por la indiferencia del sexo, ante la perrita de su padre. Ni tampoco a las ciudadanas de la vieja Italia helenizada que gobernaba Carontas, por el hecho de serles prohibido ir acompañadas de más de una sirvienta, «a no ser que estuvieran bebidas», ni salir de la ciudad «como no fuera para malograrse», ni llevar trajes bordados, «si no eran hetairas». Ni menos a las mujeres honestas del tiempo de Cervantes, que habiendo sido impuesto a las cortesanas el uniforme de tocas azafranadas sujeto con broche de latón dorado, dieron en ponerse con terquedad siempre repetida, las tocas y el broche infamantes.

No se puede juzgar a la mujer hispánica por el modelo de doña Manuelita Saénz, la novia del Libertador, que apareció en la puerta de la alcoba y puso la espada en el pecho del capitán Carujo mientras Bolívar huía por la ventana. No revela Agustina de Aragón una especial vocación de la mujer española para la artillería de sitio y posición. Pero en estas mujeres y en otras de más altos pensamientos sí está esa tierna ferocidad hispánica que vuelve hermosas a tantas damas en el momento de escuchar un madrigal o, más moderadamente hermosas, en el momento de dar una bofetada al indiscreto.

Tierra de viudas colosales, gracias a cuyo substancial heroísmo resultan menos graves el cáncer marital, el obligado decoro mesocrático y la irrisoria pensión de las Clases Pasivas, es hoy, desde Alicante al Pacífico, la única tierra en que resulta injusto aquel consejo del Eclesiastés, «ne dederis mulieribus substanciam tuam». Pues si no les pagamos con nuestra vida misma, ¿qué presentaremos a Dios Nuestro Señor en las manos vacías cuando vayamos a decirle que no supimos ser santos?

LA VIDA NUEVA DE PEDRITO DE ANDIA

POR RAFAEL SANCHEZ MAZAS

El suceso de la novelística española en 1951 es sin disputa la estupenda obra de Rafael Sánchez Mazas, «Vida nueva de Pedrito de Andía», de la que por especial deferencia de su autor ofrecemos a nuestros lectores dos capítulos.



No sé que me pasaba a mí entonces, pero así era. Sin haberlo yo casi visto me había enamorado de ella y sin ella ni podía vivir. Apenas nos sentía asomar se tapaba la cara con las manos y corría a esconderse de nosotros. Un día, después de mucho tiempo, aquel año, cuando volvimos por septiembre, la vi. Fué en un camino hondo de carro, con peñas terribles, hecho en la peña misma, que hay allí. Son caminos muy oscuros de la aldea y antiguos, con pilastras de piedra por los lados y, encima, parras. Volvíamos de robar mazorcas, y, como nos siguió el «cashero», corrimos cada cual por su lado. Yo venía solo, ya sin correr, después del maizal de Andabidea, que llaman de los Muertos. En el camino del molino me encontré a Isabel sola. Me quedé como en sueños y, si me lo dicen, yo jamás lo hubiera creído.

Ella apenas salía casi nunca y eso siempre en coche, muy acompañada. Además, como tenían misa en Mendive, sólo iba alguna rara vez a misa mayor de Santa María de Guernica. El auto cogía el camino de Forua, por la puerta del bosque, muy lejos, y aunque yo le acechaba por allí alguna vez, siempre me falló.

¿Quién podría creer que Isabel sola, completamente sola, sin nadie, sin miss Bennet, se me apareció a mí aquel día, y allí estaba, enfrente de mí, en aquel camino tan oscuro? Vi su cara entonces y me pareció ver el sol. ¡Me deslumbraba! No sabía yo que aquella claridad del cielo, como la de la cara de la Virgen, se pudiera tener en este mundo.

Pero ella, en seguida, se tapó la cara con las manos y se me escapó. Yo le seguí, corriendo como loco y, en la revueltas, me desaparecía, y, en los cruces, que hay muchos, no sabía yo por dónde tirar, porque allí esos caminos hondos hacen laberintos y el que no sabe bien se pierde.

Salió ella, y yo detrás, a un sitio más abierto y se vió cortada, de repente, por el cauce del molino que hace allí, en la revuelta, con la corriente, mucho ruido y espuma y en el sitio donde Mariochu, el de Axpe, se ahogó. Me puse blanco y sin respiración de pensar si ella se ahogaría también en el remolino del agua, porque llegó hasta el borde y levantó las manos aterrada. Entonces le voló un caballito del diablo, de alas azules, sobre el pelo. Nunca me olvidaré. Temblábamos como si fuese a pasar algo terrible y se me quedó allí parada y como sin aliento. Yo fuí a cogerle, pasito a pasito, no se me espantara, pero no me atreví ni a tocarle. Vi que iba a llorar y en esto se me echó en los brazos. Lloraba y tiritaba muy fría y pensé si se me podría morir mientras el pelo de ella me hacía cosquillas en la cara, que me parecía un imposible. Yo pude contenerme sin llorar nada y ahora me recuerdo que Isabel, aquel día, olía como el monte a hierbas y también algo a fuego. Creí también si era la otra vida y si entrábamos en la gloria; yo con ella desmayada en brazos. Ella me dijo: «Tú eres Pedro, el de Andía. Yo soy Isabel, la de Mendive. Y me he perdido.»

Habían ido ella y sus hermanos, a pie, con miss Bennet, a la ermita de San Miguel, que era la fiesta. Luego me dijo: «Llévame tú a casa. Yo no sé ir.»

Eso fué en los tiempos de la Guerra Europea, y cuando teníamos siete años o algo más yo, que los habíamos cumplido ella en abril y yo en enero. Después pasamos el puente y volvió a llorar mucho Isabel, por lo tarde que se había hecho y lo que dirían en su casa. Yo me quité del cuello la medallita de oro del bautismo y se la puse. «Toma—le dije—para que no llores.» Ella la besó y dijo: «Te la tomo porque yo lo sé quién eres tú y cuando te subes a las tapias me escondo para verte. Eres malísimo.» Entramos en una placita donde hay un roble viejo y un banco de madera. Allí me llevaba el tío Lorenzo a oír el ruiseñor. Nos sentamos un poco y vi que ella tenía el vestido azul todo roto, con rasgones que se había hecho en las argomas y en las zarzas y le vi después, en las piernas, los arañazos y las manchas de sangre y tierra roja. Me contó que había querido subir a un montecito para ver si veía su casa o a miss Bennet y se metió en un hoyo muy malo, que no podía subir ni bajar. Creyó que allí se moriría de hambre o que le comería el lobo o le robarían gitanos. Al fin, salió, pero haciéndose mucho mal. Llegamos a la fuente de Mendieta y allí le lavé, le curé lo que pude, y en aquel arañazo grande más arriba de la rodilla, que es el que le dolía más, le até el pañuelo mío. Le empezaba a picar y a doler mucho todo y, en las piernas, yo le daba besos y le decía: «Ahora no te duele». Me creí que habíamos estado ya juntos toda la vida y que seguiríamos ya juntos siempre. Ella me dijo: «Eres tú muy bueno, Pedrín», y me dió un beso. Temblé tanto que daba diente con diente y no podía ser más feliz. Ella me dijo: «Vamos a casa. Tienes frío».

Se había hecho de noche, pero todo se ponía claro con la luna. Sonaba ya la rueda del molino. «¿No oyes?, le dije. Ya falta poco.»

Habían salido en busca de Isabel y se les oía entre las heredades. Algunos levantaban faroles y se ponían de pie sobre las cercas para que les viéramos También ladraban muchos perros de los caseríos. Gritaban hombres lejos: «¡Isabeeel!, ¡Isabeeel!.»

Ibamos ya por los caminos de las huertas y ella me dijo: «Ven. A ti no te harán nada» Yo le contesté: «Yo no te dejo sola aunque me hagan algo» Me sentía muy fuerte y yo estaba entonces, ¡hay que ver!, más desarrollado que ella.

Nos llevaron los hombres al palacio. En el salón redondo de arriba la esperaban todos menos el padre, que se había ido a Roma y a Jerusalén. Allí les vi, la primera vez, a su madre, y a Jorge, y a Juan Carlos, y al capellán don Sabas, y a miss Bennet, y al «aña» Tiburtzi, que lloraba dando unos resoplidos fenomenales.

«Este es el que me encontró—dijo Isabel—, y éste es muy bueno. Se llama Pedrito. ¿Verdad—dijo mirando para mí—que te llamas Pedrito?»

En seguida salió miss Bennet con que yo no era nada de bueno ni de muy bueno, que me escapaba, subía por paredes, habría podido también hasta robar, tiraba piedras y andaba con «Cuadrilla de Pávolo maldito y otros peores chicos de esta aldea». Yo aguantaba aquello que me quería meter bajo tierra y faltaba lo peor. «Este—dijo—es uno de los que no dejan en paz a mi pobre Elisabeth y Elisabeth, pobre, no sabe qué es éste, porque éste, yo lo creo, señora, es uno de la casa de al lado.»

Me aterré. Sabía la enemistad de las familias y me entró pánico de no ver a Isabel nunca más. «No parece así tan malo», dijo la madre de Isabel riéndose, y abrió una caja redonda, nueva, de bombones enormes. «Tienen licor dentro—nos dijo—y hay que meterlos en la boca enteros. A ver si caben.» Cuando volví a casa todo me parecía increíble y me tenía que repetir lo mismo: «Ya le has visto a Isabel» «Ya le has visto a Isabel».

* * *



Al día siguiente vino la madre de Isabel a ver a mi madre para darle las gracias y devolver mi medallita, porque Tiburtzi se la había visto a Isabel cuando le desnudó aquella noche. Se quedaron en casa como quien ve visiones. Con lo de la medallita pasé la mayor de las vergüenzas. Me dijeron, después, que una cosa así no se daba, y yo me alegré mucho más de habérsela dado.

Los Mendive empezaron a venir a nuestra casa, como nosotros a la suya, y al verano siguiente hubo varios convites. Mi madre se volvió bastante íntima de la madre de Isabel y mi padre de don Agustín, menos. Yo hubiese preferido al revés. Al cabo de qué sé yo el tiempo se hicieron así las paces de Andías y Mendives, que estuvieron reñidos, parece ser, unos cien años. Mi tío Lorenzo le solía llamar a Isabel: «Isabel de la Paz».

Algunas veces iba yo a jugar a Mendive y ellos también jugaban en Andía, pero los dos hermanos y yo no hemos simpatizado nunca. Son algo mayores y han salido a la madre. Nos juntábamos para ir al baño a Pedernales y alternaban, para llevarnos, los dos coches de cascabeles, uno de ellos y otro de la tía Clara. Desde que empecé el bachillerato no hay ninguno. ¡Qué bonitos eran, de cesta!





Isabel y yo fuimos novios desde un día de mar, que nos llevaron en lancha de vela de Bermeo a Elanchove, y se puso al timón el tío Lorenzo. Al volver hizo mucho sol, porque era en lo peor del verano, y después de comer nos pusieron a echar la siesta debajo de un pedazo de vela verde, que armó el patrón, a proa, para nosotros. De allí salimos novios porque nos dormimos abrazados muy fuerte. Por la noche, en la cama, yo no comprendía que se pudiese dormir sin Isabel. Pero, al mismo tiempo, daba vueltas, loco de alegría, sólo de pensar en lo de la lancha, y soñaba con Isabel mil sueños. Nos queríamos con locura y éramos muy felices, más imposible. A las horas que no nos podíamos ver, yo encendía en el jardín fuegos y en cuanto salía humo entre los árboles ya sabía Isabel desde el balcón que yo pensaba en ella. Nos contábamos todo y estábamos seguros de que nos casaríamos. Desde lo del Obispo de Vitoria nos creímos ya medio casados.

En su casa, y en la mía lo mismo, siempre se solía decir para todas las cosas y planes: «Isabel y Pedrito», y en la cocina nos llamaban también la «soga y el caldero».

En Bilbao, con la contra de miss Bennet y el vivir menos cerca, andábamos peor y una vida de menos libertad, «vida de guantes» que decíamos en el invierno, hasta que venía el verano, y en Andía no había quién nos sujetara. Allí hacíamos lo que queríamos. La tía Clara le adoraba a Isabel desde el principio y le tenía siempre en casa, y luego, el padre de Isabel a mí me quería casi más que mi padre mismo.

Cuando nosotros y ellos, el último año, empezamos a veranear en las Arenas, tampoco nos fué del todo mal, aunque aquello lo odiábamos. Había la playa, los botes, que siempre nos solíamos esconder debajo de la vela, el jardín de Eguía, las corridas de agosto que íbamos al mismo palco, y, más que nada, unos paseos largos hacia Guecho, o por el Gobelas, ya por septiembre, cuando, al volver, nos íbamos quedando atrás los dos solos, a veces muy tristes de querernos hasta no poder más y ver que la tarde se nos acababa y se nos acababa el verano, sobre todo aquel último, y a mí me metían en Orduña.

Se nos pasaron así tres años, de los siete a los once, como en el Paraíso, aunque al final tuvimos aquellas tristezas y Isabel disgustos atroces en su casa, pero yo le consolaba mucho y, con eso, nos queríamos más.

Desde que fuimos novios, lo que más ilusión nos hacía a Isabel y a mí era tener entre los dos algún secreto grande. Tuvimos varios, pero el principal es el de la puerta secreta. Además, los otros secretos no eran de amor. Eran historias de desastres y que intervenían otras personas. El de la puertecita sólo era nuestro. ¡Y hay que ver el sitio! Andía, como propiedad, no se puede comparar con Mendive, porque Mendive ya resulta inmenso, entre la parte de jardín, las huertas, el bosque hasta el camino de Forua y el monte arriba, con los pinos, el observatorio y la casa de vacas. Dentro hay hasta un peñascal, de donde sacaban la caliza cuando la obra. Pasa también un riachuelo con sitios misteriosos de árboles, donde no entra sol nunca. Un lado del jardín de Andía, que ya más que jardín se ha vuelto un jaro muy salvaje, hace saliente y es lo que linda con Mendive. Le llamamos el «rincón del Caballerito», porque el Caballerito hizo allí el horno de cerámica y las dos tejavanas. Queda lo más lejos de la casa y era aquél, de siempre, un sitio donde nunca se iba porque también le hace muy sombrío el asunto del paredón, que es ya famoso. Consistió en que después de la Primera Guerra Carlista el bisabuelo de Isabel, muy fanático, levantó a ocho metros las tapias en todo lo que linda con Andía y las puso a la misma altura de un trozo de muralla antiguo, que lo aprovecharon y que había quedado allí de la ruina de una torre vieja. Así se formó el paredón por el odio que nos tenían y de rabia que hubiésemos ganado los liberales. Los Mendive dijeron, y en mi casa lo saben, que no querían ver desde su casa ni la punta de una hoja de los árboles de Andía. Un día le dije a papá que a pesar de todo desde Mendive se veían árboles nuestros. «Los árboles crecen cada día,—me contestó papá—, y los paredones muy de tarde en tarde.» Aquellas partes de los dos jardines, lejos de las dos casas, se habían vuelto muy salvajes desde qué sé yo el tiempo y ni se puede entrar en algunos sitios. Además hay culebras y plantas venenosas. Una vez, cuando fuimos novios, le llevé a Isabel a enseñarle aquel sitio por la parte nuestra y nos pusimos de allí a coger moras.

Era por la Natividad, después de la misa. Las zarzas crecen allí tremendas y hay también de todo: helechos, espinos, hiedras, saúcos para morteros y acebo superior para maquilas y unas higueras de ramas muy bajas.

Lo más oculto queda entre los zarzales mayores, el trozo aquel de la muralla vieja, que aprovecharon y no lo tocaron los albañiles. Entró Isabel allí en un sitio muy hundido, casi de dar miedo, a coger moras, y le dije: «Te vas a pinchar y a lo mejor ni puedes salir.» Voy a sacarte...» Pero ella va y dice: «Aquí la pared es de hierro y si hay un tesoro para ti y para mí. Ya está dicho.» Fuimos a ver y encontramos la puertecita. Empujamos y se abrió, haciendo los dos grandes fuerzas, porque del otro lado crecía también mucho zarzal. Entramos, arañándonos bastante, y en seguida vimos que se pasaba de un jardín a otro y se salía al de Isabel. Dábamos saltos de contento. Le pusimos de nombre «la puerta secreta.» «Esta puerta,—dijo Isabel—, es un gran secreto. No se puede decir a nadie.» Era pequeña, muy estrecha y bajita. Luego miramos el paredón alto como una casa y nos echamos a reír. «Fíjate—le dije yo a Isabel—, las tontadas que hacen los mayores. Ahora, con esta puertecita, nos reiremos del paredón siempre, nos querremos todo lo que queramos y nadie sabrá».

¡Lo que fué el verano siguiente! Empezamos a citarnos allí a las horas de sol de la siesta, cuando casi todos dormían, después de comer, con el calor. También alguna vez nos vimos un poco, antes de cenar, pero con miedo. Arreglamos con muchas fatigas los zarzales e hicimos una especie de cabaña del lado de Isabel. ¡Hay que ver lo que yo sudaba trabajando como Robinsón! En seguida llevamos allí cosas nuestras para hacer como casa de casados. Nos creíamos ya muy mayores porque habíamos cumplido los nueve y yo presumía de forzudo. Ella consiguió traer dos sillitas, una mesita, juguetes de cocina y latas de galletas. Yo llevé la escopeta de aire comprimido, para defensa, una pistola rota, pero de verdad, un cuchillo roñoso, que luego le saqué filo y punta, como puñal, y cartuchos vacíos. Estar allí con Isabel era el cielo. Me sentía por fuera y por dentro un no sé qué de felicidad, que no había sentido nunca y, a veces, que no podía contener el escalofrío. ¿Puede haber ya más que esto?, solía pensar entre mí. Y yo siempre esperaba más, más, más, sin saber qué sería.

Ella, al marcharse, echaba siempre el cerrojito, que le untamos de aceite. A ella le gustaba que yo llamase y abrir ella, y tardar en abrir, diciéndome que había sido malo, que tardaba siempre eternidades, que le quería poco o que, si ella me lo pidiese, no haría sacrificios.

Lo de hablar con la puerta cerrada casi era lo mejor, porque yo le pedía cien veces que me abriera: «¡Abre! ¡Abre! ¡Abre! ¡Isabel, por Dios, ábreme! ¿Por qué has dicho que no te quiero? Me moriré si no me quieres. ¡Abre, Isabel!» Ella, una vez, me abrió llorando de tanto que dije. Y siempre, cuando me quería abrir pronto, era aquello de siempre:

—¡Tan! ¡Tan!

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién es yo?

—Yo.

—Si eres tú, si eres yo, abriré.



CONVOCATORIA DE LOS PREMIOS "CULTURA HISPANICA", 1951

ENSAYOS - NOVELAS - ESTUDIOS SOBRE SOCIOLOGIA HISPANOAMERICANA - ESTUDIOS VALORATIVOS DEL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO CONTEMPORANEO

CIEN MIL PESETAS EN PREMIOS

El Instituto de Cultura Hispánica, atento a su labor de acercamiento y compenetración entre los países del mundo hispánico y España, se entrega, día a día, a su obra, que plasma la actualidad vital de cada país, en las manifestaciones más variadas de lo que constituye la Historia viva. Quiere ahora el Instituto que sea en el campo de la literatura—producción de las que mejor reflejen un país y una época—, donde se manifiesta la etapa histórica que hoy cruza el mundo hispanoamericano. Por ello, al convocar los Premios "Cultura Hispánica", 1951, dirige un llamamiento a todos los escritores hispanoamericanos, filipinos y españoles para que concurran a estos premios, sugiriéndoles que presenten motivos emocionales, principios constitutivos o estilos de vida propios de sus respectivos países, tratados en su proyección actual, con entera sinceridad y honradez intelectuales.

Con carácter de excepción, y como contribución a los actos conmemorativos del Centenario de los nacimientos de los gloriosos Monarcas Doña Isabel y Don Fernando, el Instituto de Cultura Hispánica convoca un premio titulado "Reyes Católicos" en memoria de los artífices de la unidad española e iniciadores de la acción colonizadora en América.

He aquí las Bases y demás circunstancias de los Premios "REYES CATOLICOS" y "CULTURA HISPANICA", 1951:

a) PREMIO "REYES CATOLICOS", DE 25.000 PESETAS, AL MEJOR ESTUDIO SOBRE LA ACCION COLONIZADORA DE ESPAÑA EN AMERICA DURANTE EL PERIODO 1492-1600.

1.º Puede aspirar a este Premio cualquier obra publicada desde el 12 de octubre de 1950 al 30 de junio de 1952, o inédita, cuyo tema se refiera al de este Premio, bien analizándolo en conjunto o en alguno de sus aspectos (evangelizador, cultural, social, jurídico, económico, etcétera).

2.º El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica (Alcalá, 95) antes del 30 de junio de 1952, acompañados de una declaración donde conste el título de la obra y el nombre y domicilio de los autores.

3.º El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Su acta será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica, y el fallo se hará público el 12 de octubre de 1952.

4.º En el caso de tratarse de una obra inédita, será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica. En el caso de estar ya publicada, el Instituto e reserva su derecho de reedición, concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio que se obtenga.

5.º Si el autor o autores premiados no residieran en España, podrán optar entre recibir el importe del premio o ser invitados a visitar nuestro país durante un mes, corriendo todos los gastos de viaje de cuenta del Instituto de Cultura Hispánica.

b) PREMIO DE 25.000 PESETAS Y UN ACCESIT DE 10.000 PESETAS PARA LA MEJOR NOVELA DE AMBIENTE ESPAÑOL O HISPANOAMERICANO QUE, A JUICIO DEL JURADO SE AJUSTE A LOS PRINCIPIOS ANTES DICHOS.

1.º Puede aspirar a este Premio cualquier novela publicada desde el 1.º de enero de 1950 al 30 de junio de 1951, o inédita, cuyo tema encaje en los términos del preámbulo.

2.º El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica (Alcalá, 95, Madrid) hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la obra y el nombre y dirección de los autores.

3.º El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Su acta será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

4.º En el caso de tratarse de una obra inédita, será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica. En el caso de estar ya publicada, el Instituto se reserva su derecho de reedición, concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio que se obtenga.

5.º Si el autor o autores premiados no residieran en España, podrán optar entre recibir el importe del premio o ser invitados a visitar nuestro país durante un mes, corriendo todos los gastos de viaje de cuenta del Instituto de Cultura Hispánica.

c) PREMIO DE 15.000 PESETAS Y UN ACCESIT DE 10.000 PESETAS PARA EL MEJOR ESTUDIO SOBRE SOCIOLOGIA HISPANOAMERICANA (MONOGRAFIAS SOBRE INDIGENISMO, CLASES SOCIALES, SITUACION DE LAS CLASES MEDIAS, ETC.).

1.º Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos publicados hasta el 30 de junio de 1951, desde cualquier fecha anterior, en la Prensa hispanoamericana, filipina o española.

2.º El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódicos donde hubiesen aparecido, la fecha de aparición y el nombre del autor, con su domicilio.

3.º El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad, reservándose el Instituto el derecho de reproducir los trabajos premiados. El acta del Jurado será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

d) PREMIO DE 25.000 PESETAS AL MEJOR ESTUDIO VALORATIVO DEL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO CONTEMPORANEO.

1.º Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos o libro publicados hasta el 30 de junio de 1951 por cualquier editorial, periódico o revista hispanoamericanos, filipinos o españoles.

2.º El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódico en su caso.

3.º El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad, reservándose el Instituto el derecho de reproducir los trabajos premiados. El acta del Jurado será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

